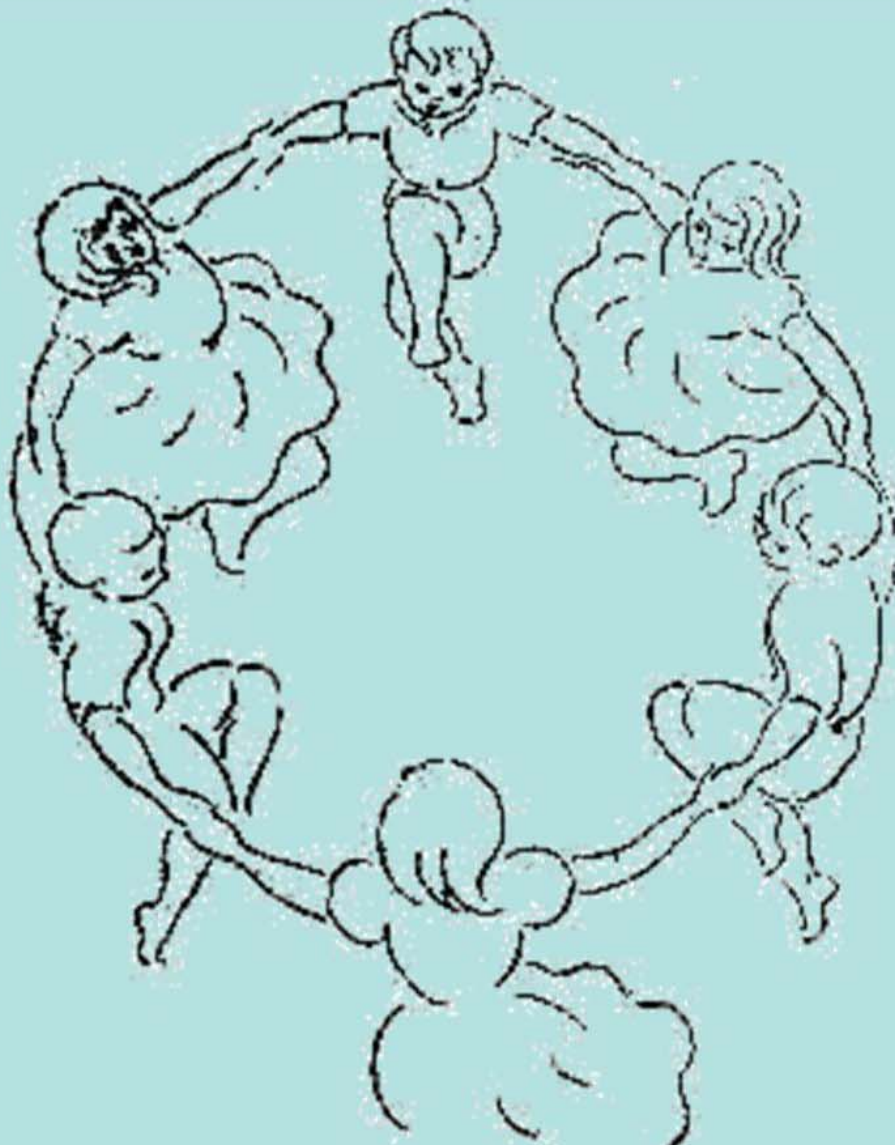


CARLOS LUIS SÁENZ

# MULITA MAYOR



**CARLOS LUIS SÁENZ**  
Premio Magón 1966

# MULITA MAYOR

Rondas, Cuentos y Canciones  
de mi Fantasía Niña  
y de mi Ciudad Vieja.

**CUARTA EDICIÓN 1976**

**MULITA MAYOR**

**( Primera edición: Repertorio Americano  
San José, Costa Rica, 1949 )**

**( Segunda edición – Editorial Costa Rica, 1968 )**

**( Tercera edición – Imprenta Las Américas Ltda., 1971 )**

Hecho el depósito de ley.

Impreso en Costa Rica.  
Imprenta Las Américas Ltda.

**Portada e ilustraciones de Juan Manuel Sánchez.**

Carlos Luis Sáenz nació en Heredia en 1899. Hizo sus estudios primarios en una escuela "privada", con una su tía paterna que enseñaba a leer con "La Cartilla", manual popular del viejo método alfabético y los terminó luego en la escuela pública. Los estudios de segunda enseñanza los hizo en el Liceo da Heredia que entonces estaba bajo la dirección de Don Carlos Gagini y en el que era profesor de castellano Don Luis Dobles Segreda. Los estudios profesionales los cursó en la Escuela Normal de Costa Rica, durante la regencia de Arturo Torres, de Brenes Mesen, de García Monge y de Carlos Gagini. Obtuvo el título de Maestro Normal en 1919.

Sirvió en la educación primaria en Esparta, en La Caja, en escuelas rurales y en la Escuela Porfirio Brenes de San José. Más adelante fue profesor de castellano en el Colegio Superior de Señoritas; de pedagogía en la Escuela Normal, en la que fue también profesor de literatura infantil, historia de la educación metodología y finalmente director.

Actualmente (1968) es profesor de literatura costarricense y de apreciación literaria en la Universidad de Costa Rica.

También ha desempeñado el profesorado en materias de su especialización fuera del país: en la Escuela Normal del Estado de Sinaloa, en México, y en La Escuela Normal Justo Arosemena en Panamá.

Ha viajado por México, Panamá, Guatemala, Cuba, Checoslovaquia y la Unión Soviética. Por su vida y por su obra, se le otorgó en 1966 el Premio Magón de Literatura.

\*\*\*\*\*

Al reaparecer este delicioso libro de Carlos Luis Sáenz, después de varios años — en días que son cada vez menos nuestros porque pierden su espíritu en la vorágine material y espiritual del siglo— provocará sin duda sentimientos de sorpresa en los lectores, especialmente en los más jóvenes, en los que no tuvieron el privilegio de vivir en su infancia los íntimos y maravillosos secretos de nuestro pasado. Los viejos, en cambio, evocamos y sentimos, en cada una de sus páginas, la fantasmagoría alucinante de los primeros años en la quietud de aquel pasado, que ya era sólo recuerdo y que la magia del escritor hace presente y palpable, otorgándole una perennidad milagrosa.

Las creaciones del arte son más ciertas y perdurables que las del progreso material y que la vida misma. Y así, al leer nuevamente estas páginas, la infancia —la nuestra y la de Costa Rica— vuelve a vivir sobre el tiempo y se convierte en realidad: una realidad velada por la emoción ingenua plena y auténtica; una realidad de tal virtud que logra remozar el espíritu fatigado con la mano sedante de sus tradiciones, sus gentes, sus cuentos y consejas, sus rondas y su fe en el misterio.

Nada se ha escrito de más honda poesía, de más puro linaje costarricense que este libro, en el que surge y vive un mundo iluminado de fantasmagoría que ya no es, en la esfera de las verdades objetivas, y que, sin embargo, es y será siempre en los planos superiores del ensueño donde el milagro de la poesía ha recogido sus ecos y los ha convertido en imágenes y emociones, evitando que se perdieran definitivamente en el tiempo.

ABELARDO BONILLA

## Mulita Mayor

Todas las tardes bajaba del cielo la Mulita Mayor: ¡Mulita Mayor! ¿Qué manda el Rey Señor? ... . Allá en el cielo había un prado; en el prado, un árbol con luceros, un gran río, y lo menos, ¡lo menos!, doscientos bueyes rojos de San Isidro el Labrador, en el río de oro, bebiendo.

La Mulita Mayor bajaba de ese cielo y se entraba, trotando, al pueblo por aquella esquina de la calle, que tenía su farol tuerto de unas pedradas que una vez le dimos.

¡Qué alta era la Mulita Mayor! ¡Si por eso era la Mulita Mayor! Llegaba al campanario el aguacero azul de la crin de su cuello, arqueado como la proa de un barco antiguo. Nosotros la llamábamos con cantos; ella nos subía a su lomo y corríamos calle abajo, hasta muy cerca del viejo puente de piedra y musgos. Pero nadie salía a vernos; todos los grandes seguían en lo que estaban: las madres, arrullando a los más chicos; fumando, los hombres; pidiendo, los viejecitos pordioseros; el padre cura, rezando su rosario; encendiendo los hornos los panaderos. ¡Mulita Mayor! ¿Qué manda el Rey Señor?...

Y cuando nos llamaban de las casas, casi no oíamos las voces de apremio; seguíamos galopando, muy caballeros, calle abajo, hasta el Puente Viejo. Allí, la Mulita Mayor, de un solo salto, se volvía a encumbrar al cielo en donde estaba el prado... y los luceros... y los doscientos bueyes rojos de San Isidro Labrador, bebiendo aguas de oro en lo negro de la noche naciente.

## Chinto Pinto

Chinto Pinto se fue por la vaca al potrero de don Celestino. El alba estaba en su primer trino y la vaca, metida en la barranca. Era una vaca verde con neblinas; con neblinas y moras; era la Vaca Mora, la vaca madre del toro al que le sacan la suerte delante de la señora.<sup>1</sup>

Chinto Pinto, entre piedras y estrellas que decían buenos días a los grillos, ausente de todo y con frío, fue cruzando descalzo el sendero de césped del potrero de don Celestino.

Y aquí se ha de cantar:

*Chinto Pinto, gorgorinto,  
saca la vaca que, está en la barranca;  
entre los cuernos y en medio testuz,  
le brilla la estrella del Niño Jesús.*

¡Pobre Chinto Pinto! Con los pies mojados recorrió el potrero sin hallar la vaca. En eso, las piapias,<sup>2</sup> en los higuerones, las muy deslenguadas:

---

<sup>1</sup> Se refiere a una versión popular guanacasteca de un viejo romance del tema "No me entierren en sagrado" que dice:

*Écheme ese loro afuera  
hijo de la vaca mora  
para sacarte una suerte  
delante de mi señora.*

<sup>2</sup> (*Psilorbinus mexicanus cyanogenys*)

Término onomatopéyico que designa a una especie de urraca que anda generalmente en bandadas, lanzando gritos estridentes que dicen con claridad ¡pía! ¡pía! y que ocasionan muchos daños en milpas y árboles frutales.

*¡Aquí va, aquí va, aquí va!*  
*¡Acá, aca, aca!*

Y en verdad, la vaca ya de neblinas con oro, y balanceando su olla de leche blanda y tibia, subía por el sendero con rocío, mascullando una caña de maíz tierno.

Y aquí se ha de cantar:

*Lero, lero,*  
*calzón de cuero,*  
*la vaca llora*  
*por su ternero.*

Así era, porque la vaca no tenía ternero y venía llorando por el potrero.

## Ambo, Ambo, Matarilerilerón

En el ancho patio de la casa era la vespertina rueda de los niños, estrella de canciones y de risas. Subían las voces limpias por los aires: subían temblando de gozo, como pompas de jabón. A veces cruzaba un pájaro, o había una lluvia de azahares de naranjo, o un flamear húmedo de sábanas tendidas, como velas, a secarse en las sondalezas.

Pero a nosotros sólo nos importaba entonces la distribución de los oficios en la letanía cantada del Ambo, ambo, matarile-rile-rón; y así una voz iniciaba el canto:

*Yo quiero a Luisa,  
Matarirerilerón*

Y el coro respondía:

*¿Qué oficio le pondremos,  
Matarirerilerón?*

No era difícil buscar oficios para la amiga que se quería y, lindamente, venían los que habíamos aprendido en los cuentos y en los juegos:

*La pondremos Cenicienta  
a que esté junto al fogón.  
La pondremos Blanca Nieves  
con su blanco corazón.  
La pondremos Caperuza*



*la que el Lobo se comió.  
La pondremos Pinochita  
con su grillo delator.  
La pondremos Vendedora  
de cerillas de fulgor.  
La pondremos de Doñana  
en el huerto del Señor.  
La pondremos Turco, Turco  
la del juego de "quedó"  
La pondremos Pajarita  
Pinta, Pinta, en una flor  
La pondremos San Miguela  
contra el Diablo robador.  
La pondremos Loca, Loca,  
y Ene, Tene, Tú y Quedó.*

Y el coro, exaltado, rehusaba los oficios propuestos y volvía a cantar:

*Ese oficio no le gusta;  
ella, quiere otro mejor;*

La imaginación barajaba apresuradamente nuevos oficios y escogía los de ternura y los de gracia, proponiendo en salmo:

*La pondremos campanita  
del arco iris temblador.  
La pondremos gota de agua  
corazón de puro sol.  
La pondremos Nochebuena,  
madre del Niñito Dios.  
La pondremos de pastora*

*con sombrero y con zurrón.  
La pondremos flor de luna  
sobre el río charlador.  
La pondremos bailarina  
entre todas la mejor.*

Entonces decidía rotundo y delirante el coro:

*Ese oficio sí le gusta,  
Matarilerilerón.  
Celebremos todos juntos,  
Matarilerilerón.*

## La Pájara Pinta

¿Quién no vio a la Pájara Pinta sentadita en el verde limón.

Entre las azucenas del poniente, al fondo de la calleja herbosa y empedrada, nos alegrábamos cantando, cogidos de la mano, extasiados en nuestro propio vuelo de pajarillos libres:

Por encima de las tapias encaladas que ocultaban los huertos de don Florentino, de don Macedonio y de doña Benita, se alzaban los limoneros en flor y en sus ramas, allí estaba, tarde a tarde, la Pajarita Pinta.

Una de las cantadoras, tomando vuelo, nos cantaba:

*Estaba la Pájara Pinta  
sentadita en el verde limón.  
Con el pico recoge la rama,  
con la rama recoge la flor.*

Sentíamos no sé qué dicha envidiosa, como si quisiéramos tener pico y con el pico, finamente, recoger la milagrosa flor del extremo tembloroso de nuestras almas.

Y esta es, ahora, una de las tantas historias que le inventábamos a la Pájara Pinta de los huertos de Mayo y Abril.

*Hacia nido la Pájara Pinta  
con pelitos de blando algodón,  
que le daba un viejito, viejito,  
que calvito, por fin se quedó.*

*Revolaba la Pájara Pinta,  
revolaba buscando su amor,*

*en la jaula de algún pajarero,  
prisionero canario cantor.  
Vuele, vuele, la Pájara Pinta,  
que el canario dorado murió:  
sobre la hoja de verde lechuga  
sus ojitos de noche, cerró.*

*Por la tarde, la Pájara Pinta,  
en su nido llorando, se echó.  
Otro día salieron volando  
los limones del verde limón.*

*Pero no, pero no, pero no,  
que limones no son:  
que son pájaros pintos, pintitos,  
de amarillo y de suave plumón.*

## Chinto Pinto Gorgorinto

*Chinto, Pinto, Gorgorinto,  
corre a tu casa, que ya son las cinco.*

A las cinco nos esperaba la mesa con su mantel a cuadros, con la fila de platos y cucharas relucientes y con la venerable, olla de verduras <sup>1</sup> humeantes, orondamente puesta en el centro.

A las cinco había que recoger del suelo el trompo danzante; había que arrollar el manila <sup>2</sup> sucio y meterlo en el bolsillo; otras veces era necesario abatir sobre la plazuela el encumbrado papalote, payaso de los vientos, y apurarse con el mazo de hilo; otras, recoger apresuradamente del alucinante círculo del juego las bolitas de vidrio multicolores y convenir con los otros una posible partida para la siguiente tarde. Y todo, porque el reloj del Carmen había dado las cinco, las cinco de la tarde.

A esas cinco de la tarde que cortaban nuestros juegos como cinco compuertas el agua bulliciosa de una acequia, a esas cinco de, la tarde, y ahora lo vemos como entonces, pasan mil cosas:

*Pasa el herrero  
mandil de cuero,  
Los alhamíes  
con sus añiles  
El carpintero  
con su madero.  
Las costureras,*

---

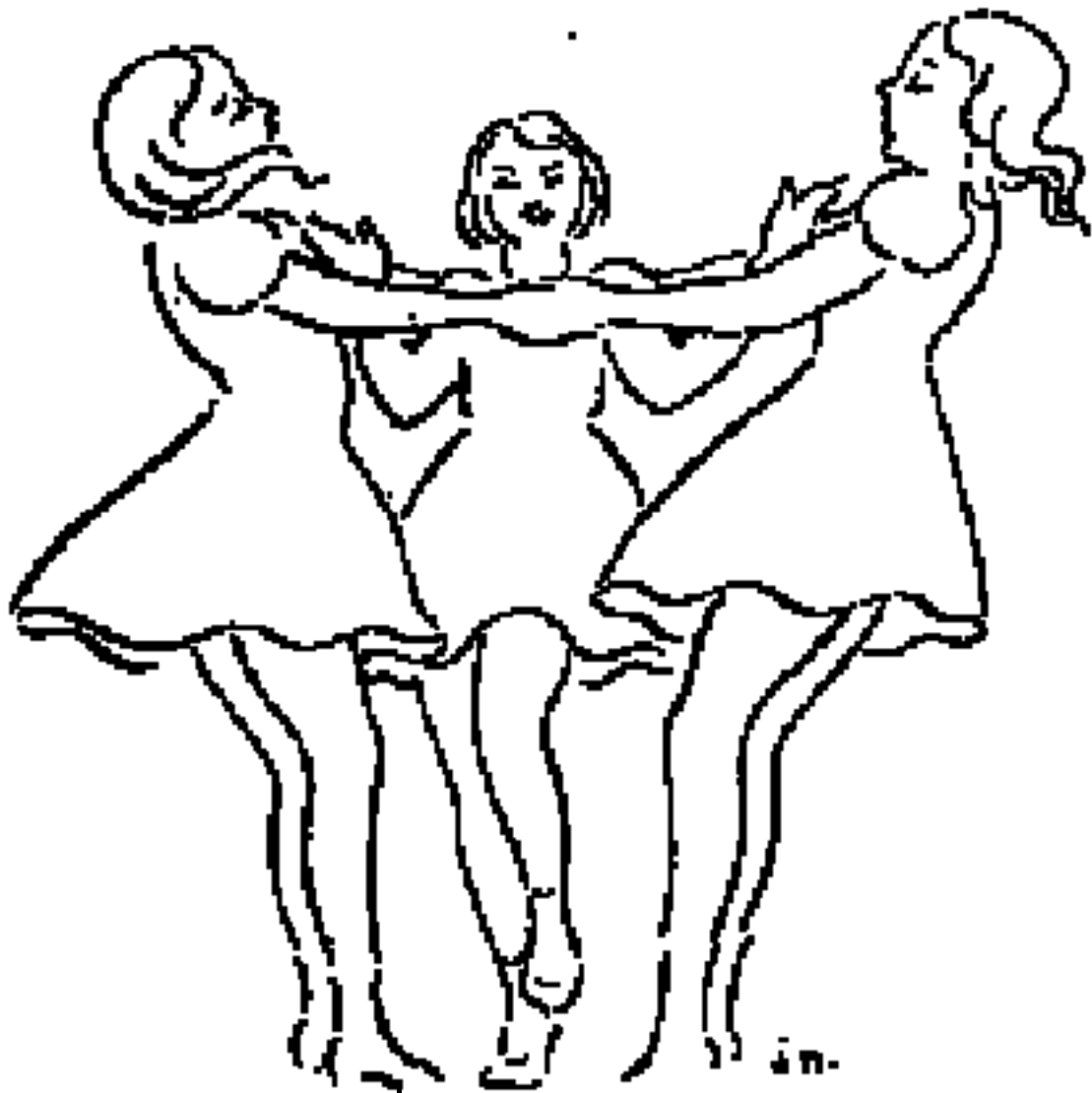
<sup>1</sup> Guisado principal de la comida diaria de muchos costarricenses, que hace unos años era casi de uso general. Consiste en cocinar toda clase de verduras con condimentos y carne de res para obtener el caldo, las verduras y la carne.

<sup>2</sup> Cuerda de cáñamo usada por los niños para bailar trompos.

*cinta y tijeras.  
Pasa el vaquero  
con el ternero.  
La negra pasa  
con su canasta:  
maní, cacao,  
uvas, manzanas.  
Y el barquillero <sup>1</sup>  
con su campana.  
Tan, tan, las cinco.  
La golondrina  
sube a la torre  
su hierba fina.  
Y en su caballo,  
como un demonio,  
pasa el correo  
de San Antonio.  
Chinto, Pinto, Gorgorinto,  
corre a tu casa, que ya son las cinco.*

---

<sup>1</sup> Vendedor ambulante de helados en barquillos, el cual lleva una campana en su carretilla que suena con el rodar de ésta.



## El Hijo del Conde

¡Se ha de casar! Sí que se ha de casar el hijo del Conde!

*Conde, conde, que te conde,  
que te quite ese pellejo  
y te ponga otro más viejo.*

Pero aquí está el hijo del Conde, por si no lo conocéis:

*Con sus ojitos de mosquito,  
con sus orejas de torreas,  
con sus mejillas de mantequilla;  
con su nariz, como marfil,  
con su bigote rabo e'pizote <sup>1</sup>  
con esa boca, pan de rosa,  
con su barbilla puntiagudilla,  
con su garganta que lindo canta,  
con su levita de blanda pita,  
con su espadín de chapulín,  
con verde capa color de lapa,  
con su zapato color de gato  
y con su andar de militar.*

---

<sup>1</sup> Pizote: nombre que se da en Costa Rica a un plantígrado de color pardo, muy glotón, que anda en manadas. Se domestica y su carne es comestible. Corresponde a la especie *Nasua narica*. El macho viejo se separa de su grupo y lleva vida solitaria. La frase "que lo crea pizote" denota incredulidad.



¿Y con quién casaremos al hijo del Conde? ¿Con quién? Pase a casarse, el hijo del Conde, bajo el arco del canto en el coro que dice, ya alunarado, con la primera luz de las estrellas:

*Con la más linda  
se ha de casar.*

*Con la que sea la más hermosa,  
boca de fosa,  
labios de miel  
y cinturita de clavel*

## La Viudita del Conde Laurel

Tú no conociste a la Viudita del Conde Laurel. Y yo no sé si la conocí o no la conocí. Sólo me acuerdo que la Viudita, que a veces era una pajarita y a veces una niña, estaba siempre en su balcón o en su rama... en aquel balcón de la casa grande.

¿Pero hubo alguna vez una casa grande con balcón?

Era por allá, por los edificios de cristales de los Estanques Viejos, donde, antes, había un telar lleno de muchachas que tejían y que cantaban... Muchachas que usaban los domingos floreados mantones de manila...

*¿Dónde vas con mantón de Manila,  
dónde va, la Viudita del Conde Laurel.  
Al balcón a llorar con el viento,  
con el viento y el rojo clavel.*

Pero no; era sin duda por la calle empedrada, en la sombreada, casita de los naranjos, la que tenía ventanas con rejas azules y blancas cortinas.

*Entre cortinas blancas  
y azules rejas.*

*estaban dos amantes  
dándose quejas.  
Y se decían y se decían,  
que sólo con la muerte  
se olvidarían, se olvidarían.*

La calle, ya no es la calle empedrada; hace tiempo cortaron los naranjos y su sombra, y se arruinó la casita, donde, tal vez, vivía la Viudita del Conde Laurel.

¿No sería entonces por el barrio de la Plaza Nueva, donde los martes vendían las carretadas de leña? En la Plaza Nueva había muchos higuerones magníficos. A su sombra soñaba el Hombre que hacía Versos, mientras que en las copas cantaban las viuditas azules.

¿Qué se hizo la Plaza Nueva, con sus higuerones, con las carretas y los bueyes y los boyeros, con el Hombre que hacía Versos y con las viuditas <sup>1</sup> azules?

Pero, señor, ¿si era en la vieja ciudad de mi infancia! Y, ahora que me acuerdo, ahora que me estoy acordando, ¿qué fue de la vieja ciudad mía, de mi infancia?

¿Qué fue del balcón y de la casa grande, del edificio de cristales, de la casita de los naranjos, del barrio de la Plaza Nueva y de la Viudita del Conde Laurel de los Laureles?

*Yo soy la Viudita  
del Conde Laurel.  
Me quiero casar  
y no hallo con quién.*

---

<sup>1</sup> (*Thraupis cana cana*). Pajarillo tanágrido muy común en Costa Rica, de color azulado con suaves contrastes, de monótono y melancólico canto que lanza posado solitariamente en las ramas. A estas peculiaridades debe su nombre.

Tú no conociste a la Viudita del Conde Laurel y yo, que me casé con ella, yo que le di zapatos y medias color <sup>1</sup> de café, yo tampoco la conocí.

¡Y esto, que fue en la vieja ciudad de mi infancia!

---

<sup>1</sup> El escritor evoca el juego infantil de la Viudita del Conde Laurel en el cual una niña, dentro de la ronda canta; "Yo soy la Viudita... etc." y el coro contesta: "Cásate conmigo que yo le daré zapatos y medias color de café" la niña, escoge entonces a uno de los niños de la ronda para casarse con él.

## Yo tenía

*Yo tenía las estrellas  
en un pozo de la calle y debajo de unas hierbas  
dos abejoncitos mansos.*

*Yo tenía una nube de oro  
encima del campanario  
y un nido con pajaritos en el naranjo.*

*Yo tenía el viento en los pies  
cuando corría descalzo,  
y un caballito de caña para correr al mercado.*

*Yo tenía un mirador  
en el ciprés fino y alto  
y en mi almohada una paloma  
de pecho amoroso y blando.*

*Yo tenía una flor de sueño en mis ojos desvelados  
y tenía una voz pequeña  
perdida por un cielo alto.*

*Yo tenía una campana  
y una torre  
y un poblado  
y tenía un tambor guerrero en mi pecho de  
soldado.*

*Yo tenía una princesa,  
pordiosera de milagro,  
más rica de su riqueza que los mismos Reyes  
Magos.*

## San Selerín

En mi oración de la noche, ya metido en la cama, y soñoliento, rezaba a San Luis, rezaba a mi Santo Ángel de la Guarda y, en una complicación de imágenes, el Ángel y el Santo se me fundían en un viejecito anacoreta, de hábito franciscano y de barbas, manos y pies de jazmín, que no podía ser otro que el mismo San Selerín de la buena buena fin.

Así lo veía, quizás, en mis sueños:

*San Selerín en su cabaña,  
en medio de la montaña.*

*San Selerín.*

*Con estos ojos lo vi.*

*Venían los caracolitos  
a darle los buenos días  
y el bendito.*

*Las oropéndolas todas,  
me la hacían, bate que bate,  
su espumoso chocolate.*

Porque en mi soñoliento transporte recordaba que:

*El chocolate es un santo  
que de rodillas se bate;  
poniendo las manos al cielo  
bate, bate el chocolate.*

Y continuaba mi visión de San Selerín de este modo:

*Noche y día le servían  
las hormigas coloradas  
como criadas.  
Sus hábitos le lavaban  
con blanco jabón de luna,  
las flores en la laguna.*

Al llegar aquí, acariciaba mis sábanas blancas, lavadas por mi madre, y me decía, orgulloso: "Mi madre también podría lavar los hábitos del santo y dejárselos como de luna". Y continuaba el cuento:

*Le habían hecho su casita  
de turrón y de torrijas  
las abejas.*

*Para alumbrarlo de noche,  
encendían sus lucerillos  
faroleros gusanillos.*

*San Selerín  
con éstos ojos lo vi,  
rezando allá en su cabaña  
en medio de la montaña.*



## Ángel de Oro

El Ángel de Oro se pasea por la arenita de la mar. En la arenita de la mar dejan las olas su color y dejan caracolillos y conchas y estrellas duras de sal y cangrejitos chinos.

*Ángel de Oro,  
arenita de la mar.*

El Ángel de Oro busca a la Niña de Francia, que parece una rosa, que parece un clavel, acabado de cortar.

*Ángel de Oro,  
arenita de la mar.*

Busca a la Niña de Francia perdida entre la luz del mar y la luz del cielo en el borde del anochecer.

*Arenita de la mar,  
¿tú no la has visto pasar?*

En la arenita de la mar brilla una lágrima azul. Las olas vienen, las olas van. Se perdió la Niña en la luz del mar.

*¡Ángel de Oro!  
¡Arenita de la mar!*

## Pizote

A la luz de la candela, en la mesa del comedor, en los anocheceres de lluvia, jugábamos con los más pequeños el juego de más risa y cosquilleo: el juego de Pizote.

Sobre la mesa se iba levantando la pila de pequeños puños, torrecilla fugaz de la fantasía, que al final del juego viento de risas venía a derribar.

Cuando la torrecilla de puños, seis, ocho, diez, ya estaba construida, entonces empezaba a cernirse sobre su improvisada arquitectura la palabra que tramo a tramo, es decir, puño a puño, la iba derribando hasta sus cimientos. ¡Suerte de todas las torres alzadas!

—¿Qué es esto?.

—Pizote.

—Quítalo dé ahí y bótalo al monte.

Y con esta fórmula de poder, mágica como las de las brujas o las de las hadas, en los cuentos, caía el primer puño, el segundo y el tercero, hasta no quedar más que el último, asentado sobre la mesa. Al llegar a este, se preguntaba:

— ¿Qué es esto?

Y el orgulloso dueño del puñito contestaba:

—La Casita del Rey.

¡A ver si se atrevían con la Casita del Rey! No inmediatamente, porque había que preguntar:

—¿Qué tiene adentro?

Y el orgulloso dueño:

— ¡Oro y plata!

¡Oro y plata! ¿Con qué oro y plata? Y ya sin esperar a más el preguntador hacía cosquillas y cosquillas en el cuello y en las axilas del dueño de la Casita del Rey, que se retorció de risa. Y mientras duraba el esperado y temido cosquilleo, se decía repitiendo y repitiendo:

—¡La garrapata, la garrapata, la garrapata!

Y el de la Casita del Rey sucumbía, de risa, al sentir los dedos de todos los niños como mil garrapatitas corriéndole y saltándole por todo el cuerpo.

## Matarilerilerón

¡Cuando me acuerdo del pobre Matarilerilerón! ¡Y las cosas que tenía Matarilerilerón!

Matarile, así lo llamábamos, era el nieto del herrero de la herrería humilde; porque había dos herrerías: la lujosa o rica, en donde eran herrados los caballos de los gamonales, del señor gobernador y del señor comandante; y la humilde, en la que se herraban los caballos de todos: los de los lecheros, los de los arrieros de ganado, los de las caballerizas de caballos de alquiler y hasta el caballejo de aquel esperpento barbudo con alma de santo, que era el correo de San Antonio, Calachitas.

Matarile no iba a la escuela. Matarile se pasaba todo el santo día vagabundeando por el vecindario, de solar en solar, robando nidos, o atracándose de duraznos, naranjas y guayabas. Matarile era el mejor cerbatanero, el mejor bailarador de trompos, el mejor músico de flauta de caña, el mejor fabricante de papalotes y barriletes, el más hábil baqueano en todos los potreros, cañaverales y cafetales que rodeaban la ciudad. Como Simbad el Marino, dueño de mil tesoros, producto bien ganado en sus continuas excursiones, nos hacía agua la boca con sus pertenencias, cuando íbamos a visitarlo a la herrería. En un gran corredor, entre la fragua de fuego, los sacos de carbón y las pilas de viejas y oxidadas herraduras, nos mostraba un baúl de cuero repleto de cuanto Dios creó.

Pero eso no era todo: Matarile tenía lora, ardilla, gato, perro, chanchito, chompipe, palomas, peces y yigüirros. Y tenía, además... tenía ¡un rifle de verdad!

Cuando me acuerdo del pobre Matarile y de las cosas que tenía, jugando a la gallina ciega con mis recuerdos, hago una letanía equivocada que reza así:

*Tenía un perro en una percha, Matarilerilerón.  
Tenía un loro que no hablaba, Matarilerilerón.  
Tenía un gato de tres pelos, Matarilerilerón.  
Tenía un gallo espuela e'plata, Matailerilerón.  
Tenía un burro con bigotes, Matarilerilerón.  
Tenía un pato guitarrista, Matarilerilerón.  
Tenía un pez en un canasto, Matarilerilerón.*

¡Tantas cosas que tenía Matarilerilerón!

*Tenía un trompo en una jaula, Matarilerilerón.  
Tenía un rifle con relámpagos, Matarilerilerón.  
Tenía un peine concertista, Matarilerilerón.  
Tenía un lápiz de melcocha, Matarilerilerón.  
Tenía un cinco con diez huecos, Matarilerilerón.  
Tenía un coco con anteojos, Matarilerilerón.*

Y más cosas que tenía Matarilerilerón:

*Tenía un ojo que cantaba, Matarilerilerón.  
Tenía un dedo con anillo, Matarilerilerón.  
Tenía codos con remiendos, Matarilerilerón.  
Tenía pecas de guayaba, Matarilerilerón.  
Y silbido de lechero, Matarilerilerón.*

*Una tarde de diciembre  
se nos fue con Zabulón  
a rodar por esos mundos  
de los hombres y de Dios.*

*Capitán con dos estrellas,  
volvió al tiempo Zabulón.  
Pero Matarilerile,  
Matarile, ¡no volvió!*

## Vendiendo maní

*Pasó una negrita vendiendo maní;  
a todos les dio, menos a mí*

En nuestro barrio, había una negrita que vendía maní; maní y sólo maní.

¿Dónde tenía la negrita su manizal? ¿Por qué decía: "Maní cacao", en vez de decir como nosotros: "Cacao maní" ¿Y por qué sólo esta negrita vendía cacao maní en nuestra ciudad? ¿Es que sólo los negros venden maní?

¿Y por qué los negros son negros? ¿Y por qué tienen el pelo pasuzo y tan blancos los dientes? ¿Y por qué, cuando peleábamos con la negrita, le decíamos: ¡Negra chumeca!<sup>1</sup>

¿Y por qué la negrita chumeca, siendo pobre como nosotros, usaba sombrero como las señoritas ricas de las casas de alto? ¿Y por qué la negrita no iba a la misa del domingo, ni a las clases de catecismo que nos daba el cura don José J.?

¿Y por qué no jugaba con nosotros en la plazoleta de árboles y pájaros, en aquellas tardes soleadas y lentas? ¿Y por qué cuando pasaba con su canasta al brazo, nos poníamos a cantarle en coro:

*Pasó una negrita  
vendiendo maní;  
a todos les dio,  
menos a mí?*

---

<sup>1</sup> Término vulgar para llamar a los negros en Costa Rica, por imitación de la pronunciación inglesa de Jamaica.

## El baile del zopilote

Cuando no había aeroplanos, el zopilote era el dueño único del cielo limpio, en las mañanas de los meses de lluvia, en las tardes despejadas de los veranos.

En los días de temporal los zopilotes, parados en las cumbreras de los techos, aguantan pacientes la lluvia continúa y la mojazón, porque no tienen casa donde meterse. "Mañana hago casa", dice entonces el zopilote. Pero de pronto sopla el viento, el viento que mueve las nubes, sale el sol y el zopilote abre sus alas de negrura y se oreá y ya no vuelve a pensar en hacer casa.

Desde que lo conozco lo he visto empeñado en hacerse amigo del carnicero y de la cocinera, sin lograrlo. Cuando el carnicero se descuida, el calvo y negro vigilante, le roba el tasajo o la piltrafa. Cuando la cocinera deja la carne mal puesta, ¡si otras pones!, el zopilote vuela desde el tejado del patio y se la lleva en el pico. Porque el zopilote tiene sus artes: un ojo magnífico, una voz propia para hablar oscuro, y una hambre devoradora, que no se satisface ni con un buey entero.

Si no es para creerlo, pero suceden tantas cosas en este mundo: según dicen (las malas lenguas), una vez el zopilote bailó con una carnicera, y sucedió así:

*—Guz, guz, zopilote negro,  
guz, guz, ¿y de dónde aquí?*

*—De bailar con la carnicera  
Rafaelita Salsifi.*

*—Guz, guz, zopilote calvo,  
y el carnicero, ¿qué hacia?*



*—Estaba afilando el hacha  
allá en la carnicería.*

*—Guz, guz, zopilote flaco,  
¿qué le pasó a Rafaelita  
que no te miró las patas  
peladas y arrugaditas?*

*—Guz, guz, yo soy caballero  
de levita en sociedad,  
y le di a la carnicera  
una bamba y medio real!*

## Gloria in excelsis Deo

—Pirulo, ratón de milpa, no te alabes tanto, deja de echarle maíz a la pava y dime: ¿qué cosa es:

*Un caballito enano  
con tres patas y una mano ?*

Pirulo se hacía el tonto, para que la abuelita dijera la adivinanza y contara el cuento infaltable que venía como cola. Y aunque la abuela sabía la tusa con que se rascaba,<sup>1</sup> sin embargo concedía:

—El caballito es la piedra de moler maíz, que tiene tres patas... y la mano, pues es la mano de quebrar el maíz y de repasar. ¡Parece que no la hubieras visto nunca en el moledero de la cocina!

—¿Y es cierto, abuela, que las piedras de moler las inventaron los indios?

—Ellos las inventaron para moler maíz, como nosotros; y les tenían un nombre: metates; las hacían muy bonitas: con adornos de animales a los lados a los que daban forma de monos y de loras.

—¿Y por qué escogían esos animales?

—Tal vez porque los monos y las loras son los animales que más molestan las milpas cuando el maíz está en elote... ¡quién sabe!

—¿Y es cierto, Candaría, que los indios bebían chicha? ¡Cómo no!

—¿Y cómo se hace la chicha, abuela?

—Muy sencillo: con maíz nacido, piñuelos<sup>1</sup> salcochados, caldo de caña dulce y jengibre, para que quede picantita.

---

<sup>1</sup> Expresión popular costarricense que indica conocimiento de la persona o de la situación en que se encuentra aquel a quien se atribuye.

—Y en tu tiempo, abuela, ¿es cierto que daban chicha en todos los portales?

Volvía la abuela a narrar cosas de su tiempo; se acomodaba en su sillón de cuero y contaba:

—Cuando las muchachas íbamos a visitar los portales, que entonces los había como maíz, después de curiosear viéndolo todo: el Paso, con las Tres Divinas Personas, el buey y la mula, el Ángel de Gloria, la Estrella, los Santos Reyes Magos, los pastores y pastoras, y las nuevas figuras y de decir elogios por lo bonito que este año habían puesto el portal, la dueña de la casa no dejaba de ofrecer:

—¿Quieren un vaso de chicha?

Y una contestaba:

—¡No se moleste, si ya nos vamos!

Pero la dueña sabía a qué atenerse: se iba adentro y volvía con una bandeja de vasos con chicha, acabadita de sacar del tinajón, fresca, espumosa, fuerte; una chicha que al poco rato se nos subía a la cabeza y nos hacía sentirnos dando vueltas.

—¡Hijo de Dios, Candaría!

—Y cuando en algún portal no nos ofrecían chicha, entonces la más zamarrita <sup>2</sup> de todas las muchachas, hacía como que estaba leyendo en voz alta el letrero del Ángel de Gloria:

—¡Gloria in excelsis Deo!

Y en seguida añadía, bien claro, para que la oyeran los dueños de casa:

—¿Dónde está la chicha que no la veo?

---

<sup>1</sup> Fruto muy ácido de la piñuela, el cual se emplea para hacer chicha. La piñuela (*Bromelia Pinguin*) es una planta bromeliácea que se emplea para hacer cercas y cuya inflorescencia es comestible.

<sup>2</sup> Diminutivo afectuoso de zamarra, picara, traviesa, inquieta.

## Canción de la Canción

Como a una enorme abeja entre las flores, esperábamos ver a Doñana ¡y no la lográbamos ver!

¿Acaso allá en la Huerta de Torotoronjil? ¿Acaso entre las rosas abiertas del vergel?

Doñana, roja, como las rosas; Doñana, blanca como el jazmín; Doñana, casi, casi azucena; Doñana dueña de mi jardín.

¡Esperábamos verte, Doñana! ¡Y no te lográbamos ver! ¡Huerta del perejil! ¡Doñana conejil! Conejita blanca con ojos de rubí. Para verte comer y echarnos a reír corríamos a la Huerta del Torotoronjil.

Y la canción volante nos burlaba diciendo, diciéndonos así: "Doñana no está aquí; anda en su Vergel, abriendo la rosa, cerrando el clavel". Esperábamos ver a Doñana y no la lográbamos ver. Doñana, reina de la mañana; Doñana, llama, como el clavel; Doñana lirio de mayo, lirio despierto en aire de amanecer.

¡Vergel de la rosa abierta y el cerrado clavel! Doñana, abejarrona, abeja de miel, ¿quién te pudiera ver? Florista, abrías la rosa, cerrabas el clavel.

Y la ronda corría, corría a tu vergel. Más la canción volante nos burlaba otra vez.

Esperábamos ver a Doñana, y no la lográbamos ver.

Doñana, clara, de claridades, en la añoranza de la canción. Flor temblorsa recién abierta en la áurea rama de la ilusión!

¿Doñana, dónde? ¿Dónde Doñana?

¡Ya sólo un eco de la canción!

## Chepe Cherepe

*¡Chepe, Cherepe,  
calzón colorao,  
salite a la puerta  
y ataja el ganao!*

Treinta, cuarenta, setenta novillos. La angosta calle empedrada resonaba como un río de duros ruidos: pezuñas, cornamentas, sofocaba como un río tibio con olor de establo; asustaba como un río revuelto con secas ramazones flotantes.

A caballos, en briosos caballos, los ganaderos, muy sí señores: sombreros de Panamá, finos; camisas de cuello abierto; calzones metidos en las altas y negras polainas, espuelas de acero relucientes, y fustas tronantes, A pie los arrieros, valientes, malencarados, chuzo en mano, grito llanero en las gargantas —¡to, to tooo!— sucios, sudorosos; metiéndose, atrevidos, en el entrevero de la partida de ganado gordo, sacado del Departamento.

Comenzaba a anochecer: todavía sobre el Poás y el Barba <sup>1</sup> los hatos de nubes rojas y amarillas, poco a poco, arrumbaban hacia no sé qué praderas de plomo aéreo; sobre el Irazú, las primeras espuelas de plata de un ganadero astral tintineaban claridades audibles.

La novillada, después de horas de camino, de violento arreo por el camino real, polvoso, seco, sentía el anochecer anunciador del próximo descanso, y se inquietaba: una vaquilla horra o un novillo de cuernos monumentales se escapaba de la partida y galopaba alocado, calle abajo. Tras el animal cerril para obligarlo a volver a la manada, el galope chispeante del ganadero jinete, la carrera desaforada y los gritos del arriero, los fustazos restallantes, la punta del chuzo que, alcanzándolo, se hundía en las ancas o en el cuello. Y

---

<sup>1</sup> Volcanes situados al Norte del Valle Central.

los sustos y la gritería de los mirones: el borrachillo de la pulpería de la esquina haciendo capote de la mugrienta chaqueta, en desplante risible, se echaba a media calle a torear; los portazos de las viejecitas, doña Leocadia, ña Benita, ña Paula, que cerraban apresuradas, no fuese que el novillo azorado se metiera al zaguán. Y nosotros, a grito pelado, desde el seguro de las ventanas de nuestras casas: ¡Chepee, Cherepeeee, calzón colorao, salite a la puerta y ataja el ganaooo!

## Ratón de Milpa

—Hola, Fifiriche, ratón de milpa. ¿Quién te peló que las orejas te dejó?

Y como ya me habían enseñado en casa, le respondía resuelto, al bromista Cucarachita, el vendedor de pan en canasta:

—El burro que me pregunta ¿por qué no me las quitó?

Sin embargo, muchas veces, después de salir de la peluquería de Mondragón, oloroso a aguas floridas, punzado por los molestos pelillos cortos que se me habían colado en el cuello y en la espalda, debajo de la camisa, me iba al espejo de casa, al espejo grande, el de la abuela, a verme las orejas... ¡Qué raro, no se menean! ¿Que no? ¿Y Manuelillo? Manuelillo nos ganaba un cinco en apuesta —trato hecho nunca deshecho— a que meneaba las orejas. ¡Y de veras las meneaba!

Este Cucarachita, el vendedor de pan en canasta, sí que era bueno. ¿Acaso no nos regalaba acemitas, acaso no nos daba enlustrados y biscotelas?

—¡Hola, Fifiriche! ¿Qué tal . . . ones, Fifiriche? ¿Vas para el rosario, Fifiriche? Fifiriche . . . Fifiriche . . . Fifiriche . . .

Y el nombrecillo, ¡oh calamidad!, me venía al pelo: yo era delgaducho, paliducho, erguido, tieso como una caña; en fin, fifiriche, ¡qué se iba a hacer!

Pero, ¿por qué ratón de milpa, Cucarachita, por qué?

—Abuela, ¿cómo son los ratones de milpa?

—Como todos los ratones, muchachito.

—Tía Fica, ¿cómo son los ratones de milpa?

—Pues serán blancos... yo no sé.

—¿Cómo son los ratones de milpa, mamá? Mamá estaba ocupada lavando la ropa en la pila.

—¿Los ratones de milpa? Serán chiquitos, con pelo de maíz. . .

Me quedaba viendo las mil burbujas de la espuma de jabón en la batea <sup>1</sup> de lavar y ya no le preguntaba más.

Allá, a los días, en el corro del cajón de puerta, donde nos sentábamos recién entrada la noche a contar los cuentos, ¡entonces sí que sabía del ratón de milpa! Cucú, Manuelillo, Tananá, nunca lo habían visto. ¡Yo sí!

—¿Dónde? ¡Mentiroso!

—En la milpa del Uriche. Es un ratoncito blanco, pelo de oro. Nace en la mata de maíz, como las mazorcas. Cuando hace mucho viento se cae al suelo y se mete a vivir en un huequito. Cuesta mucho verlo, porque como es blanco y de oro, parece un rayo de sol de los que andan por la sombra de la milpa. Cuando el maíz está seco, los que van arrancándolo, si se encuentran una mazorca colorada, de maíz colorado, se ríen. ¿A que no saben por qué?

—¿Ah?

—Bueno, porque en esas mazorcas se orinó el ratón de milpa.

---

<sup>1</sup> Bandeja grande de madera para lavar ropa



## Las Tinajas

Arrodajados en la acera, puestos en jarras, niñas y niños jugábamos a las tinajitas.

—¿Me vende una tinaja?

—Escoja la que quiera.

—¿En cuánto me la da?

—En dos pesetas y la mitad.

El comprador, de una en una, iba sonando las tinajas; con los nudillos de los dedos en las cabezas de los arrodajados, las sonaba.

—Tan, tan.

—Esta no, que está rajada.

—Ton, ton.

—Esta no, que se quebró.

—Tun, tun.

—Esta sí, que es de Escazú.

—*Tinaja escazuceña,*

*U-0-A,-U-A,-E-I,*

*tinajita escazuceña*

*que se llena para mí.*

Y dos de nosotros, asiéndola cada uno por un brazo, llevábamos en vilo la tinajita comprada, que se dejaba llevar, muy seria, sin parpadear, sin mover ni un dedo, como que era tinaja, y la colocábamos con cuidado, con mucho cuidado, en otro sitio de la acera.

—Tun, tun.

—Esta sí, que es de Escazú.

—Pulidas, frescas tinajas escazuqueñas en la cocina de la casa, sentadas en fila sobre el moledero <sup>1</sup> de cedro; henchidas en los albores, todo el día conservaban, tan fresquita, el agua. ¡Qué gozo al volver de los paseos por el campo asoleado, correr a las tinajas, quitarles el "guacalito" que les servía de tapadera, y embrocarlas sobre el vaso para hacer el refresco de dulce de caña con cases recogidos en los potreros!

¿Cómo, por qué, cuándo se inventó el juego de las tinajas? ¡A saber! ¡Tal vez! . . .

Cuando se quebraba una tinaja —descuido de la henchidora—, cuando amanecía quebrada una tinaja — correría nocturna de gatos en la cocina— había que reponerla. Íbamos al mercado —día sábado: gentío, abundancia coloreada de toda clase de comestibles —a la venta de barro. En el suelo, alcancías de chanchitos, pilas de comales negros, de grano áspero con puntitos dorados, para asar las tortillas; tinajitas para poner debajo de la goteante y redonda piedra de los filtros; tinajas aguadoras de las que llevan en el cuadril o en la cabeza las mujeres; tinajones panzudos para la chicha dulce de la Navidad; todo, sonoro barro cocido, de los cerros de Escazú.

Y la compradora —la abuela, la tía— de tinaja en tinaja, tun, tun, sonándolas con los nudillos de los dedos para escoger, al fin, la de arcilla más vibrante.

—¿Me vende una tinaja? —Escoja la que quiera.

En el atardecer, siempre en el atardecer: cielo azul, verde, rojo, amarillo, como una enorme tinaja sobre nuestras cabezas, llena con el agua de la última luz.

---

<sup>1</sup> Mesa larga de madera que se usaba en las cocinas para poner la piedra de moler y otros objetos.

## May Fren

Yon Braun,

Como eras negro, el único negro que vivía en la ciudad; como eras negro, mi padre me enseñó a decirte adiós en negro:

—Gud bai, míster Braun.

Pasabas todos los días, mañana y tarde, con la gran canasta de pan a la espalda y yo no faltaba en la puerta de mi casa, atisbándote, para decirte en cariñoso negro:

—Gud bai, gud bai.

Sonreías al pasar —sonrisa de dientes blancos—; te hacía gracia el niño sin miedo a tu persona, y le enseñaste a completar aquel adiós con dos palabras plenas de humanidad:

—Gud bai, may fren.

Papá me tradujo el may fren. Desde entonces ya no entendía por qué los otros chicos de la pandilla del barrio, siempre que se referían a un negro lo llamaban con desprecio un may fren.

Me hice amigo tuyo, may fren, míster Braun.

Por las tardes averanadas de noviembre y diciembre, me iba contigo a la Calle Real a encumbrar tu barrilete tronador. Bueno, yo no lo encumbraba; lo encumbraba may fren. Ya en el cielo, alzado con buen viento, más arriba de la torre, bañado de sol, cercano a los celajes, todo vibrante y tronando, me dabas a tener la cuerda de manila gruesa que lo sujetaba, por mi mano, a la tierra. ¡Qué bueno, pero qué bueno may fren! Me envidiaban los otros: a ellos no les prestaba la cuerda del encumbrado barrilete de manta lavada. Ese era un honor reservado sólo para mí. Por supuesto, pues yo era amigo de may fren. Yo le decía gud bai; yo lo esperaba en la puerta, para hablarle en negro.

—¿Pero de veras era negro may fren?

## Caballito

Para jinetear mi primer caballito, cabeza de cuero, ojos de tachuela, crin de cabuya y cuerpo de palo de café, me hice una fusta: el cabo de madera de naranjo, el látigo desflecado, de mecate de manila; una fusta restallante, como la de los ganaderos.

Y allá voy corriendo en el viento, a hacer todos los mandados de la casa.

Y allá voy, corriendo en el viento, a la plaza, a la lidia de la "cachera".

Y allá voy, allá voy, allá voy, volando sobre las yerbas del potrero, cerro arriba, a perderme en el cielo sin nubes.

Corriendo, siempre corriendo, sin sentir los pies descalzos, sin ver nada, sin oír a nadie, en el viento.

Corriendo, a galope, tras el torillo matrero que evitaba el lazo, y que de una carrera se llevaba toda la plaza de una a otra calle.

Volando, volando, allá voy, hasta tocar con el pecho el cielo sin nubes, en el silencio de oro de los potreros a medio día.

Infatigable, mi caballito no necesita espuelas para saltar pedrones, para atravesar por encima de las zanjas del potrero; para subir del camino a los paredones donde se mecían las "cola de venado".<sup>1</sup>

Por la noche, al acostarme, lo dejaba debajo de la cama. Y en los sueños, ¡arriba, arriba, sin parar!, en el viento, en el viento desbocado, de fronda en fronda, de torre en torre, hasta la laguna azul, callada, donde todo para, hasta el viento, y donde está toda esa dicha que luego —y ahora— no podemos recordar ni tú ni yo, ¡caballito de madera!

---

<sup>1</sup> Especie de zacate de un metro o metro y medio de alto con linda y frondosa espiga.

## De Palo de Escoba

—¿En el monte verdea y en la casa colea?

—¿Qué es?

—La escoba.

Y tanto coleó barriendo la casa, que la escoba perdió su verde cola de escobilla. Su palo, largo, pulido, redondo, fue a parar al corredor del patio donde se guardaba la leña seca.

¿Por qué ir a pie a hacer tantos mandados? Lo mejor sería tener un buen caballito corredor.

Me fui al corredor de la leña. Allí estaba el caballito, manso, esperándome. Le puse riendas de cordel de manila, me monté, y en el palo de la escoba salí volando.

Sólo, que como mi caballito no tenía cabeza, Chacón, el talabartero de la esquina, me regaló una cabeza de caballito hecha de cuero con ojos de bolas de vidrio y crin de verdad.

¡Ahora sí que sí! ¿Quién me desmontaba de mi caballito?

Y usted corre al mercado por la carne, y a la panadería por el pan, y a la pulpería por sal y azúcar, y a donde ña Beatriz, por el cacao, y a casa de las Hernández por los tamales de los sábados... y corre, y corre, calle arriba, calle abajo, montado en mi caballito.

Fifiriche —me decían así por largo y flaco, por fideo de cuerda, como los fideos del italiano Rímola—, ¿estás muy ocupado?

—No, ¿por qué?

Es que hay que ir a la Casa Vieja a pedirle a ñor Curucho unas hojas de tapate para hacerle cigarros a la abuela que está rematada con el ataque de asma.

Corría a buscar mi caballito en su caballeriza, allí, detrás de la hoja de puerta de la sala. Tomaba las riendas y de un salto montaba en el palo y a correr.

*Corre, corre, caballito,  
no descanses, no te pares,  
que ya el Niño va a nacer,  
corre, que llegamos tarde.*

Temporales de octubre. Cielos de ceniza. Calles hechas lagunas. Mi caballito chapaleaba barro; salpicándome, atravesaba lagunas; yo sentía los pies descalzos como granizos, pero adelante, adelante. Llegué a la carnicería de los Monteros; al entrar dejé el caballito arrimado a la puerta de la calle, bien enfrenado.

—Qué me venda una libra de lomo de adentro y carne con hueso para la olla.

Los carniceros afilaban sus cuchillos, ris ras; cortaban posta y grasa; pesaban en la balanza; envolvían en hojas de plátano y no daban a basto para atender a la numerosa clientela. Yo esperaba y esperaba.

Al rato:

—Oiga, Raimundo, hágame el favor de despacharme; una libra de lomo de adentro y carne con hueso para la olla.

—Ya va, Pirulo; déjeme que pique esta pata para la señora que la quiere para hacer sustancia.

Al otro rato:

—Idiay Raimundo, ¿no me va a despachar?, es que me precisa.

Al fin me dieron el envoltorio con la carne y corrí a la puerta de la carnicería a montarme y a salir a toda pareja. ¡Si otro ponés! Mi caballo había desaparecido. Lloré, pregunté a todo el mundo. Nadie me dio razón del paradero de mi caballo.

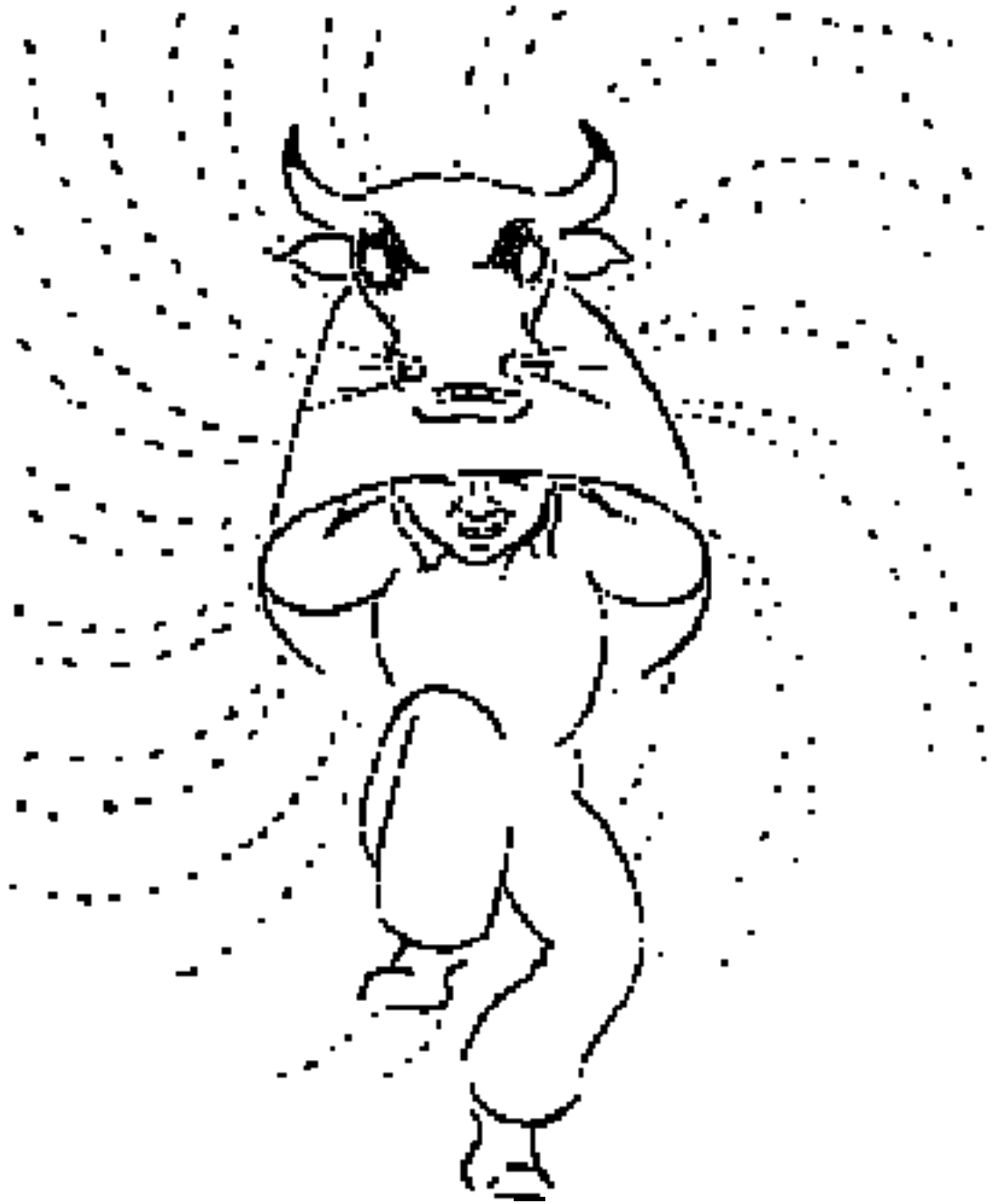
—¿Dónde lo dejó, chiquito?

—Alí, arrimado a la puerta de afuera.

—Ah, pues se lo llevarían al Fondo, porque está prohibido dejar los animales en la calle.

No entendí la burla del guasón a quien divertía mi angustia.

A pie volví a casa... y me regañaron porque llegaba tarde.



## Figurones

Pasaban al atardecer, dos, tres, cuatro carretas, camino de Santo Domingo. Las acompañábamos hasta el puente de Pirro y, cuando más, hasta la plazoleta de La Puebla. Llevaban las carretas el juego de pólvora para las fiestas, rumbosas fiestas, de los domingueños.

Había que irse tras aquellas carretas, convertidas en movientes y monumentales retablos por el arte de don Silverio, el maestro polvorista.

De cerca, y sin miedo, era maravilla ver los figurones de armazón de caña, y papel de colorines chillones. Allí, el "Torito guaco", ¡quién lo veía, tan poca cosa!; allí aquellos animales de ojos redondos como los de los peces, cuerpos de caballitos de mar, con alas de murciélago o de diablo, allí, aquella figura de corcel, de entrañas infernales y cara de Cegua;<sup>1</sup> y los castillos con tres torres y sobre la torre más alta, la del centro, la bandera tricolor. Sin luces ni sonido, las rodinas, que estarían esplendorosas en su minuto de gloria. La Giganta descomunal, con suelta cabellera de cabuya, inmóvil, tiesa, casi tapando con su falda la carreta.

¡Quién pudiera ir a Santo Domingo a ver quemar el juego de pólvora! Nos contentábamos con decir adiós a los figurones y nos volvíamos a la ciudad oyendo el traqueteo de las carretas cada vez más lejano, camino de Santo Domingo.

Allá, otro día, alguien gritaba la noticia:

— ¡Ya traen el juego é' pólvora quemado!

Corriendo, a cual más corría, salíamos a recibirlo. Ahora las carretas exhibían a nuestros ojos un montón de ruinas: el papel que recubrió los figurones, desgarrado, reventado, quemado, dejaba ver las cañas de sus esqueletos; los animales fabulosos habían perdido las alas; la fiera cabeza fantástica sólo mostraba su boca armada de una sierra de dientes de cartón. Pobre Giganta, fíjate, no le ha

---

<sup>1</sup> Según la creencia popular es una mujer con cara de caballo que vestida de luto se aparece a los trasnochadores.



quedado ni un solo pelo! ¡Y el Torito Guaco todo reventado, la piel hecha tiras que daba lástima! El aire en torno a las carretas olía a chamusquina, a pólvora quemada.

No, no nos daba pena el desastre de los figurones, al pasar por las calles, rumbo a la casa del polvorista, donde por arte de magia resucitarían a nuevas glorias. Oíamos los comentarios de las gentes mayores, que sabían lo que decían, ¡seguramente! Tino, el herrero de la fragua, Sergio, el Tambor Mayor de la banda, Pío, el del mercado, el que siempre fabricaba la figura del Judas del Sábado Santo, decían lo mismo, hablando entre ellos:

—¡Qué bien ardieron todas las figuras del juego e' pólvora!

—¡Cómo que las hizo don Silverio!

¡Santa palabra! ¿Acaso pudiera ser otro el destino de los figurones, sino el de quemarse estrepitosamente para regocijo del pueblo en fiesta?

## Víspera de la Purísima

Siete de diciembre, víspera de la Purísima Concepción, por la noche.

—Pirulo, ¿ya le pediste permiso a tu mamá para salir esta noche con todos nosotros a quemar los triquitraques, las bombas y las luces de Bengala?

—Clarinete.

—Anda a la cocina y te traes un buen tizón y corre a la calle, que te estamos esperando.

Al salir, blandiendo el rojo y humeante leño:

—Cuidado se van a quemar, cuidado.

—Sí, mamá. . . digo, que no, que tendremos cuidado.

Afuera en la calle nos avivaba el vientecillo frío que soplabla el tizón y la alegría de todos los que íbamos a la quema de la pólvora.

Por todas partes detonaban bombas y triquitraques; subían al cielo, ¡suss!, los cohetes de don Silverio, que acababan con el ¡pum! de la bomba, pintando arriba una estrella dorada.

Contagiados con la alegría resonante en toda la ciudad de Cubujuqui, que celebraba a su Patrona, la Purísima Inmaculada Concepción de María, nos congregábamos en la plazuela a quemar nuestros petardos; eso sí, rindiéndolos, para que la escasa provisión no se nos agotara muy pronto.

El encandilado tizón andaba de mano en mano encendiendo mechas. ¡Qué desilusión cuando el triquitraque o la bomba se frustraban! No, no. Rompíamos el envoltorio, sacábamos la pólvora negrita y, ¡fuego a los montoncillos!, que a veces nos quemaban las pestañas.

Las ocho. Dejábamos en la plazuela desierta el tizón agonizante tirado sobre el césped, para irnos corriendito a la esquina de la casa de don Arturo.

¡Esa era fiesta! Don Arturo, el esposo de doña Concha, echaba la casa por la ventana para celebrar la víspera de la Purísima

Concepción. No había chico del vecindario, ni grande tampoco, que se perdiera la sonada y resonante celebración. Primero, seis cohetes de luces de colores; seguían muchas descargas de bombas que se quemaban debajo del farol de la luz eléctrica, atadas a su poste. Venían luego dos o tres rodinas y más cohetes y más bombas. Al fin, aquella girándula de chispas y de llamas que alumbraba toda la calle y que al extinguirse, en un último alarde de alegría, lanzaba en todas direcciones el fuego loco de cien buscapiés silbadores.

Las nueve. El policía y el ronda a caballo: "Chiquitos, a sus casas; a orinar y a acostarse. Ya vieron a don Arturo quemar la pólvora de la Purísima y después de esto ya no hay más que ver, ni que hacer en la calle".

A casa y a la cama, cansados de corretear, roncós de gritar a todo pulmón: "¡Otro, otro!", al complaciente e inagotable don Arturo, esposo de doña Concha, quien siempre, al final de la quema, victorioso, gritaba: "Viva la Purísima Inmaculada Concepción de María!"

En coro de verdadero entusiasmo le respondíamos: ¡Viva! ¡Viva!

## Lluvia de estrellas

—Cuéntalas, y verás que son siete.

Sobre el patio en sombra fulguraba el cielo de enero. Mamá nos enseñaba las estrellas: el Arado de San Isidro, los Ojos de Santa Lucía, las Siete Cabritas, el Lucero del Alba.

Arado, ojos, cabritas, lucero. . . ¡Ya también podía irme por el cielo de las noches! Mamá me lo iba enseñando, como me había enseñado las hierbas, las flores del jardín y sus olores, los árboles y los pájaros del campo.

—¿Y toda esa claridad, donde parpadean tantísimas lucecitas?

Es el río de las estrellas que atraviesa todo el cielo, desde allá hasta allá.

Silencio. No preguntaba más durante un rato, que yo andaba lejos, lejos, por el río de las estrellas. Volvía de arriba y me encontraba acurrucado, pegadito a mamá, que hablaba con mis hermanos sentados en círculo alrededor de ella; les contaba mamá:

— . . . Una lluvia de estrellas.

Preguntábale, para saber lo que no había oído, y ella:

—Que hace mucho tiempo hubo una lluvia de estrellas.

El relato materno me iba colmando el alma con una magia de evocaciones, con una magia de nuevos misterios.

"Todos salimos a la calle a ver la lluvia de estrellas". Como moscas de luz se desprendían de todas partes de aquel cielo despejado. Parecía que iban a caer, pero no caían... y seguía lloviendo estrellas. Empezamos a acordarnos de las profecías del fin del mundo; el miedo fue cundiendo.

—¡Recemos el Santo Trisagio!, propuso ña Paulita y agregó: ¡Esto, quien sabe qué será!

—Tiene razón, dijo doña Sabel, ¡señales en el cielo, desgracias en la Tierra! . . .

Crecían el asombro y el temor.

—Mejor es ponerse con Dios. ¡Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal!, empezó a musitar la niña Anselmita.

Y continuaba la lluvia de estrellas. En eso se nos acercó don Rosendo, el Licenciado.

—Tranquilícense, dijo; y explicó, por los libros que había leído, no se qué casos de lluvias de estrellas, de estrellas errantes, que no son ánimas que los ángeles se llevan para el cielo; de auroras boreales y de eclipses y manchas del sol.

Cesó la lluvia de estrellas poco después de que terminaran sus palabras y entonces sí que nos sentimos todos más seguros y tranquilos.

—Y ahora, muchachitos, nos vamos a acostar, que está haciendo mucho frío.

Abandonábamos el patio echando una última mirada al cielo: al Arado, los Ojos, las Cabritas, al Lucero, al Río de las Estrellas... y a mamá. ¡Sí que sabía ella cosas bonitas de allá arriba!

## Lámpara Maravillosa

Érase una vieja lámpara en un rincón de la casa. Su pantalla de porcelana estaba adornada con caireles. ¿Caireles? Nosotros los llamábamos simplemente lágrimas. En medio de sus lágrimas la lámpara había vivido largos años de abandono en aquel apartado rincón de oscuridad y arañas. Un día la descubrieron los dueños; señor, ¡y era la lámpara maravillosa.

Los duendes —como éramos duendes— andábamos siempre a caza de tesoros, por toda la casa: en la alacena del corredor, en la del portón de calle; debajo de los nidos del gallinero, entre las lajas — pesadas, anchas y pulidas, —del patio, donde las vacas lamían la sal.

"¡Sésamo, ábrete!" Y al conjuro, ya estaban a la vista los objetos preciosos: herraduras desgastadas y trocitos de hierro relucientes de la herrería vecina; cuernos raspados; botones de cobre con el escudo nacional; varillas de paraguas; duras semillas de guapinol; <sup>1</sup> decenas de "jaboncillos" <sup>2</sup> perforados para soplar en ellos y sacarles trinos de pájaro; ocarinas de zapote, con sus dos huequecitos, en las que se modulan las dos notas del canto de la palomita yuré: tu, tuuu; tu tuuu.

¿Qué hada madrina nos descubrió, entonces, la transparencia? Sin duda fue el Hada de la Luz. Cientos de trocitos de vidrios, de todos los colores, vinieron a aumentar nuestros tesoros; los más, procedían de botellas y floreros quebrados.

Los trocitos de vidrio puestos contra la luz del sol, o de la lámpara eléctrica de la esquina de la calle, por las noches, nos dejaban entrar a mundos de encanto. Los rojos nos daban paisajes regados con sirope de granada y de rosa; los verdes, prados con

---

<sup>1</sup> Especie de algarrobo, árbol bastante elevado y de madera fuerte. Su fruto en forma de vaina de corteza leñosa lleva dentro varias semillas durísimas y aplastadas, envueltas en una pasta harinosa y muy seca, de color amarillento, dulzona y de olor desagradable. (*Hymenaea courbaril*).

<sup>2</sup> Fruto de forma semejante a un cascabel de un árbol de regular altura, llamado también *jaboncillo*. (*Sapindus saponaria*).

luna; los azules, grutas submarinas; los amarillos, trigales de espigas doradas; los negros nos hundían en túneles de carbón veteados de fuego rubio.

Las lágrimas de la vieja y abandonada lámpara no tenían comparación. Volteando los pulidos prismas, ¡qué de arcoiris, de pavos reales de fuego, de racimos de estrellas, de lluvias de luciérnagas! ¡Verdaderamente aquella fue nuestra Lámpara Maravillosa!

## Noche

Oía venir el viento. Desde muy lejos venía: rumor sordo de río en creciente; luego, ruido sonoro palpitando en las hojas desgarradas de los plátanos; y al fin, su oleada de pecho rompiendo contra la casa, haciéndola crujir de arriba a abajo. Pasaba el viento y renacía el silencio de la noche pendiente del hile de plata del canto de! grillo.

Una oleada y otra oleada y otra... como el mar.

"¡Si pudiéramos ver el viento! Bueno, sí lo vemos en las nubes que van, en las copas de los árboles, en las olas del pasto", soñaba casi dormido; porque hacía rato todos nos habíamos acostado y desde mi casa yo escuchaba el ir y venir del magnífico viento del campo.

En el cuerpo de aquel viento, inmenso, flotante, puro, se iba mi corazón hacia el hogar entonces tan distante, como que estaba al otro lado del océano de la noche.

Allí en la casa de la hacienda del Pedregal —alzada entre cafetales y potreros— huésped de mis primos, se me iban unos cuantos días de mis lindas vacaciones veraneras.

Los días eran sol, hierbas; remansos en sombra, agua de cataratas salpicando pedrones enmustiados; begonias de hojas frescas en grutas con helechos; amistad de bueyes sueltos y de terneritos mamonés; crepúsculos lentos, con nubes de cristales y de colores, camino al mar, y nosotros, silenciosos, de pie en la cumbre de la colina más alta.

Las noches eran viento, viento, viento... y la pena de sentirme ausente, como si nunca hubiese de regresar al lado de mamá.



## Faria y Cuquito

Un circo trajo a Cuquito; otro circo trajo a Faria. Cuquito, corpulento como un elefante blanco; Faria, delgado, esbelto, a pesar de su flojo vestuario.

Cuando los "aceiteras" <sup>1</sup> encendían y subían las candilejas, ya estaba yo tocando con la cabeza la tela de la carpa, encaramado en una de las gradas más altas de la gradería.

Como un redondo lago de luz esplendía el recinto. Repletas las graderías de gente común, como nosotros; los palcos ocupados por las señoras y los señores distinguidos. El redondel cubierto de serrín limpio; marcada la pista circular. Sobre nuestras cabezas la carpa sostenida en postes rectos y altísimos, enlazados por maromas, todo con aspecto de barco de velas; y la banda de música del circo tocando marchas y valeses.

La espera impaciente nos ponía nerviosos; silbábamos, gritábamos, aplaudíamos desafortunadamente.

—¡Manuelillo! ¡Zabulón! ¡Toño! ¡Cordobita!, llamábamos a voz en cuello, de uno a otro lado de la gradería, para que se supiera ¡y constase! que habíamos asistido a la función de esa noche.

Un clarín, como en la plaza de toros, daba el toque de atención; cesaba la gritería cortada de un solo tajo. En medio del redondel, vestido de frac, la fusta bajo el brazo, hablaba el Míster, empresario del circo:

—Respetable público, etc., etc., etc.

Una salva de aplausos premiaba el discurso del mago anunciador de los prodigios.

Luz, música alegre, movimiento; colores encendidos de las mallas; cinturones resplandecientes de diamantes.

El trampolín tirando al vacío, uno tras otro, a cinco o seis saltarines. La triple barra fija, en donde los morenos hermanos Ayala

---

<sup>1</sup> Expresión despectiva que se aplica a empleados de ínfima categoría o a ayudantes gratuitos que presumen de importantes.

ejecutaban el molino gigantesco, volteando como aspas. Las rosadas muchachas — se decía que eran alemanas, como don Juan Kumpel—, saltando con aros, sobre los lomos de los educados caballos albinos, redondos como palomas. Los trapecistas, al compás del vals Sobre las Olas, volando, arriba, de un trapecio a otro, por encima de la red que acentuaba el peligro. Al final, la gran pantomima.

Bien valía la función los seis reales de la entrada y esto sin contar los payasos . . . ¡Ah, los payasos! Cuquito en el Circo Alemán; Faria en el Águila Milanesa.

Cuquito,

cejas de harina,  
verdes círculos pintados  
en las mejillas; la boca  
bermellón de risa y llanto.

Cuquito,

corbata verde,  
levitón de rojo raso,  
pantalones amarillos,  
ceñido chaleco blanco.

Cuquito,

almohada de golpes,  
volteretas de fracaso,

glorioso cuando bailaba  
como elefante pesado  
moviendo su corpachón  
papandujo y mamarracho.

Faria,

albayalde con cruces  
todo el rostro de lunón;  
la risa de oreja a oreja  
en continuo borbollón.

Faria,

gorguera de espuma,  
seda del más claro albor,  
lampo de luna en el circo  
con su traje de algodón.

Faria,

piruetas felinas,  
rey en el salto mortal:  
figurón de equis y zeta,  
pajarón torpe, si lo hay,  
bailando, ¡como bailaba!,  
el baile del Alcatraz.

## Señales en el Cielo

Apelotonados en el cajón de puerta, en las noches lluviosas de octubre o en las de diciembre de estrellas limpias y viento frío, el afán de contar empezaba con la ocurrencia o con el disparate lanzado al corro por el primer saca la jícara que tomaba la palabra, rompiendo el son. La verdad, que para el caso lo mismo era punta que pico. . .

—¿A que no saben esto?

—¿Qué?

—¿Una vieja seca, seca, que de seca se casó, con un viejo seco, seco que de seco se murió?

— ¡El papalote, y quien te encumbra, le gritábamos al ocurrente.

Abierta la compuerta, los decires y las gracias iban fluyendo en vena inagotable.

—Oigan este otro: "Juan bonete le dijo al Rey: sota, caballo, nariz de buey".

—¿Con que Juan Bonete? Yo no me quedaba atrás y les decía: "¿Quien te mete, Juan Bonete, si la gracia no te ayuda, cara de petate viejo, cajón de botar basura?" O con música de fiesta les cantaba: "Échame ese toro afuera, que lo quiero conocer, para sacarle una suerte delante de mi mujer". "Échame ese toro afuera, hijo de la vaca mora, para sacarle una suerte delante de mi señora".

—A que ustedes no saben, interrumpía Cucú, ¿por qué a los tátiles les decimos tátiles?

Nos quedábamos como en misa.

—Pues ahora verán: "Cuando Garibaldi toca la corneta, títile italiani, a la bayoneta".

Barajando en nuestra imaginación irreverente, la imagen de Garibaldi —¿quien era Garibaldi?— se reducía al cornetilla del cuartel.

El tema de los italianos —honrados panaderos, hábiles albañiles, alegres zapateros— nos traía a cuento hacer la revista de los otros

extranjeros de nuestra cosmópolis: un "maifrén", vendedor de pan de la panadería de Calibá; un "macho", el macho Burnes, alto y delgado como una jirafa; los chinitos de la lavandería de cuellos y camisas que escribían en chino los papelitos de recibo; los turcos del mercado, todos, como nosotros, católicos, apostólicos y romanos; un "canaco"<sup>1</sup> viejo que pedía limosna, ¡más feo el pobre que un susto en ayunas! Pero entre todos ellos siempre ganaba nuestra respetuosa admiración el alemán administrador del patio de beneficio: allá cada semana bajaba del tren de las cinco y media de la tarde muy de corbata, cuello parado, tiróle y guantes y atravesaba las calles con aire de obispo.

Los extranjeros nos atraían con el prestigio de lo desconocido: lenguas extrañas, tierras remotas, barcos y mares.

—Dice mi tía que de Jamaica trajeron a los "chumecas".

Dejando en paz a los extranjeros, saltábamos a las adivinanzas.

—A ver: "¿Una vaca negra metida en el mar; ni a chuzo, ni a sogla la pueden sacar?"

—La noche.

—¿Una dama alta y delgada, con la cabeza colorada?

— ¡Ah, sí, la candela!

—¿En el monte verdea y en la casa colea?

—¡Qué ha de ser si no la escoba!

—¿Corre como un venado y se sienta como un conejo?

—Ya te la adiviné, es el ayote.

—¿Cien niñas en un castillo y todas visten de amarillo?

—Yo me la sé: las naranjas.

—¿Oro no es; plata ... no ... es?

—¡Qué fácil! El plátano.

Más y más adivinanzas: todos hablábamos a un tiempo proponiendo, a gritos, las soluciones.

---

<sup>1</sup> De la raza negra o de la hindú.

—Chiquillos, —regañaba una criada desde la puerta de enfrente—, que no hagan tanta bulla, parecen pericos en un jucó <sup>1</sup> que doña Matilde está con el ataque de asma.

Entonces pasábamos a contar burlas y juegos de escarnio, historietas de reír, y otras, ya con visos de franca malicia.

—San Juan y la Magdalena se fueron a apear limones. . . Encontraron el palo seco; se dieron de coscorrones.

—San Juan y la Magdalena subieron al cielo santo; San Pedro cerró la puerta creyendo que eran espantos.

Animado a la burla por el ambiente de risa, Calandria nos pedía silencio y contaba con toda seriedad:

—Una vez se vieron unas señales en el cielo. . . Una espada. . . Una cama... Y una espuela. . .

—¿Aja y qué?

—La espada, era que vendría una gran guerra. La cama, era que después de la guerra habría una peste, como la del cólera, y muchos se iban a morir. . .

Aquí Calandria suspendía el relato. Entonces algún ingenuo le preguntaba:

—¿Y la espuela?

—¡Ah, sí. . . la espuela! ¡Era para la burrita de tu abuela!

Un remolino de risotadas y se levantaba la sesión, hasta otra noche, la alegre sesión del cajón de puerta.

---

<sup>1</sup> Vasija hecha de media calabaza chata, usada entre otras cosas para traer los pericos desde la costa del Pacífico a San José.

## Nombre y apellidos

En el Catecismo pequeño, el del Doctor don Juan Gaspar Stork (el Obispo, ¿se acuerdan, el obispo de la confirma, con mitra, báculo, dedo con anillo y "pastécula" <sup>1</sup> en la mejilla?), o en el Libro Primero para Segundo, como ya sabíamos escribir, poníamos nuestros nombres; y con qué importancia, ¡nombre y apellidos!

Mariana, Mariana Paniagua nos ganaba a todos en el arte de nombrarse: en los recreos o a la salida de la escuela la rodeábamos y le preguntábamos, para oírla:

—Mariana, ¿cómo te llamas?

Y ella, al momento, sin parar, decía la retahila:

—Mariana, Paniagua, Esquivel, Sandoval, Peña, Terremoto, Borona, Tamal, tuerto mal hecho, bizcocho sin sal.

—¿Ya le pusiste el nombre al Catecismo, Mariana?

—Miren: y sacaba el librito de la humilde y usada mochila de tela y nos lo mostraba, abierto en la primera página; en letra redonda, bien dibujada, como la niña Natalia nos había enseñado que se debía escribir, leíamos, envidiosos:

"Si este libro se perdiera, como suele suceder, le suplico al que lo encuentre me lo sepa devolver. No es de conde, ni de duque, ni es tampoco de marqués; es de una pobre estudianta y aquí lo pongo a los pies:

MARIANA tengo por nombre, para con la Virgen vivir.

PANIAGUA por apellido, para con Cristo morir.

---

<sup>1</sup> Deformación de la frase latina "Pax tecum" perteneciente al ritual de la Confirmación.

## Don Iginio en la Iglesia

¿Qué hace don Iginio en la Iglesia?

Viene todas las tardes, por ahí de las tres. A esa hora el templo está solitario. Los Ángeles de piedra que sostienen las piletas en forma de conchas para el agua bendita, están escuchando, sin parpadear, el silencio del recinto sagrado.

Llega don Iginio: ha dejado el bastoncillo arrimado a la puerta por donde entró; en una de las conchas moja las yemas de los dedos en el agua consagrada; se arrodilla y se persigna. Luego se encamina al extremo de la nave central, debajo del coro; se vuelve a arrodillar y se abre en cruz. Los brazos extendidos parecen alas pesadas y empieza a subir de rodillas la nave. Se oye el roce de sus zapatos al arrastrarlos sobre el brillante piso de mosaicos. Acongoja verlo en esa penitencia: nunca llegará al final, a las gradas del Altar Mayor, donde brilla la eterna lucecita rubí de la presencia del Santísimo. Lo ven pasar a rastras, a pasos tuertos de enano, las imágenes de los retablos: la del Nazareno, agobiado bajo la enorme cruz verde; la de San Vicente, blanco como un jazmín y que con su sotana protege del frío a un niño haraposo; la de la Virgen de las siete espadas de plata que le están atravesando el corazón de oro.

Dos viejecillas, arrebuajadas en sus desteñidos pañolones, se asoman a la iglesia. Carraspea, tose una; la otra alarga el cuello y mete la picuda nariz en la sombra del recinto. Las dos están reparando en don Iginio. Se acercan la una a la otra casi hasta rozarse las narices y cuchichean.

Para aliviarse de los remordimientos será, dice una.

La otra comenta:

—Ni que tuviera el alma a la puerta de los infiernos.

Niña, agrega la primera, podía ganarse el cielo socorriéndonos a los pobres.

La otra: Ni sal para un huevo... Y con botija enterrada.



Don Iginio ha llegado al término de su voluntaria penitencia; se pone en pie; con un pañuelo se limpia la frente sudorosa. Ahora va a salir.

—Apúrate y decile, por un quien quita, que nos dé una limosna.

En la puerta don Iginio no se olvida de recoger su bastoncillo: una vara de naranjo descortezada, y se cala el sombrero.

Una de las viejecitas, la aconsejadora, se hace estatua mínima pegándose a la pared, para que don Iginio no la pueda ver. La otra le sale al paso y, lamentosamente, canturrea:

—Una limosnita, por el santo nombre de Dios.

Don Iginio ni la alza a ver, pero exclama con regaño: ¡Vagamundas!, y sigue su camino.

La viejecilla pedigüeña con sorna: "Dios se lo pague y me lo lleve al cielo con camisa de gola". Y en voz baja, gruñendo casi, señalando al suelo con el dedo índice de la diestra, inflexible como una maldición. "¡A los profundos! ... "¡A los profundos" . . .

## Tatica y Mamita

Los dos bisabuelos, a quienes no conocí, están en la leyenda dorada de todo lo que fue antes de que yo naciera.

Tatica Manuel había volteado montaña para hacer sabana; había volteado sabana para hacer cafetales. Cuando la guerra y el cólera pasó "milenta" trabajos. Años y años, en Lagunilla, en La Breña, en el Barreal de los Jocotes, trabajó de peón orillero en las fincas de un Presidente, que lo estimaba mucho. Decía mi abuela que a Tatica le habían tocado en herencia no sé cuántas caballerías de tierra, pero que se las había quitado en pleito un abogado de la Capital, porque entonces Tatica era un muchachillo "moto".<sup>1</sup> A fuerza de pala y cuchillo, trabajando en las fincas, juntó unos reales y compró una propiedad de cafetal con casa, allá por el lado del "panteón". Mamita Reyes se casó muy joven con Tatica Manuel. Cuando ellos se casaron, vean qué cosa, no se daban anillos de oro: Miren esta "memoria", y abuela nos mostraba el anillito de carey con letras doradas; fue el que Tatica le dio a Mamita.

Como se les casaren todos los hijos y estaban ya muy vientos, muy viejitos para quedarse íngrimos, en su casa, los trajimos a que vivieran con nosotros, contaba mamá. Mamita Reyes se fue primero y antes del año la siguió Tatica: ¡Probecito!, no se acostumbraba a estar como pizote solo.

En los juegos de cantar y de bailar, que cantábamos y bailábamos en el patio de la casa, sin duda que desde el cielo, sentados en sillas de cuero, tomando el sol de la Gloria, nos debían ver sonrientes los dos bisabuelos, por que les cantábamos:

—Mamita, tengo hambre.

—Hijito, no hay pan.

---

<sup>1</sup> Huérfano.

¿Y ahora qué hacemos?  
Bailar el can can.

Y también:

—Mamita, Tatica,  
Bailemos un son:  
¡usté de rodillas  
y yo de talón!

## Ni chapulín de plata

¿Pirulo me contaba, o yo le contaba a Pirulo?

—La cascabela <sup>1</sup> tiene siete cascabeles en la pura punta de la cola... Será para bailar con el Ayudante en la fiesta del llano. La coral es como un látigo de anillos rojos y negros y el único animal que le puede es el estucurú montis cantis <sup>2</sup> . . .

—La peor es la lora, <sup>3</sup> que uno no la ve, porque es verde, como las loras y vive en las copas de los árboles.

— ¡Qué va, es la mica! <sup>4</sup> No ves que brinca de rama en rama como los monos.

—El otro día en la Poza del Higuerón pasó corriendo una sabanera <sup>5</sup> por encima del agua. . . y el agua serenita ni se arrugó.

—¿Las culebras sí que son malas, ah? Se quedan viendo los pajaritos, los atontan, los hacen caer al suelo y se los tragan con todo y plumitas.

—Sabes, Pirulo, hay culebras que a las oropéndolas les quitan los nidos.

—¿De veras?

—Bueno, me lo contó Chaniquilla. Se encaraman al árbol, se comen los huevos o los pichoncitos; entonces ponen sus huevos en las bolsas colgantes que se mecen al viento y cuando la oropéndola empolla los huevecillos, resulta que salen culebritas.

—Pero lo que te digo, es que no hay tal culebra de pelo.

---

<sup>1</sup> Crótalo o culebra de cascabel, (*Crotalus terrificus*).

<sup>2</sup> Ave nocturna de la familia de las estrígidas. (*Glaucidium gnoma*).

<sup>3</sup> Serpiente de las regiones frías, de color verde más intenso y luminoso en la parte dorsal que está separada de la ventral por una línea amarilla que corre a lo largo del cuerpo. (*Botrops lateralis*).

<sup>4</sup> Como la culebra lora es de color verde pero la "mica" es Inofensiva. Muy ágil, de cabeza parecida a la de un pez y de ojos vivos. (*Oxybelis fulgidus*).

<sup>5</sup> Culebra muy común e inofensiva, que vive de preferencia en los prados y sabanas. Tiene el vientre amarillento y el lomo salpicado de negro, verde y pardo.

—Ni chapulín de plata.

—Que hay culebras grandísimas, en las montañas, eso sí.

—Sin duda.

—Dicen que se pueden tragar un venado entero; pero como sea macho y tenga la ramazón crecida, pues se les queda toda la cornamenta fuera de la boca y por eso dicen que han visto culebras con cachos.

—Una de las veces que el renco Acosta andaba metido en la montaña del Barba sacando palmitos, se sentó a descansar en un tronco caído que estaba a la orilla de un yurro <sup>1</sup> clarito. Como tenía sed para no beberse el agua vacía pensó en acompañarla con un pedazo de dulce; <sup>2</sup> sacó de las alforjas la "tapa", la puso encima del tronco y le dio con el cuchillo; el cuchillo se entró, hondo, en el tronco y al momento el tronco dio un brinco y empezó a arrastrarse ondeando. ¡Y va viendo el renco que era un culebrón!

—¿Y la mató?

—No, hombre, porque aquel culebrón no se podía partir ni con hacha.

—Los chanchos <sup>3</sup> matan las culebras, ¿sabías?

—No te lo creo.

—A mí me lo contó Maifrén; él lo vio muchas veces cuando vivía en Línea Vieja: el chanco se acerca a la culebra; se echa y mete debajo del cuerpo las cuatro patas; la culebra lo muerde; pero como por todo el cuerpo del chanco tiene tocino y manteca, menos en las patas, y por eso las esconde muy bien, pues no le corre el veneno; cuando la culebra se cansa de morderlo y ya se le acaba el veneno, entonces el chanco se aprovecha, la mata a mordiscos y se la come. ¿Qué tal?

---

<sup>1</sup> Manantial, ojo de agua.

<sup>2</sup> Azúcar mascabado llamado panela en algunas partes de América. Se vende en *atados* formados por dos tapas que tienen la figura de cono truncado.

<sup>3</sup> Cerdo, puerco, cochino.

—Pero no hay culebra de pelo.<sup>1</sup>  
—¡Ni chapulín de plata!

---

<sup>1</sup> Estas dos expresiones se usan en Costa Rica para negar afirmaciones de la fantasía o de los buenos deseos.

## Las bellas Lolas

¡Mares que había atravesado el baúl de cuero inglés! ¡Y tierras! Ahora paraba en casa, en el corredor de afuera, como un viejo barco definitivamente en una playa feliz.

Antes, mamá lo usaba en el dormitorio junto con los otros muebles respetables. Cuando la última ola de su destino lo echó al corredor de afuera, ya podíamos jugar con él sin que nos regañaran.

Nos acomodábamos encima de su ancho y pulido lomo de cetáceo y decíamos, —¡había que decirlo!: (hágase la luz)—. Vamos en carreta para El Monte de doña Esmeralda. ¡Y, buey! Traca, traca, traca, subiendo cuesta arriba entre altos paredones, hasta llegar a las alturas, a los repastos donde empieza el olor a calingüero.

El baúl se convertía en lo que decíamos: de carreta, en carroza; de lancha en viaje a la Isla de San Lucas, en el tren que regresaba de la Capital y paraba en la estación campaneando; tan, tlan, tan, tlan, tlan. . .

Guardarropa de todas las viejas y desteñidas galas de la familia; Arca de Noé de las modas ya caducas, las femeninas, por supuesto.

Y entonces, Juani, Adela, Ester. Rosa, Rosario. Amelia, acudían a engalanarse, escogiendo a su gusto mohosas prendas de aquel surtido vestuario, en el cual había desde abanicos chinos, hasta velos de tisú para novias.

El juego de trajearse hacía de sus personitas, personajes; ya eran las señoritas tales o cuales, las señoritas de las dos o tres familias más ricas de la ciudad, de las familias de "copete" o "distinguidas", como las llamaba el burlón Isaías, mandadero nato de todas las casas ricas

Las "distinguidas" hablaban en "distinguido"; caminaban a lo "distinguido" y vestían "distinguidamente": sombreros de flores y de plumas; chaquetillas acinturadas, con flexibles amazones de barbas de ballena; guantes, collares de abalorios, gayos cintajos colgantes y faldas de cola que barrían el polvo de los ladrillos del corredor.

*"Allá en la playa,  
la bella Lola,  
su larga cola  
luciendo va.*

*Los marineros  
se vuelven locos  
y el timonero  
pierde el compás."*

¡Mares que había atravesado el baúl de cuero inglés! ¡Y tierras! Mas nunca pudo haber visto, ni en ciudad ni en puerto alguno, unas más bellas Lolas que las "distinguidas" que se paseaban por el corredor de adentro, vestidas todas de ilusión y encanto, bajo sombrillas de seda, rotas y desteñidas.



## Pajarerías

En casa nunca hubo pájaros enjaulados. ¿Para qué, si en el solar la pajarería libre retozaba a sus anchas durante todos los días del año?

—¿Sabes, Pirulo, qué dice el "tontillo" cuando canta a las cinco de la mañana?

—¿Acaso yo soy brujo para saber la lengua de los pájaros?

—Pues dice: "ña María, ya es de día, ña María, ya es de día".

—Los des sabíamos que los piches,<sup>1</sup> carmelitas descalzos, dicen: "Sacudí tus chécheres. <sup>2</sup> Sacudí tus chécheres", y que por marzo y abril el yigüirro <sup>3</sup> canta y canta llamando el agua.

Entre los pájaros del solar no le dábamos el premio ni a las "viuditas" azules, ni al "pecho amarillo" <sup>4</sup> color de oro, ni a los "soterrecillos" <sup>5</sup> de barro de las tapias, ni al "comemaíz", <sup>6</sup> que es tan "gallito" cuando pelea; se lo dábamos al "cacique" <sup>7</sup> de manto negro y pecho de fuego rojo, al "cacique" naranjero que pone su llama de coral en el verde castillo de los naranjos.

---

<sup>1</sup> (*Dendrocygna autumnalis*). Ave acuática que se encuentra en los ríos y lagunas de los lugares cálidos.

<sup>2</sup> Trebejos, bártulos, baratijas.

<sup>3</sup> Es de las diecisiete especies de mirlos que se encuentran en el país, la más común en todo el territorio. Se alimenta con la fruta de los higuerones, es de plumaje amarillo oscuro parejo, abdomen canela y cuello con una estría oscura. Se conoce por su canto agudo y reiterado, particularmente en la estación lluviosa. (*Planesticus grayi casius*)

<sup>4</sup> Término que designa varios pájaros insectívoros de los géneros *Tyrannus* y *Myiodynastes*.

<sup>5</sup> Nombre onomatopéyico que designa al pájaro insectívoro *Troglodytes intermedius*, muy común en casas y chozas, pues sin temor del hombre hace su nido en los aleros y en las ringleras de la leña.

<sup>6</sup> (*Brachospiza capensis peruviana*). Debe su nombre vulgar a la costumbre que tiene de tronchar las matas de maíz cuando comienzan a brotar del suelo. Es muy abundante en nuestro territorio y vive en parejas que anidan generalmente cerca de las habitaciones.

<sup>7</sup> (*Piranga bidentata sanguinolenta*). Este pajarillo habita ambas costas y se interna por ambos lados del país hasta una altura de dos mil pies.

Eso sí, el premio de volar era, sin duda alguna, para las golondrinas que andan de luto por la muerte de Nuestro Señor.

Por jardinero celebrábamos al colibrí, siempre en las flores, diciéndoles secretos al oído y haciéndolas reír con el duro runrun de sus alitas joyantes.

— ¿Y por la noche, qué se harán todos los pájaros?

—Las estrellas solo desvelan al comemaíz.

—¿Quién te lo ha dicho, Pirulete?

—El mismo. A deshoras de la noche, si estás despierto, y si el cielo tiembla de estrellas, entonces el comemaíz desvelado, echa su cantadita alegre y valiente; y uno sabe que el pajarito está despierto, allá en la rama del oscuro ciprés, cuidando su nido.

## Herrería y caballeriza

Nos hacía el honor, en la herrería de don Froilán, de tomarnos en cuenta: orgullosos diablillos tiznados cumplíamos la tarea de henchir y vaciar de viento el enorme y rugoso fuelle de la fragua, pulmón resoplante a cuyo aliento se encendían los carbones y bailaban las llamas. Abajo, arriba, abajo, arriba, manejando la palanca: sopla y sopla ayudándole a Papá Abuelo calienta fierro.

En el hornillo, entre las llamas, las herraduras nuevas enrojecían; luego pasaban al rojo blanco; el herrero las cogía con las tenazas largas ¡y al yunque! tan, tin, tan, tin, a golpes de mazo las iba normando al tamaño necesario para el casco del caballo. Y a cada golpe sonoro, tan sonoro que se oía por todo el vecindario, un reguero de chispas amarillas, granas, blancas, azules, iluminaba la herrería.

Asustábanse los potros y relinchaban. Los caballos viejos de los lecheros apenas si paraban las orejas, acostumbrados a los trajines duros entre hombres más duros que las piedras.

Oficio de menor rango, otras veces, el que consistía en servir de ayudante al oficial herrero, pasándole del cajoncito portátil los martillos, los clavos de las herraduras y la escofina. Mientras estaban herrando a los caballos nos aprovechábamos de los mansos para arrancarles largas crines de las colas; con ellas sabíamos tejernos anillitos de adorno para los dedos.

Sin embargo, en la herrería de Papá Abuelo calienta fierro no nos hacíamos amigos de los caballos. Esa amistad la cultivábamos, los privilegiados, en la caballeriza de Tío Tomás. A la caballeriza sólo teníamos entrada unos pocos: ni a Manuel, ni a Tobías, los caballerizos, les gustaban los chicos entrometidos, y molestos que, a título de ayudar se robaban la caña picada de los pesebres.

¡Qué gusto respirar el olor mezclado de sudor de caballo y caña de azúcar! ¡Qué extraña y poderosa armonía de retumbos la de los cascos herrados pisoteando las piedras de la cuadra! ¡Qué hermosura

salomónica la de la yegua blanca, la del potro retinto, la del caballo peruano! (Hay que saber que en la caballeriza de Tío Tomás sólo se cuidaban los caballos de los ricos). Ojos vivos, en las cabezotas nobles; dientes como teclas de piano; cuellos crinados y en arco; ancas redondas, colas onduladas como cabelleras de mujer.

A la pileta rebosante los llevábamos cuando estaban sedientos y no perdíamos ni un solo detalle de la importante acción: los gruesos belfos metidos en el agua; las narices arrojando chorros de aire tibio; el cuello tendido hinchado al paso del caudal líquido que iban absorbiendo despaciosamente. ¿Amigos? ¡Y cómo no! Se dejaban llevar del diestro, dóciles; a las palmaditas en el cuello o en las ancas respondían hablándonos con los ojos. Amigos, sí; porque el potro retinto, que en la herrería de Papá Abuelo no lograban sujetar ni entre todos los oficiales herreros y era una furia de alocados corajes, se avasallaba a que lo montásemos en pelo y lo hiciéramos correr por la cuadra taloneándole los ijares.

## Octubre

Neblinas y humedad en las tardes de octubre... En busca de los terneros —para volverlos al corral de la casa, donde pasaban la noche—, nos metíamos potrero adentro. La humedad de las grandes lluvias, dueñas de todo el campo, se palpaba en el suelo blanduzco y en el tapiz friolento de las hojitas del pasto; al pie de los higuerones levantaba diminutos caseríos de hongos grises, donde vivían los duendes invisibles.

La neblina, bruja fantástica, alma triste de los atardeceres, tornaba temerosos los parajes familiares: la vega del arroyuelo sombreada de caña brava, donde las ranitas verdes soplaban su globito de sonido metálico, igual que un sueño de pesadilla, se poblaba de fantasmas ambulantes; en la arboleda de cipreses del cercado la sombra nocturna de los ramajes amenazaba con perdidos gritos de majafierros.<sup>1</sup> ¡El encierro de los terneros! Allí el silencio anidaba como un enorme pájaro en un nido de paja gris; las frondas totalmente inmóviles y llorando gotas de agua se vestían de sudarios vaporosos y flotantes... Entre la neblina que avanzaba en oleaje lento, desaparecían los límites orientadores; entonces, perdidos en las breñas húmedas, miedosos, temiendo apariciones imaginariamente aterradoras, apenas si nos salía de la garganta el grito !to, to, to!, con que llamábamos a los terneros... Y no aparecían, que estaban echados, bien ocultos, en los más apartados barrancos. !To, to, too!...

Silencio. Humedad. Neblina. Sobre el campo solitario y triste volaba el ángel de la tarde, en las triples campanadas rituales, único compañero en nuestro desamparo de niños medrosos y perdidos en la neblina crepuscular.

---

<sup>1</sup> Término onomatopéyico que designa a una lechuza muy pequeña llamada también "guía de león".

## Pepita y Pepe

Estas eran dos ratitas que vivían en una casita; en una casita de deveras, con paredes y techo, con puertas y con ventanas. Y una vez fueron al mercado y compraron harina para hacerse unas torrijas. Cuando Pepita las estaba haciendo, en un descuido, le cayó encima toda la miel caliente y murió la pobrecita.

Pepe comenzó a llorar, porque no era él de los que dicen, "el muerto al hoyo y el vivo al bollo".

Entonces el taburete de la cocina, un taburete de cuero de ternero, le preguntó:

—¿Por qué lloras, Pepe.

—Porque a Pepita la mató la mielcita.

—Pues yo, dijo el taburete de cuero, saltaré como un ternero.

Y se puso a dar saltos por la cocina.

La escoba que estaba detrás de la puerta, la escoba de escobilla, la que en el campo verdea y en la casa colea, le dijo:

—¿Por qué saltas, taburete.

—Porque a Pepita la mató la mielcita y Pepe llora y llora.

—Pues yo, dijo la escoba de escobilla, volaré por el techo de la cocinilla.

Y como si fuera la escoba de la bruja empezó a volar por toda la cocina.

La puerta le dijo a la escoba:

—¿Por qué vuelas, escobilla?

—Porque a Pepita la mató la mielcita, y Pepe llora, y el taburete de cuero salta como un ternero.

Entonces la puerta dijo:

—Pues yo, puerta sin candado me pongo a cantar El Alabado.

Y dijo la ventana:

—¿Por qué estás cantando El Alabado?

—Porque a Pepita la mató la mielcita y Pepe llora, y el taburete de cuero, salta como un ternero y la escoba de escobilla vuela por la cocinilla.

—Pues yo, dijo la ventana, descolaré a la paloma blanca.

Y se puso a descolar a la paloma blanca.

Y la piedra de dar sal a los bueyes que estaba fuera de la casa, dijo:

—¿Por qué descolas a la paloma blanca?

—Porque a Pepita la mató la mielcita, y Pepe llora, y el taburete de cuero salta como un ternero, y la escoba de escobilla vuela por la cocinilla, y la puerta sin candado está cantando el Alabado.

—Pues yo la piedra de la sal, salaré toda la casa.

Y empezó a regar la sal por toda la casa.

Y el ciprés que estaba en el huerto dijo:

—¿Por qué estás salando la casa?

—Porque a Pepita la mató la mielcita, y Pepe llora, y el taburete de cuero salta como un ternero, y la escoba de escobilla vuela por la cocinilla, y la puerta sin candado está cantando El Alabado, y la ventana descola a la paloma blanca.

—Pues yo, dijo el ciprés, me desgajo de una vez.

Y comenzó a desgajarse.

Un pajarito que tenía su nido en una de las ramas dijo:

—Ciprés, ¿por qué te desgajas?

—Porque a Pepita la mató la mielcita, y Pepe llora, y el taburete de cuero salta como un ternero, y la escoba de escobilla vuela por la cocinilla, y la puerta sin candado está cantando El Alabado, y la ventana descola a la paloma blanca, y la piedra de la sal sala toda la casa.

—Pues yo dijo el pajarito, me cortaré el piquito.

Y se cortó el pico.

Una niña que pasaba con una tinaja con agua lo vio y dijo:

—Pajarito, pajarito, ¿por qué te cortas el pico?

—Porque a Pepita la mató la mielcita, y Pepe llora, y el taburete de cuero salta como un ternero, y la escoba de escobilla vuela por la cocinilla, y la puerta sin candado está cantando El Alabado, y la

ventana descola a la paloma blanca, y la piedra de la sal sala toda la casa, y el ciprés se desgaja.

—Pues yo, dijo la niña, regaré el agua.

Y regó en el suelo toda el agua de la tinaja.

Y un viejo que estaba por allí, subido en una escalera, vio a la niña y le dijo:

—Niña, ¿por qué riegas el agua?

—Porque a Pepita la mató la mielcita y Pepe llora, y el taburete de cuero salta como un ternero, y la escoba de escobilla vuela por la cocinilla y la puerta sin candado está cantando El Alabado, y la ventana descola a la paloma blanca, y la piedra de la sal sala toda la casa, y el ciprés se desgaja, y el pajarito se corta el piquito.

—Pues yo, dijo el viejo de la escalera, me romperé la calavera, y se tiró de la escalera y se rompió la calavera.

Entonces el ciprés se derribó y aplastó la casa y al caer la casa enterró la piedra de la sal y cayeron la ventana y la puerta y la puerta derribó la escoba y la escoba derribó el taburete y bajo las ruinas quedó sepultado el pobre Pepe con su Pepita.

*Y semilla de zapote,  
y semilla de membrillo,  
aquí tiene fin el cuento  
de Pepita y de Pepillo.*



## La Hormiga Camarlenga

Mi abuelita, que había crecido entre cafetales, sabía muchos cuentos: del pájaro bobo, de los duendes, de las ardillas y de las hormigas arrieras.

—Las hormigas tienen una Camarlenga.

—¿Una qué, abuelita?

—Una ca-mar-len-ga.

—¿Y qué es eso, abuelita?

—La Camarlenga es la asistente de la Reina: la despierta, la baña, la viste, le pone la corona en la cabeza y, una vez al año, por el tiempo de los abejones y de las agüelitas,<sup>1</sup> en el Veranillo de San Juan, la saca a ver el sol.

La Camarlenga es una hormiga grande; más grande y más fuerte y más vieja que todas las demás y está bendita por el Santo Padre; por eso nunca muere.

Cuando se quiere acabar con un hormiguero que está dañando el cafetal o la milpa, o los naranjos de la casa, no hay cosa mejor que amontonar hojas de ruda y de yerbabuena a la entrada de la madriguera, arrodillarse con reverencia en la tierra, santiguarse tres veces y gritar hacia adentro por el embudo del hormiguero:

—¡Caamarlenga . . . Caamarlenga . . . Caamarlenga!

Y luego, huir. . . huir como si a uno lo persiguieran las avispas.

—¿Y por qué, abuela?

—Porque ¡Dios guarde quedarse entonces a la orilla del hormiguero! Se ponen furiosas todas las hormigas, corren como locas, y si sale la Camarlenga y te ve, podés quedar convertido en hormiga del hormiguero.

Si la Camarlenga oye que la han llamado y sale y se asoma y no ve a nadie, entonces con la Reina y todas las otras hormigas y con

---

<sup>1</sup> El comején, cuando echa alas, en la época de la reproducción.

los hijitos y los huevos abandona el hormiguero y se va lejos. Así se acaba el tequio de las hormigas en el cafetal o en el potrero. . .

—¿De veras, abuela?

—¡Cierto, Pirulo!

## Pizi Pizi Gaña jugando la caraña

Abuela tenía una inmensa cama matrimonial con pabellón y ron gavetas. En las gavetas de esta cama se guardaban oscuras jicaritas y calabacinos llenos de caraña, negra resina empleada en no sé qué curaciones caseras de abolengo indígena.

¿Pero qué tenía que ver la caraña negra de las jicaritas y calabacillos de mi abuela con el juego de Pizi Pizi Gaña. Todavía estoy por averiguarlo o porque tú me lo averigües... Un misterio más de tantos como hay en esta vida. . .

Ahora, que te voy a explicar, a mi modo, el juego de Pizi Pizi Gaña, si es que tiene alguna explicación. Atiende, que el que no atendiere será castigado:

—Pizi pizi gaña, jugando la caraña.

—¿Con cuál mano se juega?

—Con la cortada.

—¿Entiendes. Se juega con la mano cortada. Con la mano cortada del indio que se atrevió a rebelarse contra el cruel encomendero. ¡Pobre mano cortada del indio, ya no podrá ir al bosque a coleccionar resina de caraña!

—¿Quién la cortó?

—El Rey y la Reina.

—¿Qué, el Rey ordenaba cortar manos?

—Sí, para que las manos rebeldes no le quitaran la corona de la cabeza, el cetro de la diestra y el palacio de oro y el reino de sangre.

Pero, ¿la Reina? ¿La Reina también mandaba a corear las manos de los indios? Eso sí que no me lo explico, porque: ¿cómo podía después, ella, la Reina, besar las manos pequeñas de los príncipes niños sin pensar en muñones sangrientos?

Quizás esta Reñía, no besó nunca las manos de sus príncipes niños.

Pero no nos acongojemos y sigamos jugando a la pizi pizi gaña, que reyes y reinas crueles pasan en los cuentos como una noche de pesadilla.

—¿Qué se hicieron el Rey y la Reina?

—Se fueron a beber agua.

Se fueron a beber agua en vez de irse a enterrar en un pozo oscuro a llorar su crimen hasta el día de la muerte. Mal Rey mala Reina, ¿no es cierto?

Mas, cuando fueron a beber agua, no había agua para su sed, porque ya estaban hartos de sangre.

—¿Qué se hizo el agua?

—Se la bebieron las gallinas.

La gallina enana y el gallo zancón, que pasan por la calle en gran conversación.

Sin embargo, es bueno que busquemos las gallinas.

—¿Qué se hicieron las gallinas?

—Se fueron a poner huevos. ¡Aja! ¡conque se fueron a poner huevos! Bien, bien... Ya que no adivinas esta adivinanza:

—¿Tinajita de bombón, sin tapita y sin tapón?

—El huevo.

—Has adivinado, Pirulillo. Busquemos, pues, los huevos que pusieron las gallinas de la pizi pizi gaña.

—¿Qué se hicieron los huevos?

—Se los bebió el señor cura.

Has de saber, Pirulo, que el señor cura del cuento tiene que cantar misa todos los días, que el pobre está muy viejecito y muy debilucho y que es bueno que beba huevitos frescos. Y ahora buscaremos al padre cura.

—¿Qué se hizo el señor cura?

—Se fue a decir misa.

Allí estará, el señor cura, en la iglesia campesina, vestido de verde o de oro, como un gigantesco escarabajo, frente al altar con el Ángel y con el Cirio Pascual; el cirio pálido ya en la creciente de la luz de la mañana; allí estará cantando la misa.

Cuando seas grande, Pirulo, si quieres conocer a este padre cura de la pizi pizi gaña, lee en Los Milagros de Nuestra Señora, libro de cuentos del Maestro don Gonzalo de Berceo, el Milagro Número Nueve, que comienza así, no lo olvides:

*Era un simple clérigo pobre de clerecía,  
dicte cutiano misa de la Santa María,  
non sabía decir otra, diciela cada día,  
más la sabía por uso que por sabiduría.*

¿Por dónde íbamos, Pirulo? Ah, sí, por la misa que decía el cura. Pues a buscar la misa.

—¿Qué se hizo la misa?

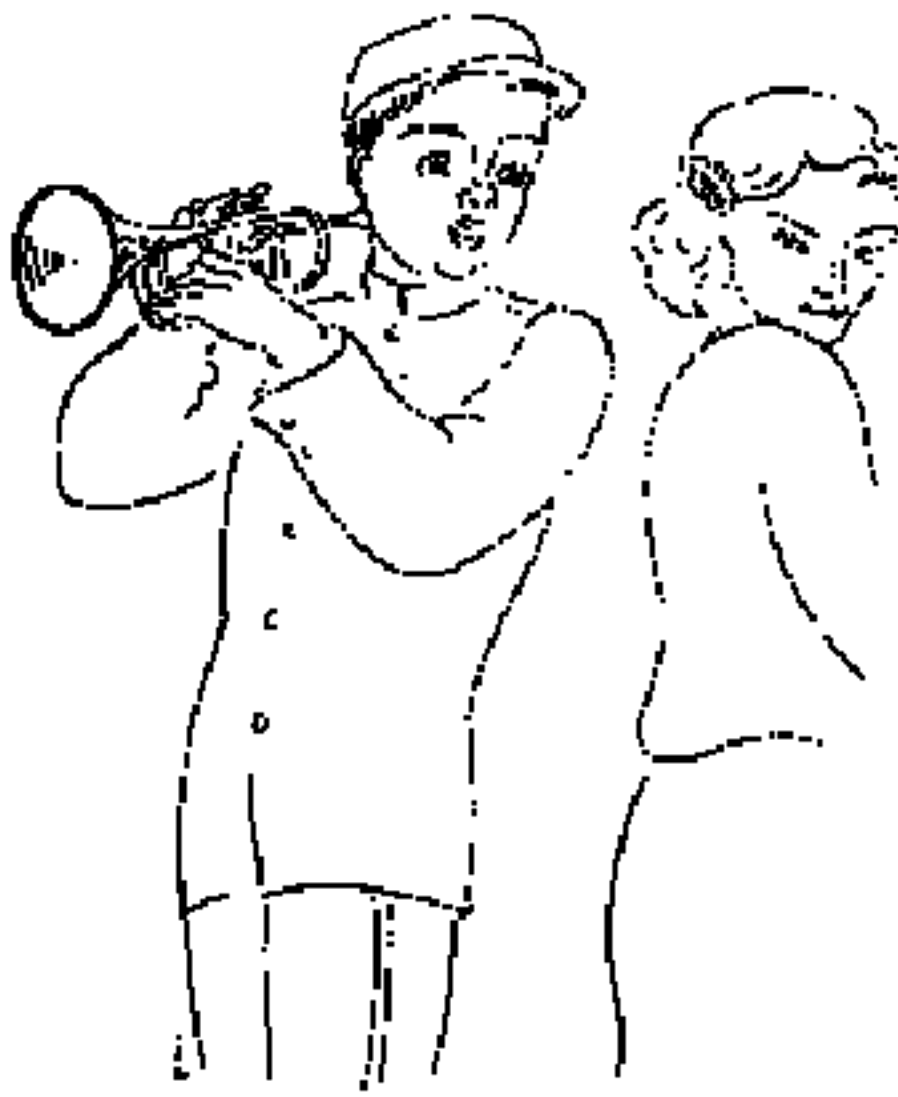
—Se fue al cielo.

El Ángel y la Luz del Cirio Pascual se llevaron la misa al cielo, al cielo del alba, tintineante de golondrinas.

¿Y ahora qué hacemos, Pirulito? Pero no tengas cuidado, que el gallo empieza a cantar quebrando los albores y dice su canto:

—¡Quiriquiquí!

Pirulito, siéntate aquí...



## La corneta

Tres veces salía el corneta a la puerta del cuartel: a las siete, en la mañana; a punto de medio día y a las ocho de la noche. Desde la puerta del cuartel, guardada por el eterno soldadito azul que hacía de centinela, echaba al aire sus breves toques y llenaba el ambiente de marciales sonoridades.

!Y qué apuro oír el toque de las siete de la mañana sin estar en la escuela! Llegaríamos tarde, indudablemente: en la puerta de la escuela, estaría don Próspero, el director, bien peinado, limpio, rozagante, esperando para decirnos alguna palabra, nunca dura, pero siempre amonestadora, a los que llegábamos retrasados. Cuando oíamos la corneta de las siete allá en la plazoleta del Carmen, había que correr y correr a prisa aunque dolieran los tropezones en los pies descalzos, a prisa, a prisa por las calles empedradas.

La corneta del mediodía sonaba a tiempo que de la torre parroquial salían de tres en tres, las campanadas del Ángelus, seguidas del repique bullanguero que espantaba bandadas de golondrinas y pericos.

El toque de queda subrayaba las ocho de la noche, cuando las campanas de las dos iglesias doblaban por las ánimas y en casa decía la abuela el piadoso ruego: "!Por las ánimas benditas, te suplicamos Señor...!" Y a tono con los fúnebres dobles, el toque de queda de la corneta, lento, de notas bajas y prolongadas, dilatava el miedo en nuestros ánimos.

De tanto oír los toques de la corneta a las horas reglamentarias, nos uníamos a ellos, traducéndolos en palabras conformadas a sus diferentes ritmos. Con el toque de la mañana podíamos decir canturreando:

*Barre que barre está don Martín,  
dele que dele a su escoba de crin.*

Y esto se refería al viejecito parquero, Martín, que no nos dejaba robar nísperos, ni peces de colores de la fuente del parque.

Otras veces variaba la letra y decía:

*La loca Luna no quiere hoy cantar,  
porque el catarro la tiene muy mal.*

Y esto otro era una alusión a una de las más populares locas de la ciudad, que tocaba dulzaina y bailaba, despeinada, por las calles.

Entre los caballeros de la policía teníamos amigos y enemigos: a uno de los últimos le endilgábamos esta otra letrilla acompañada al toque de la corneta de las siete de la mañana:

*Corre que corre va Pancho Muñoz,  
el subteniente más gordo y pelón.*

Y, alguna vez, se pudo desarrollar la letra del toque matinal de la corneta en la siguiente historia cuartelaria:

*Una muchacha pasó por aquí,  
con su peineta de puro marfil.*

*El centinela que está en el cuartel  
dio media vuelta por volverla a ver.*



*¡Pobre soldado no sé qué le harán,  
porque es la novia de su Capitán!*

El toque de las doce, brioso, apresurado, breve, se cantaba por niños y pulperos, con esta otra letra auténtica:

*Cómeme, comente,  
que soy tu melón,  
deja las semillas  
para otra ocasión.  
Pan, chorizo y queso  
buena mantención;  
plátanos maduros,  
pan con salchichón.*

## El zopilote y la pata de cera

Una vez la mamá mandó a Juanico a la carnicería a que le comprara una peseta de posta y vente de hueso.

Cuando Juanico llegó a la carnicería vio al zopilote asoleándose, parado en media calle. Le tiró una piedra y le quebró una pata. El zopilote se puso a chorrear lágrimas por el pico, llorando por su pata quebrada.

Le remordió la conciencia a Juanico y se fue derecho a la polvorería de don Silverio y compró un pedazo de cera de jicote. Con la cera hizo una pata y volvió y se la puso al zopilote. Para que se le pegara le dijo que se estuviera un buen rato al sol, quieto y parado en una piedra grande.

De veras, el zopilote se quedó encima de la piedra al puro sol. Allá al rato va viendo que la pata de cera se le había derretido.

Y dijo el zopilote:

—Piedra, ¿tan valiente eres que derrites patita mía?

La piedra le contestó:

—Más valiente es el sol que me calienta a mí.

El zopilote se fue volando a donde estaba el sol, y le dijo:

—Sol, ¿tan valiente eres que calientas piedra, piedra que derrite patita mía?

El sol le contestó:

—Más valiente es la nube que me tapa a mí.

El zopilote se fue volando a donde estaba la nube y le dijo:

—Nube, ¿tan valiente eres que tapas sol, sol que calienta piedra, piedra que derrite patita mía?

La nube le contestó:

—Más valiente es el viento que me mueve a mí.

El zopilote se fue volando a donde estaba el viento y le dijo:

—Viento, ¿tan valiente eres que mueves nube, nube que tapa sol,

sol que calienta piedra,  
piedra que derrite patita mía?

El viento le contestó:

—Más valiente es la pared que me ataja a mí.

El zopilote se fue volando a donde estaba la pared y le dijo:

—Pared, ¿tan valiente eres que atajas viento,  
viento que mueve nube,

nube que tapa sol,

sol que calienta piedra,

piedra que derrite patita mía?

La pared le contestó:

—Más valiente es el ratón que me agujerea a mí.

El zopilote se fue volando a donde estaba el ratón y le dijo:

—Ratón, ¿tan valiente eres que agujereas pared,  
pared que ataja viento,

viento que mueve nube,

nube que tapa sol,

sol que calienta piedra.

piedra que derrite patita mía?

El ratón le contestó:

—Más valiente es el gato que me caza a mí.

El zopilote se fue volando a donde estaba el gato y le dijo:

—Gato, ¿tan valiente eres que cazas ratón.

ratón que agujerea pared,

pared que ataja viento,

viento que mueve nube,

nube que tapa sol,

sol que calienta piedra,

piedra que derrite patita mía?

El gato le contestó:

—Más valiente es el perro que me muerde a mí.

El zopilote se fue volando a donde estaba el perro y le dijo:

—Perro, ¿tan valiente eres que muerdes gato,

gato que caza ratón,

ratón que agujerea pared,

pared que ataja viento,  
viento que mueve nube,  
nube que tapa sol,  
sol que calienta piedra,  
piedra que derrite patita mía?

El perro le contestó:

—Más valiente es el toro que me embiste a mí.

El zopilote se fue volando a donde estaba el toro y le dijo:

—Toro, ¿tan valiente eres que embistes perro,

perro que muerde gato,

gato que caza ratón,

ratón que agujerea pared,

pared que ataja viento,

viento que mueve nube

nube que tapa sol,

sol que calienta piedra,

piedra que derrite patita mía?

El toro le contestó:

—Más valiente es el carnicero que me mata a mí.

El zopilote se fue volando a donde estaba el carnicero y le dijo:

—Carnicero, ¿tan valiente eres que matas toro,

toro que embiste perro,

perro que muerde gato,

gato que caza ratón,

ratón que agujerea pared,

pared que ataja viento,

viento que mueve nube,

nube que tapa sol,

sol que calienta piedra,

piedra que derrite patita mía?

El carnicero le contestó:

—Más valiente es Dios que me hizo a mí.

El zopilote se fue volando a donde estaba Dios y le dijo:

—Dios, ¿tan valiente eres que hiciste carnicero,

carnicero que mata toro,

toro que embiste perro,  
perro que muerde gato,  
gato que caza ratón,  
ratón que agujerea pared,  
pared que ataja viento,  
viento que mueve nube,  
nube que tapa sol,  
sol que calienta piedra,  
piedra que derrite patita mía?  
Dios le contestó:

—Así es, zopilote.

Y como vio Dios la necesidad en que andaba el pobre zopilote,  
dijo:

—¡Que se te haga de nuevo la pata!

Y le salió pata al zopilote que se fue volando, volando. . .

Y. . .

*acababis, quibus, cobis,  
con manteca de garrobis.*



## San Miguel dame tus almas

Este era un juego de mucho anhelo y de terrible violencia. Lo jugábamos en media calle o en la plazoleta. Lo jugábamos siempre con el alma en un hilo. ¡Y cómo no, si se trataba de aquella pelea célebre, entre San Miguel Arcángel y Lucifer! La primera guerra de que tuvimos noticia cierta por las crónicas que tantas veces habían contado tías y abuelas.

Graciela o Ana María siempre ganaban la elección para Capitán de la regocijada hueste de almas en peligro. Se les reconocía su fuerza para dar empujones o su agilidad en cabriolas y saltos, o simplemente, como en el caso de Ana María, el mérito de su corpachón gordote, magnífico para esconderse detrás de él en defensa de la propia alma. Frente a San Miguel, cabecera de la fila, corría y saltaba, muequeando el Diablo. ¡Qué gusto sentíamos todos en que nos eligieran para diablos! Porque el papel de Diablo podía hacerlo cualquiera y no exigía más condición que la de ser lo más diablo que se pudiera.

Y empezaba la batalla

—San Miguel, dame tus almas.

—Que no te las doy, contestaba el San Miguel con faldas.

—¡A que sí!

—¡A que no!

Tras el reto de las potencias celestiales venía la ofensiva: el Diablo corría tratando de atrapar a las almas defendidas por San Miguel. Pobres almas, una tras otra iban pasando a formar cola en la fila de las del Demonio. Y esto a pesar de que a veces San Miguel quedaba con la falda rota y desmelenado a causa de la refriega.

Pero, según mi tía Manuelita, San Miguel es un magnífico defensor y no permite que el Demonio le arrebatara una alma así no más... ¿Qué no? Pues había una vez un cierto hombre que no iba a misa los domingos ni cumplía con las fiestas de guardar. Eso sí, tenía una sola devoción y era que, durante toda la vida que el Señor

quiso prestarle en este valle de lágrimas, año con año, el día de San Miguel, celebraba la fiesta del Arcángel y en su santo nombre se comía religiosamente un pollito tostado:

*"¡Carrús, carrús,  
por la señal déla Santa Cruz;  
San Miguel bendito,  
te ofrezco este pollito ...  
¡Y si más tuviera, más te ofreciera!*

Cuando se murió se presentó a la puerta del cielo, en donde está la balanza de pesar las buenas y las malas acciones, a que el Señor pesara las suyas y a ver si merecía la Gloria o el Infierno. A un lado estaba el Diablo con el saco de las malas acciones del hombre; al otro lado estaba San Miguel con el saco de las buenas acciones de su devoto. En medio estaba el Señor.

El Diablo fue echando en su platillo malas acciones: San Miguel echaba en el otro buenas acciones. La balanza casi estaba en equilibrio; San Miguel ya había vaciado el saco de las buenas acciones y el Diablo va echando todavía dos malas acciones pesadísimas que le quedaban en el saco...! La balanza se iba inclinando del lado del Pizuicas y el pobre hombre empezaba a sentir el calor de las pailas del Infierno.

Entonces, San Miguel, muy disimuladito, para que no lo notara el Diablo, puso en el platillo de las buenas acciones su dedo meñique y la balanza se inclinó de su lado.

El Señor, que lo ve todo, muy serio, le dijo a San Miguel:

—Miguel, ¿y el dedito?

San Miguel le contestó, rogándole con la voz:

—Señor, ¿y el pollito?

Y así fue como el alma de aquel hombre, devoto de San Miguel, se salvó y entró a la Gloria.



## La mazorca de maíz colorado

—Pirulo, regañaba la abuela, ¡que estás tratando a tu hermanita, niño, como si fuera el olote de la casa! <sup>1</sup>

—Es que no ve, Candaria, esa pelo e´ mais amaneció de chicha. <sup>2</sup>

— Por qué has de molestarla. Pirulo, decía la abuela, ¿no estás viendo que vino a jugar contigo para no andar solita en la casa como grano de maíz, perdido?

Y Pirulo, por hacer más grande el tamal, y porque tenía la cabeza más dura que un bizcocho totoposte, <sup>3</sup> decía:

—Abuela, es que para quitarle la chicha que tiene hoy, ¡lo mejor es que le des una buena chilillada! <sup>4</sup>

—¡A ti es al que habría que dársela, molesto! ¿Por qué no le quieres prestar tus juguetes a Anita?

—Si ya le he ofrecido todo: los bueyes de olote, el maromero, la mona de cacho para que la baile... y nada quiere y sigue molestando.

—Aja, decía la abuela, entonces hay que darle la mazorca de maíz colorado.

—¿Y qué es eso de la mazorca de maíz colorado, abuela?

—A los niños preguntones,  
cortapicos y picones.

Pero ya que lo preguntas, te lo voy a contar:

Una noche una chiquita no se quería dormir... ¡y no se quería dormir! Y gritaba como una mica, y no dejaba dormir a nadie.

¿Qué será lo que quiere?, decía el papá.

---

<sup>1</sup> Cuerpo inservible de la mazorca de maíz después de desgranada. Tratar como el olote de la casa significa mirar con desprecio como un estropajo.

<sup>2</sup> De mal genio.

<sup>3</sup> Bizcocho ordinario de maíz y muy duro.

<sup>4</sup> Castigo corporal con un fuste.

Iba y le traía la muñequita de tusa.<sup>1</sup> No era eso lo que quería la chiquilla. "Ah, señor, si querrá agua dulce". "¿Tal vez querrá cacalote?" Tampoco era eso lo que quería la chichosa. Y así le fue trayendo esto y lo otro y lo de más allá, ¡y nada! que la niña se desgañitaba y no dejaba dormir ni a chicos ni a grandes.

—A ver, ¿qué quiere?, ¿la carretica de bueyes de olote?

—No.

—¿Tal vez quiera mazamorra?<sup>2</sup>

—No.

—¿Y un elotico en cabello?

—No.

—¿Y la mazorca de maíz colorado?

—Eso quiero, eso es lo que quiero, tatica, la mazorca de maíz colorado!

¿Y saben lo que el tatica le trajo a la llorona? Pues le trajo a chico tieso,<sup>3</sup> y le dio la cuereada que le estaba haciendo falta. Y la chichosa dejó de gritar y se durmió y dejó dormir a la gente de la casa.

Ya lo saben, cuando quieran algo, sin saber lo que quieren, pidan la mazorca de maíz colorado. ¡Pero acuérdense que está colgando allí no más, detrasito de la puerta!

—Qué va, decía Pirulo, y. . . por si acaso: "San Vicente, me hago una cruz en la frente, para que el Diablo no me tiente"!

---

<sup>1</sup> Hojas que envuelven la mazorca de maíz.

<sup>2</sup> Especie de gelatina dulce hecha con maíz.

<sup>3</sup> Látigo de cuero.

## Granito de maíz

Para **Gabriel y Rosairis**.

Andando, andando, va el Granito de Maíz con su costal de grano al hombro. Se encontró entonces con la Piapia.

—Piá, piá, muy buenos días, le dijo la Piapia.

—Buenos días, niña.

Corazoncito de oro, continuó la Piapia, ¡qué malos tiempos quiere Dios que estemos pasando! El verano tuesta el campo y no he podido hallar en todo el día ni una guinea ni un plátano. ¡Ay, señor! Dame de tu costal de grano y que Dios te lo pague, porque me estoy muriendo de hambre.

Y el Granito de Maíz, con mucha cortesía:

—Vea, niña, espere un poco más, que nada gana matando el hambre de hoy para que esté en la misma situación mañana.

Sin esperar más echó a volar la Piapia; iba la pobre llorando por el cielo; ¡piá-piá-piá! Y el granito de Maíz siguió su camino.

En eso le salió al paso la Tía Gallina Clueca, cloqueando y con sus diez pollitos de patas y picos amarillos. Corrió a alcanzarlo y Tía Gallina le dijo:

— ¡Dichosos ojos, compadrito!

—Buenos días, Tía Gallina.

—Y ese saco, ¿como que es muy pesado?

—Algo, algo.

Y la Tía Gallina trató de arrebatárselo. Echó a correr Granito de Maíz y tras él iban los pollitos con los picos muy abiertos mientras Tía Gallina furiosa, repetía cloqueando:

— ¡Que se le pudra el grano! ¡Que se le pudra el grano!

Más adelante, sentada en sus patas traseras sobre un tronco con la cola en alto, estaba María Ardilla y se alisaba los pelos de la cola.

— ¡Mirallá lo que viene!, dijo alegre al ver a Granito de Maíz con su saco al hombro. ¡Lo que es hoy almorzamos!

—¡Adiós, hermanos!

—Adiós, Mariquita Ardilla, dijo Granito de Maíz, y apuró el paso. Pero de un brinco lo alcanzó María Ardilla.

¡Como que vamos muy precisados!

—Algo, algo.

—¡Adiós, trabajos! No se apure, hermano, ponga abajo el costal y conversemos.

Las intenciones de María Ardilla asustaron a Granito de Maíz, que salió disparado como una flecha.

Cuando llegó al potrero se encontró con la Vaca. La Vaca tenía hambre y le pidió que le diera un poco de grano para ella y su ternero. Grano de Maíz, con mucho sentimiento, porque quería mucho a la vaca del potrero, le rogó que tuviera paciencia y que esperara.

Por fin llegó al terreno de la milpa y se encontró con San Isidro Labrador que estaba arando. Entonces Granito de Maíz, puestas las manos y arrodillado, porque era ahijado del santo, le dijo el Bendito Alabado, y le entregó la taleguita llena de grano.

San Isidro sembró el grano. Así, aquel año hubo maíz para la Piapia, y para la Gallina; para los pollos, que ya tenían espuelas y cantaban y para Mariquita Ardilla y para el ternero y para la Vaca.

Y . . . ahora Rosairis canta:

*Collar de olote,  
collar de olote,  
para el pescuezo  
del zopilote.*

Y Gabriel contesta:

*Maíz de millo,  
maíz de mulo,  
para alboroto  
y cacalotillo*<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Dos formas de preparar el maíz de millo con azúcar y reventado al fuego y que gusta mucho a los niños.

## Mañana hago casa

Dice papá zopilote en noche de temporal: "¡Ay, si tuviera una casa para poderme abrigar!"

Y preguntan sus hijitos: "¿Cuándo nuestra casa harás?" Dice papá zopilote: "¡Mañana!, ¡ya lo verán!"

Otro día sale el sol y ellos ponen a secar su plumaje; abren las alas y se están muy pacientes una hora y dos, y hasta tres, en cualquier techo o tapial.

¿Y la casa? Pues la casa. . . en otra ocasión se hará: ¡porque ahora tiene pereza y porque no hay necesidad!

Así, cuando en otra noche los empapa el temporal, dice mamá zopilote: "¡Ay, si tuviéramos casa que nos quisiera amparar; pues de esta vez, segurito, que nos vamos a resfriar!"

Preguntan los zopilotillos: "¿Y nuestra casa, papá?" Les responde el zopilote: "Mañana, ¡ya lo verán!"

Pasa así un año y otro, y siempre, en el temporal, los zopilotes mojados y tristes se ven estar sobre los techos, pensando que otro día construirán la casita que los libre del agua y de la humedad. Y, mis queridos amigos, ese **otro día** será por lo que llevamos visto, el **día del juicio final!**

## Los mandados de Simón Bobito

A Simón Bobito la madre le dijo: "Dile al panadero que te venda pan; oye, no lo olvides: dos bollos de a real. De paso, en la tienda de doña Prudencia, seis varas de manta me vas a comprar; oye, y tres carruchas<sup>1</sup> de hilo y un dedal. Luego al carnicero me le encargarás un lomo de adentro. ¡Ah, y si ya ñor Juan compuso mis botas, tú me las traerás. Oye, no te olvides, ¡deja de jugar!, y toma el dinero con que pagarás".

Simón el Bobito, que estaba de buenas, salió corriendito, anda que andarás. Pero en el camino, ¡oh mi Dios bendito!, todos los encargos empezó a olvidar.

Donde el zapatero pidió que le dieran dos bollos de a real. Dijo al carnicero, Segundo Tercero, que era muy formal: "Si ya están compuestas, deme usted las botas para mi mamá". El buen don Segundo que no admitía bromas, se puso a echar chispas contra el perillán.

Llegando a la tienda se puso a pensar y al fin, decidido, dijo sin tardar: "Señora Prudencia, le encarga mamá un lomo de adentro". ¡Qué barbaridad! Señora Prudencia, que era dama obesa, casi con los ojos se lo iba a tragar y hubo carcajadas que fue general.

Corrido Bobito salió, y, por su mal, se halló al panadero Remigio Corra!, la canasta al hombro, vendiendo su pan. "Oiga, don Remigio, dice mi mamá. . . ¿a ver? ... ¡ah, sí bueno"; y su cabezota se empezó a rascar; "Que me dé seis varas de manta . . . también un dedal y. . ." ¡No pudo acabar! Creyóse burlado Remigio Corral y como era hombre de poco aguantar, de un gran cachetazo, cumplido y cabal, tumbó a Simoncito, diciendo: ¡dedal! De mí no se mofa nadie así no más. . . ¡que soy hombre honrado que vende su pan!

---

<sup>1</sup> Carrete de madera en que viene enrollado el hilo.

## Doñana

Hortelana y jardinera, la Doñana del juego, tenía sin embargo, el prestigio de convertírsenos en una de las más temidas fantasmas de los sustos. Y era que en mi pequeña ciudad de jardines y de huertos, Doñana era cualquiera de aquellas viejecitas conocidas nuestras: ña Paula, ña Petronila, ña Leocadia, que Dios tenga en su santa gloria.

En los grandes solares de sus casas cada cual cuidaba el huerto y el jardín, con murallas de tapias o defensas de cercados vivos. Celosamente los cuidaban contra nuestra rapacidad pajaril, hambrienta siempre de mieles y de colores y ante la cual no servían ni tapias, ni cercados de tunas o de piñuelas espinosas. Bien poco les valía a las Doñanas su vigilancia personal en defensa de duraznos y de higos maduros, de limas olorosas y de asoleadas naranjas, en defensa de rosas y miramelindos, claveles y nardos: los merodeadores sabíamos a qué atenernos; el bordón en que apoyaban sus encorvadas siluetas, en vano nos amenazaba furioso, en molinetes cómicos; no había por qué temer sus cortas carreras de tortuguitas cansadas. ¡Ni siquiera les valía la ayuda interesada de sus perrillos caseros, Copito, Negro, Canelo, que ellas azuzaban contra nuestras desnudas piernas saltarinas! ¡qué va! Ni las defendían las quejas que daban, formalmente, a nuestras familias, aunque con mucha frecuencia se concretaban en tundas en que, "Chico Tieso" bailó de lo lindo sobre nuestras inocentes posaderas.

Y bien, ¿de dónde, entonces, el miedo, el miedo que nos infundía la Doñana del juego, al convertirse en la fantasma del susto?

En mi pequeña ciudad de jardines y huertos, en medio de la más blanda dulzura de la vida, de aquella su paz cantada de pájaros, de aquellas mañanas florales, de aquellos mediodías angélicos, de aquellas tardes averanadas, de aquellas noches de luceros altos, parpadeantes sobre los eucaliptos y araucarias, en medio de todo esto, sin embargo, nosotros habíamos asistido al solemnísimos paso de la Muerte.



Y era que cualquier día se anunciaba la Muerte en las conversaciones vulgares de la gente grande, cuando oíamos cosas como éstas:

—¡Ña Paula está muy grave!

—¿Oyeron anoche la vaca que pasó bramando por esta calle? ¡Mala seña! ¡Ña Petronila amaneció peor!

—Dicen ques que está boquiando. . . ¡Y es cólico miserere! ¡Pobre ña Leocadia . . . hay que encomendarla a Dios!

Tales noticias, recogidas al vuelo, se clavaban en nuestros ánimos como semillas negras que, poco a poco, iban germinando hasta hundirnos en sofocantes selvas de horribles terrores nocturnos y de apocantes miedos al más allá.

Y, otro día cualquiera; tan. . ., tan. . .; tan. . ., talán, talán escuchábamos sobrecogidos los dobles de ¡a campana parroquial. Las mujeres de la casa se apresuraban a dejar el oficio en que estuviesen; se cubrían la cabeza con tocas negras, o sencillamente, con sus delantales y se iban a esperar, devotas rezadoras y compungidas, el paso del Santo Viático que ya había salido de la iglesia.

Calle abajo venía el cortejo: el palio, cargado por cuatro caballeros devotos; bajo el palio, el señor cura, con la copa santa portadora de las formas eucarísticas, velada entre sus manos; delante del palio, la Cruz Alta entre cirios y el monaguillo agitando pausadamente la campanita de plata: tilín. . . tilín. . . tilín. . . Detrás, el acompañamiento: hombres con la cabeza descubierta; mujeres tapadas a quienes sólo se les veía los ojos y la punta de la nariz. Al paso del Viático, en las calles, en las aceras, en los quicios de las puertas, en las ventanas y balcones, las gentes se arrodillaban y rezaban. Bajaba el cortejo hasta la casuca de la moribunda ña Petronila. Allí se detenía solemnemente, mientras la viejecita recibía en su camastro el Santo Viático, último deseo de su vida.

Después, pocos días después, ¿cómo no tenerle miedo al solar de ña Petronila, con su huerto y su jardín solitarios, si ya la viejecita no volvería a andar nunca más cerca de las limas ni de los geranios?, ¡si ya se la habían llevado a enterrar en la caja negra!

Ese era nuestro secreto miedo a Doñana, es decir, a ña Petronila, a ña Paula, a ña Leocadia, que ya habían pasado a mejor vida.

Pero, ¡cómo nos gustaba jugar la ronda de Doñana! Nos cogíamos de las manos formando la rueda gigante en medio de la calle y alzábamos las voces con la dulce canción:

*Vamos a la huerta del Toro Toronjil,  
a ver a Doñana comiendo perejil.*

Y a la invitación, el coro respondía:

*Doñana no está aquí anda en su vergel,  
abriendo la rosa, cerrando el clavel...!*

Se abría la rueda y se cerraba en lindo mimo de Doñana que abría la rosa, que cerraba el clavel. Y entonces" el coro preguntaba:

—¿Cómo está Doñana?

La Doñana, previamente escogida, iba respondiendo con un rosario de invenciones que constituía la historia fatal, de donde surgía, al final, el pánico:

—¡Amaneció con calentura!

—¡Ya se metió en la cama!

—¡Ya vino a verla el doctor!

—¡Ya le trajeron el Viático!

—¡Ya está boquiando!

— ¡Ya se murió!

Y entonces, ¡uy!, Doñana, la muerta, la fantasma, se levantaba a perseguirnos. ¡Oh alocadas fugas sin rumbo, muertos de verdadero miedo, aterrorizados hasta la locura!

Porque la dulce viejecita de los huertos y de los jardines robados, era sin duda Doñana, a quien nuestra fantasía había resucitado para

concederle, al fin, un castigo a nuestras fechorías en sus huertos y en sus jardines.

## Los Portales

En el Portal de los niños encontrábamos realizado nuestro mejor mundo de deseos. ¡Oh lindos Portales de diciembre expuestos en las salas de las casonas o de las casitas humildes de mi ciudad!

Había Portales famosos: el de Pérez, con sus pastores de porcelana, de una vara de alto, con su Angelón de Gloria, del tamaño de un niño de veras; el de las niñas Chaverri, que era toda una primavera de flores; el Portal de don Juan, el tendero, que multiplicaba sus parajes mágicos en grandes espejos escamoteados entre musgo y encerados; el del sacristán don Pedro, con su lluvia de hilos de plata y con su procesión de azules y entecadas hermanitas de la caridad; el de ña Benita Flores, célebre por sus figuras de movimiento, obra del sobrino ingenioso, Ñoño, el relojero.

Famoso o no, nuestro Portal era el de Lalá: el de la casa de los abuelos paternos. ¡Qué olor a cidras, a limas, a pinas y a naranjas, a musgo montañés, y a maduros cohombros! En su recinto de la sala, cercado por una baja barandilla pintada de verde (labor del anciano abuelo, militar con grado de general), año con año ofrecía nuevas maravillas a nuestra alelada contemplación.

En la reglamentaria primera visita al Portal del abuelo, el veinticinco de diciembre, el coro de sobrinos se desbordaba en preguntas:

—¡Lalá, ¿y ese patio de gallinitas de barro, tan chiquititas, tan chiquititas?

—Era de mamá; papá lo trajo de El Salvador.

— ¡Aaah!

— Mencha, ¿y quién hizo esas muñequitas de tusa que van en fila por ese camino amarillo?

—Esas las hizo este año tía Mercedes.

—Bueno, ¿y los ramos de pudreorejas,<sup>1</sup> esos que adornan el pesebre?

—Muchacho, ¿pues no tienes ojos? ¿No viste que las estuvo haciendo tía María Solórzano?

— ¡Ah, sí. . . ! Lalá, ¿y esos pastores son nuevos?

—¿Te gustan? Cuidado, no los vayas a coger. . . Se los compramos a Deogracias, que los trajo de Francia.

—Y los otros, los viejos, ¿qué se hicieron? Respondía la tía Mencha:

—¿Los de mamá. . . ? Los encontramos en su caja comidos de ratones.

—¡Qué lástima!

Lo que nunca variaba era el Paso con las Tres Divinas Personas y con la mula y el buey; ni el Ángel de Gloria, ni los Tres Reyes Magos, ni el Pesebre, ni ¡ay! la barandilla verde, obra de mi abuelo esa barandilla que nos detenía a distancia suficiente de las mil maravillas del navideño simulacro, de modo que ni con los brazos estirados, pudiéramos alcanzar a las pilas de limas, de limones dulces o de naranjas maduras, y menos, a las figuritas tentadoras. ¡Sin embargo. . . !

Alguna vez, después de nuestras visitas al Portal, mientras las tías se descuidaron hablando con los mayores, alguien arraló los patios de gallinas, o las filas de soldaditos de plomo. Y todo, a la vista y paciencia del abuelo, que en su mecedora sonreía, complacido acaso de la inutilidad de la barandilla verde, mientras se acariciaba la punta de su barba canosa.

---

<sup>1</sup> Flor en forma de campanita de una enredadera silvestre llamada también churrystate. La más común es azul con el cáliz blanco, hay también rosada un poco más pequeña. Es una especie de Ipomoea.

## Gavilán sin Cola

¿Por qué, Ñoño, el solterón, el calvo, el compone relojes, sobrino de tía Benita Flores, cada vez que se topaba con mi personilla me dedicaba, entre cariñoso y bromista este saludillo?

¡Hola, hola, gavilán sin cola!

Los gavilanes venían con el verano, allá, cuando los calores de marzo.

Para entonces ya las gallinas del patio, las buenas para sacar pollos, las que habían estado sus semanas echadas en los canastos con tusas y venas de tabaco, puestos debajo del fogón de la cocina, ya las gallinas andaban, pasicortas, cloqueando, con docena y media de pollitos a la cola.

De pronto, una mancha en el cielo, por encima de las copas de los anonos y naranjos del patio.

—¡Cuidado con el gavilán!, cacareaba el gallazo espolonado.

¡Oh susto el de las cluecas! Erizaban los plumajes entre los que corrían a esconderse los pollitos de oro y de plata, despavoridos.

Debieras: un medio día de sol, modorra, silencio y pereza, rompió en el patio, un pío, pío, pío, que daba lástima.

Gritó el gallo; alarmadas lo corearon todas las gallinas; Conga, la perra, ladraba con la cabeza levantada hacia lo alto.

Y fue que uno de los pollitos de la gallina chiricana se había quedado solo, bebiendo sorbitos de agua en la acequia, lejos de la mamá. Encima le cayó el gavilán marcerero; en un decir amén, lo arrebató y se lo llevó entre las uñas allá por las nubes... ¡quién sabe adonde!

A los días, un día, llamaron a don Chico, el herrero, que corriera, que en el cucurucho de la torre de la Iglesia del Carmen, en un brazo de la cruz, se había parado un gavilán, Rey de Gavilanes. Dejó don Chico de pulir con lija el freno brillante que le habían encargado para un caballo peruano; tiró a un rincón de la herrería su delantal de

cuero; del clavo de la pared descolgó su famosa escopeta guápil,<sup>1</sup> y salió para la plazoleta, frente al templo: en dos "monazos" anduvo las cincuenta varas.

Todos los chiquillos nos fuimos a ver, detrás de don Chico; porque todos sabíamos que el herrero tenía fama de no perder tiro.

Inmóvil, el gabilán, ¿qué le importaba a él el grupo de chicos y de grandes que abajo, en el verde de la plaza, rodeábamos al tirador?

Se afirmó bien en el suelo, se echó don Chico el arma al hombro y, tras algunos visajes, muy importantes, sin duda, en aquel trance, hizo puntería.

¡Pum!, resonó el primer disparo.

Nada: el gabilán no se movió de su lugar, en el brazo de la cruz de la torre alta.

Ahora sí que nos estaba gustando el juego. Todos nosotros los chiquillos pensábamos:

—A que sí. A que no. A que gana don Chico. A que gana el gabilán.

Don Chico arrugó el entrecejo y escupió una mala palabra. Volvió a tomar posición; apuntó cerrando un ojo encima del brillante cañón de la escopeta y ¡pum!, allá te va el segundo tiro.

¡Currit, currit, currit!, cantó el gabilán, levantándose en el aire de un solo vuelo rápido, tendidas las alas que lo elevaban en círculo.

—¡Ganó el gabilán!

—No, señor, ¿no ve el reguero de plumas que vienen cayendo?

—¡De veras!

—El disparo había dejado casi sin cola al gabilán.

—¡Qué puntería la de don Chico!

—Sin duda, porque a esa distancia un gabilán es un blanco muy difícil.

Eso lo estaba afirmando allí nada menos que el Tuerto Villalobos, artillero del cuartel. ¿Y quién entre los presentes con mayor autoridad que el Tuerto Villalobos para juzgar acerca de un caso de puntería?

---

<sup>1</sup> Escopeta de dos cañones.

— ¡Hola, hola, gabilán sin cola!, me decía Ñoño.

Yo seguía a toda carrera, muy orgulloso, camino del mandado, que me precisaba.

—Sin cola, —iba pensando; pero a pesar de lo que había sentenciado Villalobos, ¡qué va!, el gabilán le había ganado a don Chico y a su escopeta guápil. ¡Y yo era el gabilán sin cola!

— ¡Adiós, Ñoñito!



## Juegos de Lluvia

—Que sí.

—Que no.

—Que llueva chaparrón.

Cuando caía el chaparrón con relámpagos y truenos, resonando en el techo los granizos, grandes como granes de maíz reventado y en la casa quemaban incenso y palma bendita del Domingo de Ramos para aplacar la tormenta, nosotros nos estábamos queditos en el cuarto del Camarín con el Santo Cristo, escuchando el ruego coreado de las mujeres de la casa:

—Aplaca, Señor piadoso.

tu justicia y tu rigor. . .

Pasaba el huracán con chaparrones y entonces nos echábamos a las calles a pasar los chorros de agua, arrollados los pantaloncillos más arriba de las rodillas y a pescar noticias de los daños que había causado la tormenta.

Otras veces era a la salida de la escuela, por la tarde. Nos demorábamos chapaleando como patos en cada pozo. Llegábamos a casa chorreando agua, empapados de pies a cabeza, mojados como pollos, hechos un Pirrís.<sup>1</sup>

—¡Criaturas de Dios, vayan a ponerse ropa seca! De esas mojadas es que por la noche les coge la tosedera.

Otras veces no eran los chaparrones violentos, no; sino los temporales de octubre.

Cielos oscuros, tristonos, un día y otro, hasta cuatro, y más. Las mañanas amanecían afligidas. En el techo los zopilotes, muy tiesos, muy serios, abrían las alas para secarse y parecían facistoles inmóviles en el altar de una misa de difuntos.

En el solar el gallo y las gallinas, arrimados a las paredes, que no querían salir a picotear el maíz que regaba la canasta.

---

<sup>1</sup> Río de la vertiente del Pacífico.

Las vacas que traíamos del potrero, con tanto frío, y sin embargo quemándose por dentro, echaban vaho caliente, a chorros, por las narices.

Y las viejecitas de casa, tía Panchita, tía Concha, tía Mercedes, todas atribuladas, pero eso sí afanosas, batiéndonos chocolates y horneando arepas, y que decían como rezando:

—San Isidro Labrador,  
quita el agua y pon el sol,  
para que se sequen las mantillas de los chiquitos.

Sentados en el hueco de la ventana que daba a la calle, ¡qué lindo era esperar los aguaceros por abril o mayo!

Porque hay los aguaceros que caen de pronto, y los otros, los que vienen poco a poco, los que se anuncian con la oscurana que baja despacio de las montañas del Barba.

—¿Del Barba?

—Sí, señor, de un volcán muy viejecito que tiene barba de viejo.

—¿Y qué?

—Que desde la ventana veíamos cómo venía el aguacero manso, a paso de carreta sin bueyes, y entonces cantábamos:

*Ya viene el agua por los cerritos,  
ya se mojaron los enanitos.*

*Ya viene el agua por La Sabana,  
meta la ropa, doña Fabiana.*

En diciembre se acababan las lluvias y comenzaban las garúas del Niño. Garúas menuditas, a veces como pelos de gato; garúas que enneblinan los montes y que, con randas de gotitas brillantes, hacen palacios en las telarañas de las arañas panzudas.

Ya en todos los cercados, a orillas de los caminos, las pastoras abrían su roja alegría de Nochebuena, lo mismo que los piños de las piñuelas.

Airecillos fríos y bailarines empujaban las garúas sobre todo el campo y las metían, suavemente, por las calles de la ciudad.

Entonces salíamos al campo por pastoras y por piños y por barba'e viejo para el portal, y volvíamos con las barbas del volcán, barbas de florecidas aromadas, cantando.

*Venid, pastorcillos,  
vamos a Belén.*

A lo lejos, lejos, un gallo:

*—Quiquiriquí, ya la Estrella  
dice que va a anochecer  
y a la inedia, media noche,  
un Niño nos va a nacer  
bajo la garúa de plata  
que está calentando el buey.*

## Alcancía de Barro

—¿Pirulo?

—¿Qué?

—¿Te acuerdas del cañadulzal de don Amado? Una vez, a medio día le dimos fuego por las cuatro rondas.

—¿Te acuerdas de la tarde en que nos quedamos encerrados en el cementerio?

—¿Te acuerdas del circo, en la Plaza de Flores, y de las veces en que nos pudimos colar por debajo de la carpa, para ver la función?

—¿Te acuerdas de los diablos de las fiestas, el rojo y el azul, que nos perseguían por la calle dándonos de vejigazos?

—¿Te acuerdas del hombre-maromero que subía al cielo, sentado en el trapecio pendiente del globo que había inflado con humo de paja?

—¿Te acuerdas del huerto del Jueves Santo y de los gallos de pasión que los dos sordos Zamoras ponían allí para que estuvieran cantando triste?

—¿Te acuerdas de Calleyo, y de cómo se golpeaba el pecho, en la iglesia, con un pedrón? ¿Y de Juan Vainicas, el de la zapatería, que casi todos los sábados iba por media calle recitando el verso de:

"Allá en la playa quedó la niña; arriba el ancla, se va el vapor?"  
¿Y de Lolo Tela, el silbador, que se sabía de memoria todas las piezas que tocaba la banda militar?

—Te acuerdas... Te acuerdas... Te acuerdas. . .

—Espérate, Fausto Pacheco, espérate; voy a traer mi alcancía de barro. Aquí está, sacundámosla recio para que vayan saliendo los recuerdos, uno por uno.

Mira, éste es tuyo y mío: en vacaciones, inmensa tarde de sol, con las tablas de resbalar peñas a la espalda, nos fuimos al potrero de don Macedonio, y...

—¿Qué te has hecho, Fausto Pacheco? ¿No me oyes?

—Si te oigo, Pirulo; sí, te estoy oyendo.

—Pero yo no te veo.  
—Tonto, es que ahora estoy lejos, al otro lado.  
—¿Al otro lado de qué? No te me escondas.  
—Al otro lado de muchos años... y mi corazón, como el reloj descompuesto, se paró para siempre.  
—¿Y los recuerdos, hombre? ¿No íbamos a contar recuerdos?  
—Cuéntalos, Pirulo, cuéntalos siempre. . . aunque no te oiga, que ya no soy más que uno de ellos, guardado en tu alcancía de barro.

## Me Saqué la Rifa

Una tarde de sábado estaba en el mercado y había rifas de la Sociedad de San Vicente. Rifas de mecate, a dos mecatitos por cinco.

—Prueben la suerte, ayuden a los pobres. Un cinco no está pegado del cielo, gritaba el viejecito rifador, en tanto que sacudía ruidosamente el barrilillo con las fichas dentro.

—Pruebe su suerte, don. Pruebe su suerte, doñita. Vean, se va ahora este jueguito de porcelana de China, taza y plato, por solo un cinco, ¡qué momada! ¡Se va, se va!

¡Qué linda tacita. Toda blanca como una camelia y llena de ojitos de oro. ¡Para que fuera mía!

Me metí la mano al bolsillo del pantalón. Hallé un cinco en el fondo.

—¿Si compro un mango? ¿Si compro chinchiví? <sup>1</sup> ¿Si compro guapinoles? No. ¡Dios quiera que me saque el jueguito de taza y plato!

—Déme dos mecatillos.

—Tome, chiquito; son el ocho y el diez. Buena suerte.

Agarré el extremo de los cordelillos. El ocho y el diez. Que salga el ocho. Que salga el diez. . . Ayúdame Santo Ángel. Animas benditas.

—Va jugando.

El viejecillo hizo girar el barril con las fichas. El corazón me daba brincos. Paró el barril sus vueltas. El rifador abrió la puerteciíla, tomó una ficha entre el pulgar y el índice. Todos los jugadores enmudecimos. El viejecillo, tirando de uno de los mecatillos que yo agarraba por un extremo, cantó con voz divina:

—¡El diez!

---

<sup>1</sup> Adaptación del inglés *Ginger beer*, cerveza de jengibre.

¡Qué suerte la mía! Y me entregó el jueguito de taza y plato, que apreté contra mi pecho...

Corrí para mi casa con el premio, pero al pasar por la puerta de hierro del mercado, ¡ay!, tropecé contra el recibidor. Caí boca abajo y el plato se me hizo añicos; por suerte que la tacita quedó entera. Me levanté, me sobé el desfloronado dedo gordo del pie derecho; me sacudí el vestido y de nuevo, renqueando, pero con mi preciosa tacita, seguí para casa.

En cuanto entré a la sala, a voz en cuello, loco de alegría, grité:

—¡Vean, vean, vean todos! ¡Me saqué la rifa! ¡Y sólo por un cinco!

Mi abuela, mi mamá, mis tías, mis hermanitas y mis hermanos, todos celebraron mi buena suerte y envidiaron mi tacita blanca, como una camelia y adornada con ojitos de oro.

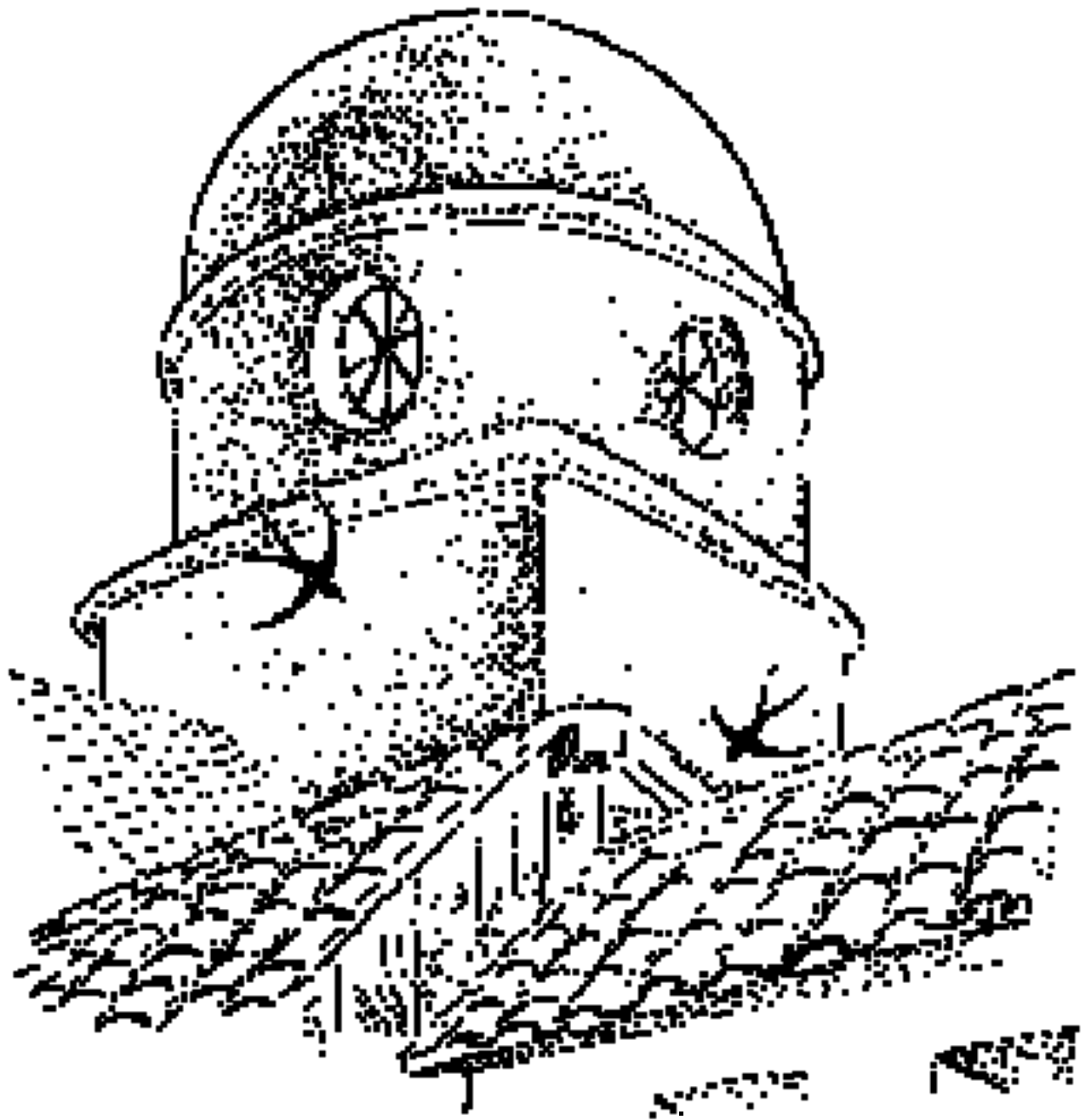
Al punto me decidí a estrenarla: corrí a la cocina; le eché cuatro cucharaditas de raspadura de dulce; luego exprimí medio limón agrio. Todo el mundo, hasta el gato y la lora, seguían mis pasos. Me fui a la pila, abrí la llave del tubo, para que saliera un chorro grandote, que al caer dentro de la tacita hiciera espumas. Coloqué la tacita debajo del chorrizo. La presión me la zafó de las manos; cayó al fondo de la pila y ¡chirilín!, se hizo menuzas. Adiós, tacita de porcelana. Achará<sup>1</sup> mi cinco.

El que es perico, donde quiera es verde...

El que es torcido, donde quiera pierde.

---

<sup>1</sup> Equivale a la expresión castellana ¡qué lastima!





## La Torre de los Encantos

La Virgen, la del Carmen, tiene su iglesia enfrente de la plazoleta en donde jugábamos todas las tardes.

La Virgen en su altar de oro: el Niño, anidado en sus brazos; a sus pies brillaba plata la media luna, resplandecía chispas su corona de estrellas en torno de la cabeza.

Si la Virgen tenía su Niño, la iglesia tenía su torre, también con luna y con estrellas.

La torre cantaba o lloraba con los repiques o con los dobles de tres campanas. La torre se cubría con una cúpula negruzca y la cúpula llevaba un moñito; sobre el moñito, conjurando desgracias y tormentas, una cruz de fierro.

En los bordes salientes de la cúpula y en las vigas de donde pendían las campanas y en los huecos de las paredes, vivían con sus nidos y con sus pichoncitos, miles de golondrinas voladoras, libres, felices.

Todo lo que he dicho de la torre lo veía yo desde abajo, desde la plazoleta verde que nos servía para jugar al quedó, a la Mulita Mayor, o al San Miguel dame tus almas. Por cierto que la torre daba las horas con su reloj descompuesto; las daba regaladas, sin cobrar a nadie porque las oyera o las contara. Y a caballo regalado. . .

Qué ganas las mías de subirme a la torre. Dichoso el señor sacristán viejito y calvo, don Balbino, que tenía llave para subir a la torre, pisando unas tras otras las gradas de la escalerilla de caracol que desembocaba en la cúpula. ¡Dichoso!

Desde allá arriba ¿cómo se veía la placita? Qué lindo poder asomarme a mirar la golondrina echada, quieta, en su nido de pajitas de zacate, recogidas una a una, por su pico. Y, sobre todo, subir a tocar las campanas: glin, glán.

Eran las seis de la tarde ya dadas. Todavía el Ángel que anunció a María volaba por entre los últimos telones dorados de la caída del sol.

Me quedé, íngrimo, en el atrio de la iglesia viendo hacia arriba. Torre tan altísima. A sus pies, yo un Pulgarcillo a la par del Gigante. ¡Qué torre tan, de veras, altísima! . . .

En eso llegó trotando la Mulita Mayor, muy parecida, por cierto, a la Mulita del Señor del Triunfo.

—Mulita Mayor, le digo. Y ella respondió: "¿Qué manda el Rey Señor?"

Yo, sin ser el Rey Señor, le contesto:

—Que si me quiere llevar a caballo.

—Cómo no, dijo la Mulita Mayor; aunque yo no soy caballo, sino sólo mulita.

Me monté en su lomo blando, más blando que la gruesa alfombra en que tía Benita Flores se arrodillaba en las naves de la iglesia.

¡Ah carambita! Ya montado pensé a dónde iría.

—Para arriba, Fifiriche, dijo la Mulita. Te subiré a la torre. ¿No querías subir a ella?

No se movió de donde estaba parada. Sólo que las cuatro patas empezaron a alargarse y a alargarse; a crecer, como crecen las cañas de bambú, pero a prisa, a prisa, para arriba.

Pasé al lado de las ventanas de la iglesia; subí más, bien agarrado a las crines del cuello, ¡qué miedo!, y al fin, estuve a la altura de una de las arqueadas ventanitas de la torre.

Quieta, dije, porque me parecía que las cuatro patas de la Mulita Mayor iban a continuar alargándose... Y no. ¿Qué hubiera hecho yo si me encajaba hasta el puro moñito de la cúpula?

Me paré en la ventanilla de la torre, bien agarrado a su baranda. Encima de mi cabeza se quedó mirándome, muy serio, el badajo de una de las campanas.

Miré hacia abajo: ¡Ay, Dios mío! La Mulita había desaparecido en la sombra, o era una sombra que se metía en la sombra de la calle oscura. . . allá, abajo. . .

No tuve gusto para ponerme a ver desde la altura todo lo que deseaba ver a los pies de la torre; tenía que volver a casa; estar puntualmente, según la costumbre, para el rezo del Santo Rosario. ¿Y cómo bajar ahora?

Por dentro de la torre era sólo oscuridad. Y me voy acordando que en las naves del templo, solitarias, a las ocho de la noche, las enlutadas Ánimas Benditas del Purgatorio venían todas juntas a rezar, puestas las manos al cielo, las manos de hueso amarillo ... ¿Y si a alguna se le ocurría subir a la torre? . . .

Ron, ron. Se me erizó el pelo. ¿Qué es ese ron, ron? Era la cuerda del reloj encerrada en su gran caja de madera. ¡Por suerte!

¿Pero, cómo me bajaba de allí? Tal vez llamando a la Mulita Mayor... Y la llamé a grito pelado, y nada.

¿Si desde la torre me tiro a la plaza?

—Dios libre, muchacho.

La voz salía de la cara del reloj. Me quedé fijo en ella. Qué veía: la cara tenía ojos, y boca y sonreía burlona. Horero y minuterero, en ángulo, parecían caídos bigotes de chino.

De allí a un ratito volvió a hablarme el reloj:

—La abuela va a comenzar el Rosario.

—Sí, señor, pero qué quiere usted, cómo me bajo de aquí sin la Mulita Mayor, ella tuvo la culpa, la Mulita Ma. . . le contesté gimoteando.

—A ver: si te sabes las horas que doy, te bajo de la torre y si no, no.

—Trato hecho, nunca deshecho. Sí que me las sé.

—Bueno... ¿A la una?

—Sale la luna.

—¿A las dos?

—Toma café ñor Marcelo Quirós.

—¿A las tres?

—Lleva al potrero las vacas Andrés.

—¿A las cuatro dadas?

—Doña Cipriana nos vende empanadas.

—¿A las cinco?

—El canario en la jaula da un brinco.

—¿A las seis?

—Sale a la ventana la niña Isabel.

—¿A las siete?

—El Padrecito se quita el bonete.  
—¿A las ocho?  
—La niña Hermelinda hornea su bizcocho.  
—¿A las nueve?  
—Relampaguea todo el cielo, si llueve.  
—¿A las diez?  
—Doña Inés, con las patas al revés.  
—¿A las once?  
—Anda borrachito Paulinito Ponce.  
—¿Y a las doce?  
—Pantaleón, el sastre, cose que te cose, no saluda a nadie, ni a nadie conoce.

Ganaste, dijo el reloj, y como trato hecho... al momento el reloj torció en cuerda larga la una con las dos y con las tres y con las cuatro y con las cinco y hasta con las doce. La ató por un extremo a la baranda de la ventana de la torre, y yo, ni lerdo ni perezoso, me agarré de la cuerda de las horas y me resbalé hacia abajo, como gota de agua por hilo de telaraña, hasta que toqué el suelo con los pies. ¡Y voy viendo que estaba en el mismo lugar desde donde me había subido al lomo de la traicionera Mulita Mayor!

Salí a la pareja y llegué a casa. Por dicha que abuelita apenas estaba comenzando a seguir el rezo y ninguno notó que yo llegaba retrasado y más pálido que un muerto. Por dicha. . . Porque si no, ¿quién me iba a creer el cuento de que la Mulita Mayor me había encaramado a la torre de la iglesia del Carmen? ¿quién?

## La Huida a Egipto

(Relato del Mandador)

Diluvian en el níquel transparente de la lunazón miles de luciérnagas parpadeantes, candelillas pálidas como animitas de luz.

La plática familiar, en el corredor de la casa, va cundiendo como una enredadera de maravillas.

—¿Oyeron? El cuyeo.<sup>1</sup>

Ahora, ha dicho don Simón, está todavía cantando su cuyeo, cuyeo. Enlunado, a media noche, empezará a cantar su caballero, caballero.

Un caballero irá por el camino. Anda solo, con el alma de luna, quiere decir, con el alma llena de penas de amor... Irá el caballero perdido en sus adentros. Entonces, para embrujarlo más el aguaita-caminos le cantará: "Caballero. . . caballero..."

—Y es, —continúa don Simón—, que los pájaros de aquí, los del campo, dicen su cosas para el que sabe oírse las. No ve, el guaco da la hora y avisa si va a llover o si hará buen tiempo. Y mata las culebras: si alguna lo muerde, busca la hoja, su hoja, la hoja del guaco, que bien sabe él que es el contra veneno.

—¿De veras, don Simón?

—Cierto, tan cierto como que la paloma, si le pones cuidado, canta gimiendo, cuando dice: "Ya está el cuspó. Ya está el cuspó".

—Y por qué las piapias acusan, asustadizas y tercas, cantando: "¡Aquí van! ¡Aquí van!"

—Ese cantar les quedó de maldición; así decían las llamadas a no decirlo, persiguiendo a las Tres Divinas Personas, para que los perseguidores pudieran coger al Niño, que no lo cogieron ¿saben? pues una palma del coccal se vino a toparlos, arrimándose a ellos. San José, ligerito, se metió en el tronco; la santa Virgen se hizo la flor de oro llovido de la palmera y el Niño se escondió privadito, dormidito

---

<sup>1</sup> (*Nyctidromus albicollis albicollis*). Término onomatopéyico que designa a un pájaro de las especies de chotacabras (caprimúlvidos) del país.

y todo como estaba, en una pipa que le sirvió de cuna mecida. Entonces aquellos perseguidores no hallaban qué hacer, ni qué cuentas darle al rey Herodes, que era más malísimo que la culebra de los chischiles.<sup>1</sup>

—¿Si cortamos el palo de coco? ¿Si buscamos más por el monte?

En eso estaban cuando les va saliendo de un breñal, allí junto, la gallinita de guinea y daba pasitos y les gritaba: "Pa trás. Pa trás".

Y el quioro,<sup>2</sup> desde quién sabe dónde, les decía: "Tres santos son. Tres santos son".

Los malos oían aquello y ya no se atrevían con su maldad; ¡qué iban a atravesarse!, si una nube de chilotas,<sup>3</sup> color de chile picante, los amenazaba cantando: "Joaquín Chorotega, Joaquín Chorotega". Y ellos sabían lo valiente que siempre fue Joaquín Chorotega.

Acabó de meterles las cabras<sup>4</sup> el pecho amarillo, desde la cumbre de un cenízaro publicando seguidamente: "Fue Ezequiel. Fue Ezequiel".

Entonces vinieron las chachalacas repitiéndoles: "No hay cacao. No hay cacao". Para más, en la bejucada del bajo se puso a llorar el chocuaco<sup>5</sup> y matraqueó la zorococa: Zorococa, Zorococa"<sup>6</sup>

Se fueron corridos los malos. Las Tres Divinas, ya seguritas, se salieron de la palmera y siguieron camino, no sin antes dar las gracias al palo de coco, dirigiendo sus pasos al país de los gitanos. . . Por cierto, que la mulita del Portal, con mucha humildad, se arrodilló y cargó a María. El curré,<sup>7</sup> desde una rama, le cantaba a la

---

<sup>1</sup> Expresión guanacasteca que designa a la culebra de cascabel.

<sup>2</sup> (*Ramphastus tocará*). De la familia de los Tucanes es eminentemente tropical.

<sup>3</sup> Su nombre deriva de las voces mexicanas *chilli* (ají) y *tototl* (pájaro), a causa del color amarillo de chile que tienen estos pájaros en la parte inferior de su cuerpo. Hay dos especies: *Icterus pectoralis*, *espinachi* y el *Icterus girandi*. Son aves canoras que se domestican fácilmente.

<sup>4</sup> Expresión vulgar que significa atemorizar.

<sup>5</sup> Término onomatopéyico que designa una especie de garza nocturna.

<sup>6</sup> Ave de rapiña nocturna especie de lechuza.

<sup>7</sup> Como el quioro, pertenece a la familia de los tucanes y es común en Costa Rica. (*Ramphastus carinatus*).

bestia: "¡Feliz! ¡Feliz!" viéndola con las rodillas hincadas en la arena y los ojos como estrellas húmedas.

De veras todos iban ahora de lo más felices, José, la Virgen y Jesucristo. Por las orillas del camino se oían los regocijos de todos los otros pajarillos: chicopiojos, guises, papamieles, curruchiches.<sup>1</sup> Con decirles que hasta el tijo-tijo bailó entre los bejucos, él que siempre se pasa tan tristón vestido de luto rígido.

Cuando a lo lejos, bajando el cerro, se perdían de vista los tres Santos Caminantes, ¿qué les parece? no me lo van a creer, en la punta más alta de un espavel, uno que hasta allí había volado, me cantó y me dijo: "Dichoso fui, don Simón. Dichoso fui, don Simón".

—¿Cómo?

—Como lo oyen, muchachitos, sin ponerle ni quitarle.

Al patio fue a dar la brasa roja del puro; don Simón se levantó de la butaca y se desperezó con un enorme bostezo.

—Ya es hora de meterse en cama; mañana todos tenemos que madrugar. Vean qué luna, parece de día. Pero oigan, ¡Ave María Purísima!, el tecolote.<sup>2</sup>

Y sin más, se fue metiendo casa adentro por el zaguán oscuro, haciendo crujir las tablas con sus pesados pasos de manso buey del campo.

---

<sup>1</sup> Nombres vulgares de diversas especies de pájaros de las montañas costarricenses.

<sup>2</sup> Ave de rapiña nocturna, especie de lechuza que infunde miedo supersticioso a los campesinos.

## ÍNDICE:

Mulita Mayor .....	5
Chinto Pinto .....	6
Ambo, Ambo, Matarilerilerón .....	8
La Pájara Pinta .....	11
Chinto, Pinto, Gorgorinto .....	13
El Hijo del Conde .....	16
La Viudita del Conde Laurel .....	18
Yo tenía .....	21
San Selerín .....	23
Ángel de Oro.....	25
Pizote .....	26
Matarilerilerón .....	28
Vendiendo maní .....	31
El baile del zopilote .....	32
¡Gloria in Excelsis Deo! .....	34
Canción de la canción .....	36
Chepe, Cherepe .....	37
Ratón de milpa .....	39
Las tinajas .....	41
May Fren .....	43
Caballito .....	44
De palo de escoba .....	45
Figurones .....	48
Víspera de la Purísima .....	50
Lluvia de estrellas .....	52
Lámpara Maravillosa .....	54
Noche .....	56
Faria y Cuquito .....	57
Señales en el cielo .....	60
Nombre y apellidos .....	63



Don Iginio en la Iglesia .....	64
Tatica y Mamita .....	66
Ni chapulín de plata .....	68
Las bellas Lolos .....	71
Pajarerías .....	73
Herrería y caballeriza .....	75
Octubre .....	77
Pepita y Pepe.....	78
La Hormiga Camarlenga .....	80
Pizi Pizi Gaña, jugando la caraña .....	83
La corneta .....	87
El zopilote de la pata de cera .....	90
San Miguel, dame tus almas .....	95
La mazorca de maíz colorado .....	97
Granito de Maíz .....	99
Mañana hago casa .....	102
Los mandados de Simón Bobito .....	103
Doñana .....	104
Los portales .....	108
Gavilán sin cola .....	110
Juegos de lluvias .....	113
Alcancía de barro .....	116
Me saqué la rifa .....	118
La torre de los encantos.....	121
La huida a Egipto .....	125

## Otras obras del Autor:

*Navidades.* (Teatro infantil. 1929).

*Raíces de esperanza.* (Poemas. 1940).

*Doña Ana.* (Lecturas para niños. 1948).

*Motivos de portal.* (Versos. Incluidos en la primera edición de *Mulita Mayor.* 1949).

*Memorias de alegría.* (Versos. 1951).

*Maternal.* (Teatro infantil. 1953).

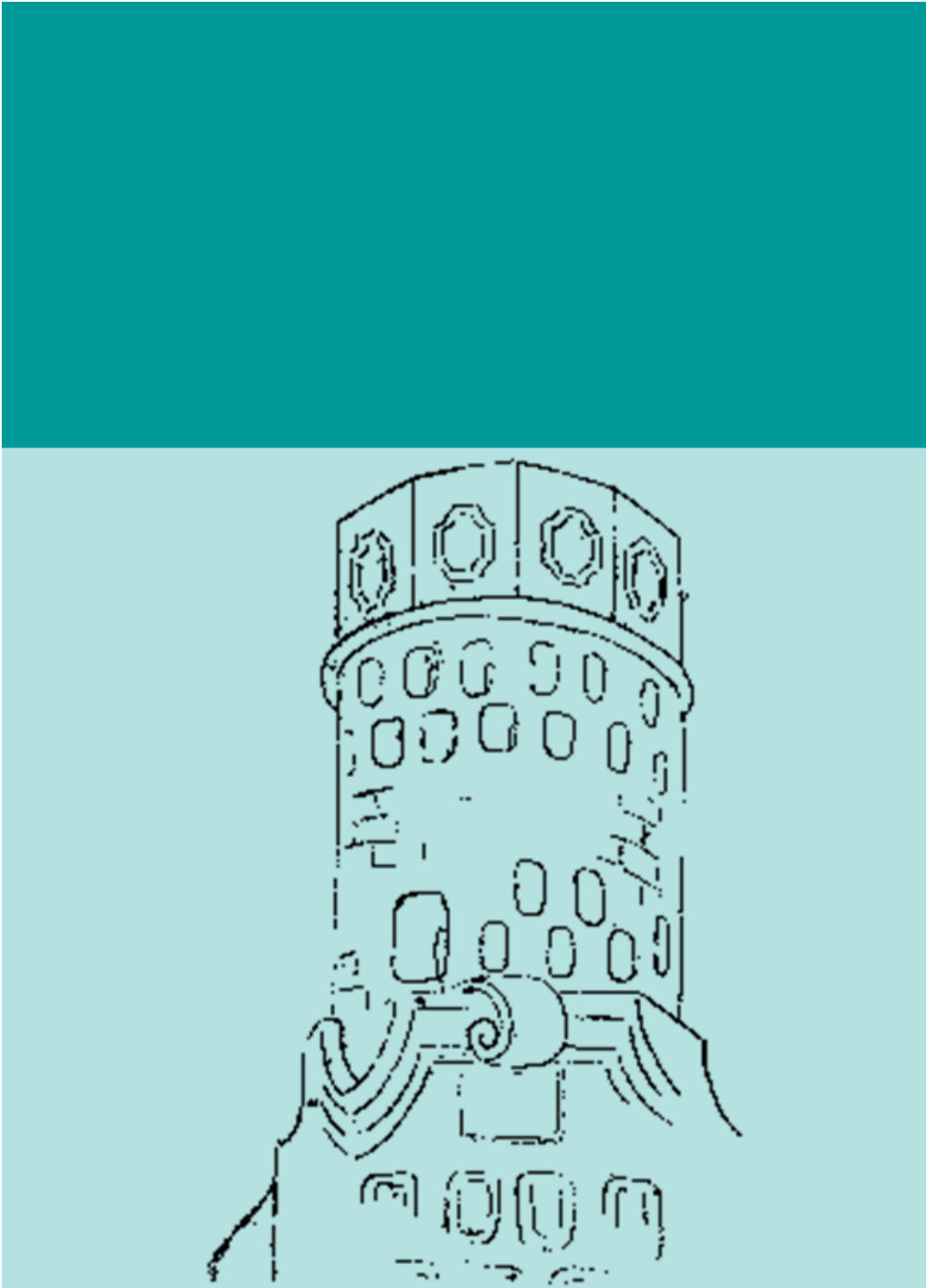
*Estampas guanacastecas.* (Teatro para niños. 1955).

*Costarriqueñas del 56.* (1956).

*Cuadros del 56.* (Teatro para niños. 1956).

*Las semillas de nuestro Rey.* (1958).

*Papeles de risa y fantasía.* (Teatro para niños. 1962).



Fortín de Heredia, Costa Rica.

[http://es.wikipedia.org/wiki/Fort%C3%ADn\\_de\\_Heredia](http://es.wikipedia.org/wiki/Fort%C3%ADn_de_Heredia)

## POESÍA, COTIDIANIDAD Y LUDISMO EN MULITA MAYOR DE CARLOS LUIS SÁENZ

Magdalena Vásquez Vargas

### RESUMEN

En este artículo se analiza el trabajo poético realizado por Carlos Luis Sáenz Elizondo (1899-1983) en *Mulita Mayor* (1952). El enfoque crítico que se efectúa pretende demostrar que la selección del mundo cotidiano cobra una trascendencia fundamental, ya que se constituye en un eje medular para la construcción del sentido poético, gracias al esmerado trabajo con el lenguaje y a la concepción lúdica del texto literario. El artículo contiene una parte introductoria de carácter teórico en la que se subraya el valor del mundo cotidiano como objeto de creación y destaca la importancia lúdica del lenguaje. En el análisis se abordan temas específicos como el vínculo entre lo fantástico y lo cotidiano, la tradición costarricense y lo universal, y el juego lúdico poético que genera la semiosis textual. Finalmente, se explora el proyecto planteado por el autor con este texto y se destaca su aporte a la literatura infantil costarricense. **Palabras clave:** Literatura infantil costarricense, Carlos Luis Sáenz, *Mulita Mayor*.

### ABSTRACT

In this article, the poetic production of Carlos Luis Sáenz Elizondo (1899-1983) in *Mulita Mayor* (1952) is analyzed. The critical focus here provided intends to demonstrate that everyday's world choice has a fundamental transcendence since it is a medular axis for the construction of the poetic meaning tied to the careful work with language and the ludicrous conception of the literary text. The article contains an introductory section in which theoretical arguments underlining the daily world's value as a creation object as well as the ludicrous importance of language are discussed. In the analysis, the author discusses specific topics such as the relationship between fantastic issues and everyday reality, Costa Rican tradition and cultural universals, and the ludicrous poetry generated by the textual semiosis. Finally, the project proposed by the author with this literary work is explored; likewise, its contributions to children's literature is highlighted. **Key words:** Children's Costa Rican Literature, Carlos Luis Sáenz, *Mulita Mayor*.

**Magdalena Vásquez Vargas.** Profesora de la Sección de Comunicación, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica. San Ramón, Alajuela, Costa Rica. Correo electrónico: [vagas@gugu.usal.es](mailto:vagas@gugu.usal.es)

Y yo me iré muy lejos,  
más allá de esas tierras,  
más allá de los mares,  
cerca de las estrellas,  
para pedirle a Cristo  
Señor que me devuelva  
mi alma antigua de niño,  
madura de leyendas,  
con el gorro de plumas  
y el sable de madera.  
Balada de la placeta. García Lorca.

## 1. Introducción

Carlos Luis Sáenz<sup>1</sup> y Adela Ferreto rescataron en sus libros de texto, en la revista Triquitraque y en su literatura en general, el mundo cotidiano de la niñez; lograron transmitir en ellos un fragmento de la historia costarricense habitada por niños, por sus sueños, su alegría y también sus esperanzas. Doña Ana (1948), Mi pequeño mundo, Las crónicas de un tiempo (1978), Mulita Mayor (1949, edición de Repertorio Americano en forma conjunta con Motivos del portal), Memorias de alegría (1951), El abuelo cuentacuentos (1974) son los libros de estos autores en que lo cotidiano se muestra mejor configurado y aparece revestido por la imaginación del personaje niño.

En estos textos, el mundo de lo cotidiano está construido por una serie de situaciones y personajes que resultan conocidas al lector, ya que representan momentos particulares de la vida del personaje y contemplan modelos de conducta que se reiteran con frecuencia<sup>2</sup> y que no le son ajenos. Este tratamiento de la vida, en forma integral y no fragmentaria, permite conocer las luchas diarias, juegos, sueños, angustias y hasta las contradicciones de los personajes. Pero lo más importante es que los elementos empleados por el autor, en el caso de la literatura infantil, busquen mostrar al niño un mundo con el cual se identifique, sin grandes complejidades. Uno de los más destacados escritores españoles de literatura infantil y juvenil, Juan Fariás (1935), da su propuesta para entender lo cotidiano desde el realismo, definiéndolo en los siguientes términos:

Son historias sin armaduras, no hay caballos de batalla y lo más parecido a un dragón es un egoísta que no soporta a los niños. Puede que aparezcan fantasmas, maleficios y algún duende, pero son de estructura tradicional, muy semejantes a los que recuerda papá, que ha leído poco, o el abuelo que ha vivido mucho. Son libros habitados por niños y ser niño, nadie lo duda, es la experiencia más intensa, incluso

en la memoria del Hombre Lobo, Dick Turpin, Athos, Toro Sentado o quien gustéis. La aventura es vivir. Son libros en los que se imita la vida común. Es un ‘realismo’ libre de compromisos demagógicos, comprometido solo con la ética que genera el derecho natural. Estéticamente simple, sin metáforas, llamando al pan pan y al vino vino, permite que el lector, al sentirse identificado, libre de dudas y perplejidades, se deje atrapar por la lectura (Farias 1990: 67-8).

De este modo, lo cotidiano, e incluso la fantasía, funcionan como un espacio generador de la semiosis textual, a lo que se debe sumar la dimensión artística y lúdica que surge de la obra literaria (Cervera 1991: 11) y que procura la incorporación de la voz del niño en la construcción del sentido.

## **2. Cotidianidad y fantasía**

En *Mulita Mayor*, el tratamiento de lo cotidiano aparece configurado mediante la utilización de un narrador protagonista, quien cuenta su niñez con un lenguaje mágico, el del animismo infantil. La interpretación de su mundo muchas veces involucra a un sujeto colectivo. La caracterización de ese “pequeño mundo” constituido por los amigos, la familia y el pueblo, permite abrir el telón de un escenario de juegos, humor, solidaridad y de extrañamiento ante lo que los rodea y que desde la perspectiva del niño no siempre se comprende.

Carlos Luis Sáenz, como conocedor del folclore infantil y de la tradición de la literatura española, selecciona para la escritura de *Mulita Mayor* una serie de juegos en los que la palabra es solo un código más, pues los gestos y movimientos la complementan, debido a que ella se caracteriza por su clara vocación performativa. El libro no solo cumple la función de guardar la memoria colectiva, ya que es rescate y al mismo tiempo invención. Cuando Carlos Luis, el poeta, describe la tradición oral, busca la prosa para contar; sin embargo, el ritmo de las canciones tradicionales lo contagia y crea poesía.

En *Mulita Mayor*, se tejen pequeños fragmentos que describen la vida costarricense, como lo expone Adela Ferreto:

Y *Mulita Mayor* es un canto a la vieja Heredia, con sus calles empedradas, con sus techos de teja, sus jardines de jazmines y de rosas enredaderas asomadas a las tapias; con su campanario del Carmen y su placita; su farol tuerto y sus blancas viejecitas rezadoras. *Mulita Mayor* es un canto de amor a la infancia y a la ciudad natal<sup>3</sup>.

Las costumbres de la vida familiar aparecen descritas en el libro, incrustadas como pequeñas fotografías:

A las cinco nos esperaba la mesa con su mantel a cuadros, con la fila de platos y cucharas relucientes y con la venerable **olla de verduras** humeantes, orondamente puesta al centro (p. 16).

Pulidas, frescas tinajas escazuceñas en la cocina de la casa, sentadas en fila sobre el moledero de cedro; henchidas en los albores, todo el día conservaban tan fresquita el agua. ¡Qué gozo al volver de los paseos por el campo asoleado, correr las tinajas, quitarles el “guacalito” que les servía de tapadera, y embrocarlas sobre el vaso para hacer el refresco de dulce de caña con cases recogidos en los potreros! (p. 50).

En Mulita Mayor, se muestra la sociedad costarricense constituida por una pluralidad cultural, donde lo indígena se describe como parte sustancial de lo cotidiano; la chicha convive con el portal en un relato que con un fin humorístico se llama “Gloria in Excelsis Deo”. La abuela cuenta cómo iban a los rezos de El Niño cuando eran jóvenes y que con la pretensión de saborear el delicioso vaso con chicha, cuando esta no se repartía a tiempo, alguno de todos expresaba en voz alta la frase pícaro “¡Gloria in excelsis Deo! (...) - ¿Dónde está la chicha que no la veo?” (39).

Una posición también abierta y solidaria se encuentra en el texto “May fren”, en el que el narrador juega con un tono irónico y humorístico para destacar la solidaridad y la amistad entre el protagonista y el personaje conocido como míster Braun:

¡Qué bueno, pero qué bueno may fren! Me envidiaban los otros: a ellos no les prestabas la cuerda del encumbrado barrilete de manta lavada. Ese era un honor reservado sólo para mí. Por supuesto, pues yo era amigo de may fren. Yo le decía gud bai; yo lo esperaba en la puerta, para hablarle en negro. ¿Pero de veras era negro may fren? (53).

Mediante la concentración expresiva, el autor recupera los pasatiempos de los niños; las cinco de la tarde era la hora que cerraba la magia, el juego, y hacía volver a los niños a su entorno familiar. En Mulita Mayor, aparecen los juegos tradicionales rescatados por algunos de los estudiosos de nuestra tradición, como don Luis Ferrero, y muchos de ellos aún persisten en el mundo infantil de la Costa Rica actual:

A las cinco había que recoger del suelo el trompo danzante, había que arrollar el **manila** sucio y meterlo en el bolsillo; otras veces era necesario abatir sobre la plazuela el encumbrado papalote, payaso de los vientos, y apurarse con el mazo de hilo; otras, recoger apresuradamente del alucinante

círculo del juego las bolitas de vidrio multicolores y convenir con los otros una posible partida para la siguiente tarde. Y todo, porque el reloj del Carmen había dado las cinco, las cinco de la tarde (16).

Y entre los juegos destaca el del caballito de madera que da nombre al libro y que se transforma en la Mulita. El lector se enfrenta desde su inicio a una Mulita Mayor que baja del cielo, en el que existe un prado y que permite a los niños galopar por el pueblo, conocerlo y visitar la torre de los encantos, que era la torre de la Iglesia del Carmen. En el libro, lo fantástico se mezcla con lo real, se describe el juguete “caballito, cabeza de cuero, ojos de tachuela, crin de cabuya y cuerpo de palo de café y el látigo de manila de desflecado” (55) y luego la imaginación del niño, narrador protagonista, le otorga los poderes mágicos:

Y allá voy, corriendo en el viento, a hacer todos los mandados de la casa. Y allá voy, allá voy, volando sobre las yerbas del potrero, cerro arriba, a perderme en el cielo de nubes. Corriendo, siempre corriendo, sin sentir los pies descalzos, sin ver nada, sin oír a nadie, en el viento (55).

Es desde la añoranza de un tiempo ido que Carlos Luis Sáenz construye el libro. Mantener en la memoria juegos y costumbres que pertenecieron al mundo cotidiano de una infancia que él recuerda y desea transmitir se constituye en el proyecto de Carlos Sáenz, quien es investigador de las variantes de los juegos tradicionales de origen español y educador; pero lo más importante es que aborda el tema como poeta y, tal vez, también como niño.

### **3. El lenguaje como juego poético**

Cuando el niño juega sus juegos es como si un colectivo recuperara edades ya idas. Y las raíces se nos afianzan y reverdecen en unos momentos mágicos, que se despiertan en el ritmo de la comba, la cadencia de los cantos (Medina. Pinto Maraña)

En Mulita Mayor, el lenguaje poético<sup>4</sup> no solo pertenece a un narrador que construye pequeños relatos, que describe e introduce juegos; la poesía es rescatada de la oralidad con el juego, en la palabra - música, que libre reconstruye el pacto mágico animista.

La palabra en Mulita Mayor pierde su valor convencional, es actividad creadora. Lo lúdico está presente en la construcción de cada relato que emplea la fantasía y en el rescate del lenguaje verbal - corporal del poema que se convierte de poema lúdico en juego dramático. Textos como “Ambo, ambo,



matarile-rile-rón”, “La pájara pinta”, “El hijo del conde” y “Doña Ana”, entre otros, son ejemplo de repetición y recreación.

Pedro Cerrillo (2000: 18), especialista en tradición oral, apunta que en los juegos tradicionales son comunes las variaciones, las cuales son producto de la capacidad que tienen los niños de incorporar los conocimientos adquiridos de la cultura a la que pertenecen a su repertorio de juegos; en muchos casos sirviéndose de ritmos y melodías de moda. Uno de los juegos más conocidos y rescatado por Carlos Luis Sáenz, “Ambo, ambo, matarile-rile-rón”, sirve para ejemplificar las posibilidades lúdicas de la palabra. La introducción al juego está escrita con un lenguaje poético, la metáfora sencilla permite la pintura de una escena cotidiana y mágica de la que van a surgir, en forma espontánea, ritmo, alegría, palabra y movimiento.

En el ancho patio de la casa era la vespertina rueda de los niños, estrella de canciones y de risa. Subían las voces limpias por los aires; subían temblando de gozo, como pompas de jabón. A veces cruzaba un pájaro, o había una lluvia de azahares de naranjo, o un flamear húmedo de sábanas tendidas, como velas, a secarse en las sondalezas (11).

Después de la descripción del escenario se relata el juego y con él las indicaciones para realizarlo, que funcionan como un hablante dramático básico que guía el juego, la actuación.

...y así una voz iniciaba el canto:

Yo quiero a Luisa  
Matarile-rile-rón.

Y el coro respondía:

¿Qué oficio le pondremos,  
matarile-rile-rón?

No era difícil buscar oficios para la amiga que se quería, y lindamente, venían los que habíamos aprendido en cuentos y en los juegos:

La pondremos Cenicienta,  
A que esté junto al fogón.  
La pondremos Blanca Nieves  
Con su blanco corazón.  
La pondremos caperuza,  
La que el lobo se comió.  
La pondremos Pinochita  
Con su grillo delator.  
La pondremos vendedor

De cerillas de fulgor.  
La pondremos de Doña Ana,  
En el huerto del Señor.  
La pondremos Turco, turco,  
La del juego de “quedo”.  
La pondremos Pajarita  
Pinta, Pinta, en una flor.  
La pondremos San Miguela,  
Contra el Diablo robador.  
La pondremos Loca, Loca,  
Y Ene, tene, Tú y Quedó.

Y el coro, exaltado, rehusaba los oficios propuestos y volvía a cantar:

Ese oficio no le gusta;  
Ella quiere otro mejor (11-2).

#### **4. El rescate del juego**

El juego “Ambo, ambo, matarilerilerón” permite a quien participa ejercitar su competencia literaria<sup>5</sup>; los nombres de los personajes de los clásicos de la literatura infantil y juvenil son usados en el juego, en el que se descarta y se escoge, se ejercita la memoria y se actúa. El niño se esfuerza por construir con sus palabras la frase que permita romper el hechizo y haga decidir a los del bando contrario que el oficio que le han buscado a la niña les agrada. La larga lista incluye nombres de personajes de cuentos y nombres de juegos hasta que el interlocutor rinde su ingenio ante la actitud de los participantes del otro grupo. “La pondremos Loca, Loca y Ene, tene, Tú y Quedó” (12).

El juego termina con la invención de nombres y oficios agradables, los niños inventan las frases y al final se establece el pacto y se termina el juego.

La pondremos campanita  
Del arco iris temblador.  
La pondremos gota de agua,  
Corazón de puro sol.  
La pondremos Nochebuena,  
Madre del Niñito Dios.  
(...)

Entonces decidía rotundo y delirante el coro:

Ese oficio sí le gusta,  
Matarile-rile-rón  
Celebremos todos juntos,  
Matarile-rile-rón (13)

Esta es una tradición que muestra en el juego las huellas de una sociedad machista, diluidas entre la magia y la alegría: la niña no decide por ella su nombre y oficio; es el colectivo el que impone su voz y la de una sociedad, también marcada por la religión católica. Y es que los juegos tradicionales pertenecen a un folclore que no se limita a espacios reducidos y que contiene comportamientos humanos que se han repetido en muchas culturas y que funcionan como esquemas universales. A pesar de ello, sostiene Abelardo Bonilla (1984: 215) que en *Mulita Mayor* el juego infantil “se estiliza llenándose de policromías y, sin embargo, conservando el sabor regional”.

## **5. Conclusión**

La concepción lúdica del lenguaje y el frecuente juego con éste no implica que Carlos Luis Sáenz abandone la función crítica de su literatura, ni que caiga en esquematismos que falsean una visión más amplia y problematizadora de la realidad. Ante la función transitiva y didáctica que muchos críticos han atribuido a la literatura infantil, Sáenz se desplaza hacia otros polos y deja al lector una interrogante más que una respuesta. Lo incorpora a la ficción textual y lo hace partícipe del juego, un juego que le permite recrear el folclore español y costarricense, a partir del humor y de juegos musicales que le confieren una naturalidad y un tono poético a cada uno de los textos que conforman *Mulita Mayor*.

Con *Mulita Mayor*, Carlos Luis Sáenz ha legado a la literatura costarricense una prosa poética de una gran calidad, en donde mediante el juego, la imaginación, la ternura y diferentes códigos estéticos se enfoca con sentido crítico y creativo la realidad social, económica y cultural costarricense. Dedicar un espacio a la reflexión sobre este libro nos permite reconocer la importancia de estudiar el folclore poético, sin necesidad de reducirlo o territorializarlo, porque sería convertirlo en un objeto identitario; pero sí con el fin de rescatarlo. Carlos Luis Sáenz lo ha logrado mediante el artificio literario; corresponde a la educación costarricense hacerlo mediante la vía oral, la que por naturaleza le es propia.

## Notas

- 1 Para un conocimiento amplio de la biografía de Carlos Luis Sáenz, consúltese: Zúñiga Díaz, Francisco. 1991. Carlos Luis Sáenz. El escritor, el educador y el revolucionario. San José: Ediciones Zúñiga y Cabal.
- 2 El mundo cotidiano está muy ligado a la subjetividad; de ahí la importancia de enfocarlo desde el individuo. Véase: Johnston, Rosemary. 1998. "Thismess and everydayness in children's literature". En Papers. 8 (1): p. 26.
- 3 Véase: Sáenz, Carlos Luis. 1999. Mulita Mayor. San José: Editorial Costa Rica: p. 5. Las demás citas de esta obra solo se harán indicando el número de página entre paréntesis. Los demás datos corresponden a esta edición.
- 4 Luis Sánchez Corral ha estudiado ampliamente la función poética del lenguaje en el marco de la literatura infantil. Véase: Sánchez Corral, Luis. 1995. La literatura infantil y el lenguaje literario. Barcelona: Paidós Ibérica.
- 5 La literatura infantil debe partir de una concepción amplia del niño, el cual debe poseer una significativa competencia literaria y cultural, para que pueda establecer un diálogo activo con la realidad textual.

## Bibliografía

- Bonilla, Abelardo. 1984. Historia de la literatura costarricense. San José: Editorial Studium.
- Cerrillo, Pedro. 2000. "Literatura popular de tradición infantil: la palabra viva". En Cerrillo, Pedro y otros. 2000.
- Cerrillo, Pedro y otros. 2000. Presente y futuro de la literatura infantil. Castilla - La Mancha. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1993.
- Cervera, Juan. 1991. Teoría de la literatura infantil. Bilbao: Mensajero.
- Fariás Noriega, Juan. 1990. "Realismo de la vida cotidiana". En: Aa. Vv. Corrientes actuales de la narrativa infantil y juvenil española en lengua castellana. Madrid: Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil, 1990: 67-71.
- Johnston, Rosemary. 1998. "Thismess and everydayness in children's literature". Papers. 8 (1).
- Sáenz Carlos Luis. 1999. Mulita Mayor. San José: Editorial Costa Rica.
- Sánchez Corral, Luis. 1995. La literatura infantil y el lenguaje literario. Barcelona: Paidós, Ibérica.
- Zúñiga Díaz, Francisco. 1991. Carlos Luis Sáenz: El escritor, el educador y el revolucionario. San José: Editorial Zúñiga y Cabal.

## *Carlos Luis Sáenz Elizondo (1899 - 1983)*

El espíritu de Carlos Luis Sáenz se hizo uno con su cuerpo y, así, se transfiguró desde joven hasta la vejez en una fina antena hacia la “edad de oro”, la infancia, a la cual le dedicó sus mejores obras.

Si hemos de denominar a una cierta literatura como “infantil” porque tiene a los niños como público primordial, hemos de hacer un espacio privilegiado para Carlos Luis Sáenz; no solo ha sido el mejor de nuestros poetas infantiles, el de obra más vasta y constante, sino que además cultivó felizmente el cuento y el teatro. Y si no clasificamos, también hemos de hacer un lugar para Carlos Luis Sáenz, poeta para lectores de todas las edades, para los adultos que leen su *Mulita mayor*, para los niños que se acercan a sus *Pilares del viento*.



Carlos Luis Sáenz nació el 9 de junio de 1899 en Heredia; allí transcurrió su infancia y adolescencia. Ingresó en la Escuela Normal de Heredia y obtuvo el título de maestro a los 20 años; entre sus profesores se encontraron Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge y Omar Dengo, de quienes fue dignísimo heredero.



Como maestro, pasó entre 1920 y 1936 por numerosas escuelas rurales hasta recalar en la escuela Porfirio Brenes y, posteriormente, en la Escuela Normal de Heredia; durante esos años trabó amistad con Carmen Lyra, Luisa González, conoció a su compañera Adela Ferreto, y escribió para *Repertorio Americano*. Las grandes causas de esos años alimentaron sus reflexiones y sus acciones: la guerra civil española, la huelga bananera de 1934, las reformas sociales del 40.

Su participación en el Partido Comunista provocó su expulsión de la enseñanza estatal en 1936 y, después de la guerra civil de 1948, su exilio voluntario en Panamá y, posteriormente, en México. Hombre valiente y generoso, Carlos Luis Sáenz no cayó en la amargura; al contrario, supo responder con bellas páginas a las adversidades que implicaba su credo marxista: al ser separado de la enseñanza, fundó y dirigió entre 1936 y 1947 la revista *Triquitraque*, en la cual aparecieron muchos de sus cuentos y poesías y continuó su labor como educador. Poco después de exiliarse en Panamá apareció en Costa Rica *Mulita mayor* (1949), su libro más recordado, solo en apariencia ajeno a las circunstancias políticas en que fue escrito.

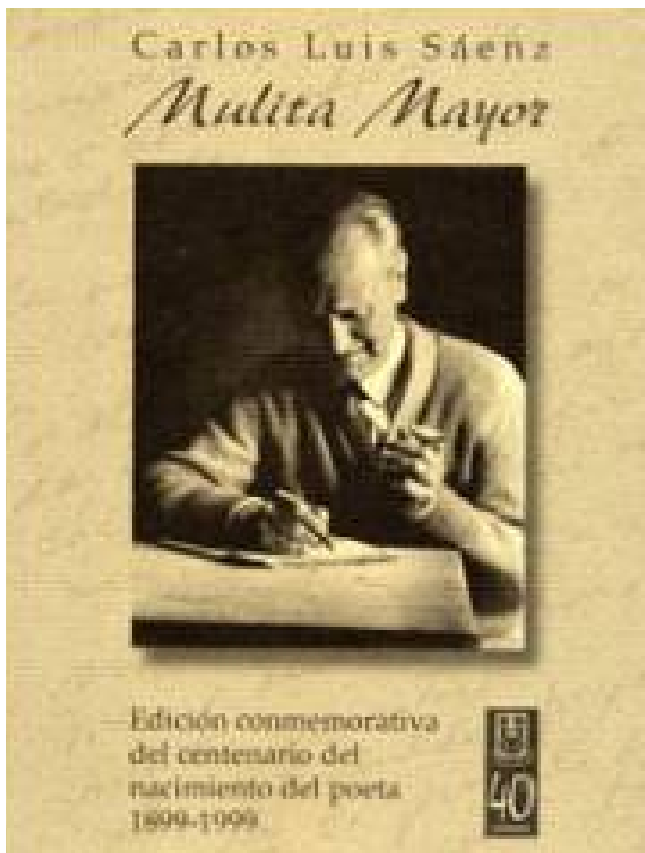
Pese a que fue uno de los intelectuales políticamente más comprometidos de su época, en estos libros y en otros Sáenz se distanció de las tendencias políticas y se rindió a valores más universales: donde cabía decir “comunismo”, sus versos prefirieron “solidaridad”; cuando pudo presentar la batalla por las armas, optó por la que se sirve de la ternura. Así se lee en su primer poemario *Raíces de esperanza* (1940), en cuyo prólogo Carmen Lyra lo saluda como el mejor poeta costarricense, y se repite en *Mulita mayor*, en *Memorias de alegría* (1957), en *El viento y Daniel* (1976), en los ya citados *Pilares del viento* (1977) y en *Hijo de la tierra* (1983), momentos singulares de nuestra poesía por su sencillez formal y emotiva.



Aunque el Magón en 1966 dio cuenta de una vida dedicada a la educación y la literatura, eso no significó el punto final de la labor de Sáenz; él supo responder al homenaje con nuevos libros, y la mejor prueba es que publicó varios de sus mejores obras en los años setentas y ochentas.

Nuestro *Abuelo Cuentacuentos* murió el 8 de noviembre de 1983.

“Os invito  
a usar la rosa en vez del paracaídas  
y la ametralladora;  
a escuchar la fábula  
de la noche cuando los cuentos  
giran en torno a la candela;  
a saber cómo fue el alba  
un poco antes  
entre los cipreses asueñados (...)”



### **Mulita Mayor**

*“Todas las tardes bajaba del cielo la Mulita Mayor: ¡Mulita Mayor! ¿Qué manda el Rey Señor?... Allá en el cielo había un prado; en el prado, un árbol con luceros, un gran río y lo menos ¡lo menos! doscientos bueyes rojos de San Isidro Labrador, en el río de oro, bebiendo.”*